

VIOLETA BRITOS



LUCES Y SOMBRAS

CAMINO DE PERFUMES

educoco
Editorial Universitaria
Universidad Nacional del Comahue



GIN REUN
Red de Editoriales
de Universidades Nacionales
de la Argentina



LUCES Y SOMBRAS

CAMINO DE PERFUMES

VIOLETA BRITOS

EDUCO
Universidad Nacional del Comahue
Neuquén 2020

Britos, Violeta
Luces y sombras: camino de perfumes / Violeta Britos.
1a ed. - Neuquén: EDUCO - Universidad Nacional
del Comahue, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-604-554-4

1. Danza. 2. Lenguaje Corporal. I. Título.
CDD 793.3

Ilustración de tapa para la Segunda Edición: Francisco Tornatore,
sobre obra “En caso de ausencia” de Ailín Tornatore, 2008.
Email de contacto: danielretorna@gmail.com

El **Consejo Editorial de la Universidad Nacional del Comahue**, en su sesión ordinaria de fecha 31 de Julio de 2020, avaló la reedición del libro “Luces y sombras – Camino de perfumes”, de Violeta Britos, presentado por la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue.

Miembros académicos: Dra. Adriana Caballero – Dra. Ana Pechén –
Dr. Enrique Mases

Presidente: Mg. Gustavo Ferreyra

Director Educo: Lic. Enzo Canale

Secretario: Com. Soc. Jorge Subrini

Disposición N° 037/20

Universidad Nacional del Comahue

Rector: Gustavo Crisafulli

Vice-Rectora: Adriana Caballero

Secretario de Extensión: Gustavo Ferreyra

Editorial EDUCO

Director: Enzo Dante Canale

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

2020 – **EDUCO**- Editorial de la Universidad Nacional del Comahue

Buenos Aires 1400 – (8300) Neuquén – Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin el permiso expreso de **EDUCO**.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Una evaluación detenida de lo escrito sobre Violeta Britos, así como una relectura atenta de sus propios textos, nos permite una mirada renovada sobre sus movimientos y sus coreografías, sobre sus actitudes y sus gestos. A su vez hay mucho material no revisado que adquieren otros valores y se reubica respecto a nuevos estudios. Pienso en los aportes realizados por el equipo interdisciplinario que investigó el método de María Fux - al que denominaron con justicia "Método fuxiano" - bajo la coordinación de María José Vexenat (que a su vez fue discípula de Violeta), junto con Malva Roldán, Anabel Caeiro y un grupo de colaboradoras y colaboradores. Pienso en los trabajos sobre el papel de la corporalidad en el diálogo entre docentes y estudiantes, realizados en los talleres de la UNCo por centenares de docentes de Neuquén y Río Negro, especialmente de educación inicial y primaria. Pienso en su experiencia con la discapacidad severa y el movimiento emocionado de cuerpos impedidos de casi todo movimiento físico. Seguramente, en algún momento, sus aportes al método fuxiano, y en general al movimiento corporal danzado en todas sus posibilidades, serán retomados y aprovechados por la investigación específica y la danza como arte del movimiento corporal.

Desde una perspectiva personal, ahora tiendo a valorizar la desmesura de Violeta Britos como una de sus herramientas creativas más prolíficas. Porque fue desmesurada - en lo emotivo, en lo gestual, en lo creativo, en sus opiniones, en su entrega - en el estricto sentido del término: más allá de toda medida. Y esa desmesura, en primer lugar, emocional, que es decir en lo esencial que nos caracteriza como seres, le permitió alcanzar las dimensiones a las que llevó sus dedicaciones. No hay quien recuerde a Violeta sin desmesura en sus abrazos, en sus carcajadas, en sus gritos de alegría o en sus tristezas y en sus demandas. Pero también en su dedicación a la creación: hora tras hora, días tras días. ¡No había manera de pedirle moderación y menos que menos intentar detenerla! Revalorizó también el rescate de la memoria emocional, atada a la vida misma, como fuerza creadora con empuje de ciclón. La denominación que acuñó para su elaboración - "Danza Emotiva" - emerge de esa valoración de las propias emociones referenciadas en la propia historia y al vuelco de las mismas hacia sus próximos emocionales. Es lo que caracteriza este libro. Y finalmente el equilibrio: ser desmesurada con su cuerpo no sólo no le impidió tener equilibrio, por el contrario, su equilibrio corporal era desmesurado. Se lo ve hoy en sus videos a veces insólitos. Pero su equilibrio le permitía también valorar dimensiones de vínculos, de emociones y de conceptos, para acomodarles en su justo lugar, luego de la explosión emocional y creadora. Así lo aplicó a la vida y al arte. Acaso este sea uno de los aportes más significativos de su "método emotivo":

equilibrar los resultados de la desmesura como sustancia creadora para alcanzar nuevas densidades y dimensiones en la creación artística.

Respecto del texto considero necesario insistir con una aclaración: el texto fue trabajado con Violeta urgidos por un plazo inevitable, pero aun así fueron muy escasos los aspectos que no alcanzamos a elaborar como nos hubiera gustado a ambos. Pero mi intervención fue mínima, tan sólo aportes gramaticales a su redacción. Y a su pedido fue consultado con Mercedes Sola, con quien coincidimos en no alterar borradores sin su consentimiento. En tanto autobiografía, observa y reflexiona sobre la construcción y educación para el Arte, atenta al ser humano y a sus necesidades y deseos.

Violeta Britos le dio precisión a su cuerpo transformándolo en tormenta de colores. Despertó danza en quienes no podían mover un músculo, escuchar una nota o conocer diferencias entre luz y sombra. Hizo visibles emociones ocultas en quienes se empeñaban en ocultarlas. Nunca le fueron indiferentes las emociones del prójimo. La entristecía y sublevaba la marginalidad y el abandono del ser humano desposeído de todo bien material. Y también la marginalidad y el abandono emocional de quienes los poseen en exceso. Consideraba al Arte la herramienta más precisa, abarcativa y completa inventada por nuestra especie. Y visto desde este ángulo, era una opción esencial, contracultural y revolucionaria. En un fantástico baúl de recuerdos, objetos creados por ella y emociones entrelazadas. Abordarlo fue también su manera de abordar su final, entendiéndolo simultáneamente como un principio.

Marcos Britos Buenos Aires, 28.09.2020

VIOLETA BRITOS: LA DANZA COMO PASIÓN DE LA VERDAD

“Donne ch’avete intelletto d’amore”

Dante Alighieri

*“Cuando la razón permanece silenciosa, la imaginación
recogelos
deseos del corazón del mundo”*

William Butler Yeats

*“Extrañamente se deja pasar la alegría, la felicidad, el
instante de dicha y revelación de la belleza sin extraer de
ellos la debida experiencia: ese grano de saber que
fecundaría toda una vida”*

María Zambrano

Cuesta penetrar la circularidad de un texto en el que esplenden vida y pensamiento en alianza inextricable: idanza! Este pensamiento marca un ritmo de hondura en la belleza-inteligencia de lo real “...*inteligencia nueva que el amor, mientras llora, pone en él, elevándolo*”, porque hay una dimensión de la verdad puesta a prueba, actuada -*mise en scène*- por la totalidad del ser. En este texto, la palabra -que alcanza modulaciones de gran sutileza especulativa sin abandonar su carnadura y singularidad- reconoce su génesis profunda en la emoción creadora y nos reconduce, al leerla, a esa experiencia de unidad y síntesis que es la emoción misma.

Advertimos en la joya singularísima del libro que nos ofrece, un recorrido de emoción-palabra-descubrimiento-perplejidad que siempre retorna al cauce fecundo de la creación –imar en plena metamorfosis!, diría Saint-John Perse- adoptando nuevas formas, para perfeccionarse en la reflexión y anonadarse en imágenes de intensa poesía. La emoción creadora -síntesis inusitada de fuerzas anímicas-, es una facultad *cognoscitiva*² que no está volcada a la exterioridad, el epifenómeno, sino que conoce-toca la profundidad del ser: “...*sólo cuando el corazón ha*

¹ Dante Alighieri, **La Vita Nuova**

² ...“*la emoción, sumergiéndose en las fuentes vivas, es recibida en la vitalidad de la inteligencia; me refiero aquí a la inteligencia penetrada por la luz difusa del intelecto iluminante y virtualmente vuelta hacia todos los frutos de la experiencia y la memoria retenidos en el alma, hacia todo el universo de fluidas imágenes, recuerdos, asociaciones, sentimientos y deseos latentes que, manteniéndose bajo presión en la subjetividad, encuéntrase ahora animados*” Jacques Maritain, **Arte y poesía**, p.153

*desfallecido a pique de anonadarse y se alza luego, hace seguir a la mente sus secretas razones”.*³

Herido por lo absoluto, este conocimiento poético -principio activo de todo arte, se enuncia en forma paradójica pues intenta decir lo inefable. Por un complejo dinamismo, la emoción creadora revela la subjetividad en su más estricto sentido ontológico –el arte es conato de ser, construcción y revelación del sí-mismo- y a la vez es un modo privilegiado de aprehender la realidad objetiva: sólo la interioridad del hombre desoculta la interioridad del mundo. Asistimos, por el arte, a una nueva vida de la inteligencia que, acompañada por el deseo y la emoción, hace visible y audible un sentido más alto de la existencia; espíritu que fecunda la vida; nos dice Violeta: “Vernos en la mirada amanecer desde el pasado, la vida es grávida”.

Violeta Britos es toda ella pensamiento grávido de emoción, una bailarina filósofa. El arte es pensamiento, y la danza: gesto, metamorfosis, salto de la razón hacia lo que no es. Los pies callados y rigurosos, fuertes y alados, dictan a la razón una sentencia inequívoca que las palabras apenas pueden sostener en su frágil andamiaje. El pensamiento, transmutado por la emoción, se expresa y derrama en la fugacidad del movimiento a la que también es confinado: sí, la danza es ese pathos de la razón, experiencia de la verdad que se desvela por decirse, por encontrar un cauce. María Zambrano supo captar este logos erótico que alienta en el arte y forma parte de su secreto: “La pasión sola ahuyenta la verdad, que es susceptible y ágil, para evadirse de sus zarpas. La sola razón no acierta a sorprender la caza. Pero pasión y razón unidas, la razón disparándose con ímpetu apasionado para frenar en el punto justo, puede recoger sin menoscabo a la verdad desnuda”.⁴

El despliegue contenido del ritmo reposa en su centro en vertiginosa quietud, equilibrio inimaginable de palabra y silencio: en ese punto extático cabe con fuerza asombrosa la belleza, “...el cuerpo habitado y filosófico que se vincula con la vida y se expande”. El cuerpo es el alma: “cuando bailo, ésa que se suspende dentro de mí como una acróbata, es incorpórea”. Estos registros del cuerpo, fieles y meticulosos, graban las huellas del amor:... “me recordé ahuecada, balanceándome para dormirlos, hecha caverna, el pecho de arena tomando la forma del hijo”. El cuerpo es misterioso y comulga con lo que la naturaleza tiene de enigmático: “Las manos recorren como enredando baba de seda, hasta que

³ María Zambrano, **Notas de un Método**

⁴ María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, p.21.

se unen por las muñecas regresando al centro del pecho transformadas en flor”.

Violeta es una maestra de lo sutil, una exploradora en el arte de ser:

“Estar guardada en mí fue el comienzo de la danza”... no siguió nunca el estereotipo, ajena a los menesteres de la carrera profesional, desestimó los congresos y las aprobaciones convencionales, confiesa...” solo me dejé guiar por los perfumes”. Lúcida y lúdica, su sensibilidad exquisita todo lo guarda en ese cofre que es el corazón: “mirar para sentir, comprender, pensar, y estar atenta a todo”. ...Ella nos dice mejor que nadie cual es el núcleo de sentido que la llevó a una vida de entrega sin reservas en sus clases de “danza emotiva” siempre magnéticas e irrepetibles, energía que plasmó también en su tarea infatigable de educadora y terapeuta, de artista plena: “Reflexionar sobre la existencia única en todos y generar plenitud y alegría reparadora, en un marco profundo de introspección creativa para potenciar los recursos. Ser solidarios y amorosos.”

La ciencia de la misericordia mueve su vida y su pensamiento al ritual y a la dádiva de sí. Es el amor-dolor que, como Orfeo, desciende a los infiernos, a la tiniebla de la propia existencia, al sufrimiento de los otros: “Quien no se ejercita en el sentir se pierde en las sombras del desconocimiento. Quien no se piensa se tiene a medias. Quien no se siente se ausenta”. Este sentir, para florecer en la creación, debe desprenderse de lo aprendido en los hábitos, cancelar el automatismo: “Apagarlo todo, para despertar”. El descenso a los íferos que obra la piedad está cifrado en la música-poesía de la existencia como un retorno: “Volver, sacar sonidos que asciendan alto muy alto, que broten del suelo, arrancar la hermosura del mar”.

En la experiencia órfica del arte y de la vida como obra, el dolor se transmuta indeciblemente en amor. No omitiré que, mientras escribo estas palabras, Violeta está sumida en el dolor, y no lo omitiré porque ella misma no lo hace. La enfermedad tomó en ella la medida de la lucidez, transformada en órgano de percepción interior, y así nos cuenta, peldaño a peldaño, la experiencia espiritual vivida en su propio cuerpo como testigo. Violeta siente el dolor ajeno como propio: “*Sus palabras golpeaban, caían sobre las sombras de todos. Trepaban los recuerdos y cada pausa en el relato me plegaba más, me interrumpían. Sus manos torturadas, el límite del dolor, lo lacerante*”.

Este amor-piedad conoce, revela, sustrae el pasado de la oscuridad y la indiferencia, pero, a la vez, consueta y perdona, lo hace reverdecer en un tiempo pleno de redención: “*El pasado es irreversible, pero sólo el pasado nos distingue. Saber confirmarnos en el presente desde el dolor, eligiendo la felicidad, es el argumento más poderoso y reparador*”. En ella siempre

es así; la alquimia de su corazón elabora una miel fantástica que ofrece generosa, pues el fondo único de donde brota inagotable el sentimiento es la alegría: *“Transito días de alegría plena. He dado frutos que perfuman como magnolias gigantes y aman con la simpleza que sólo dioses saben”*. Los dioses seguro saben y quizás también el joven Keats quien presentía que la belleza es alegría para siempre: *the beauty is a joy for ever...*

Esa tangencia espiritual que ha ido afinando a través del riguroso método de ser auténtica siempre la lleva a la clarividencia del origen como podemos apreciar en algunos relatos escalofriantes de su primera infancia: *“Yo era sólo un punto nutrido de mí, todo mi ser era una identidad, no sabía de conflictos de la existencia, tenía la calma otorgada por la sabiduría primera, el origen, recién llegada del mundo infinito”*.

Para quien no la conoce, ofrezco este retrato vivo, animado, insuperable de su sobrino Nicolás Britos: *“Es que Violeta es, en realidad, una inmensa llave. Todo se abre cuando ella está cerca. El alma, los pensamientos, la risa, el deseo de conocer el futuro. Y en particular, y creo yo la esencia del éxito de su danza como terapia emocional, con ella se abren esas puertas interiores oxidadas, selladas a cal y canto, que ninguna otra persona o mecanismo puede abrir. Un movimiento de Violeta, una de sus palabras, es la llave que destruye esos cerrojos, es la fuerza que tira abajo los muros. (...) Aquí llega, pequeña, morena, sonriente, con turbantes y estridente maquillaje, con una carcajada que estalla siempre junto a una patada al piso, con una mirada de desarmar pieza por pieza un aparato, con la inconfundible presencia de una mujer que no es nueva en el mundo, una llave venida del sur, lejos en el sur, hablando otro idioma de vocales abiertas y movimientos, yendo de un lado a otro con la libertad de una tormenta, cegando a la muerte, derribando para siempre muros con el cuerpo”*.

Las palabras que escribo están destinadas a este ser único que los lectores admirarán en las páginas del libro, pero también a la adolescente que elegí aquel primer día de clases al encontrar sus ojos que reían y lloraban a un tiempo, a la amiga del alma con quien traficábamos pañuelos de seda, poemas y piedras que anudaron, Dios sabe cuánto, nuestros destinos: la rosa de plata y la piedra de jade intercambiadas en nuestros pechos donde hoy duele-florece el amor...

Quisiera cerrar este prólogo -que no hace justicia a la belleza del ser que se nos revela en el libro-, con sus propias palabras:... *“El aire que acaricia me acaricia, el aire que recuerdo me recuerda, el aire entra en mí, respiro. Ahora al recordar esos sentidos, respiro con mi ser adulto y el misterio de niña... esa niña que fui está aún engendrándose”*.

Y para Violeta, mi amiga, esta clave compartida que abrió puertas de nuestra existencia: “¡Y Uno y Dos y Tres... yyyyyy Uno! ¡¡Da capo!!” (en **Consagración de la primavera**, de Alejo Carpentier).

Mercedes Sola



*“Momentos”. Teatro Blanca Podestá.
Danza Abierta, Buenos Aires, 1982.*

Violeta no hizo más que comprender, crear y transmitir a raudales la Belleza. Y supo que la Belleza era sustantiva, no accesorio. Ella se reconocía como parte del Ser que crea mundos, que es también el que vive en el fondo secreto de las almas.

Este libro es único, como fue única la existencia de Violeta, que conjugó el vivir con el arte y la reflexión, en la continuidad de una actitud amante y celebrante. En sus páginas hay palabras de distintos poetas, entre los cuales me encuentro; ella descubrió que la palabra, cuando se dice en poesía, sobrepasa el nivel de lo subjetivo; el Espíritu que la habita conecta misteriosamente a los hombres. Dejó fluir una memoria personal, una biografía intelectual y espiritual, un anecdotario de los suyos; pero hay mucho más en esta obra que bien puede calificarse de poética y filosófica. Podemos seguir en ella la constante iluminación de una artista genuina sobre la significación de las artes y un concepto espiritual de la vida, ofrecido a todos, desde el arte.

La esencia mística del arte como vía de realización se despliega naturalmente en este texto, en continuidad con las instancias vitales que comportan un aprendizaje continuo y un magisterio indeclinable. Violeta no aprendió solamente – ni principalmente – de los libros que frecuentó, y que menciona agradecida. Su intuición poética, que abría las puertas de la sensibilidad al desarrollo de sí, la ha guiado desde niña. Este ha sido su rumbo, el aire que ha respirado: la maravilla cotidiana de existir, el permanente deseo del Ser, la felicidad alcanzada a cada paso.

Y todo ello extendiéndose a otros en acto de donación por la danza, iluminada y comprendida por la palabra. De esa riqueza se ha nutrido esta obra singular, continuadora de su libro anterior, que tuvo el privilegio de prologar hace unos años. Aquí se profundiza el mensaje de la joven maestra, agregando un plus que no es meramente un momento teórico: ha sido escrito desde la vivencia de una cruel enfermedad, que trajo a su autora la plena conciencia de la finitud, de la precariedad – aun así espléndida - de la vida. Late en estas palabras la heroica afirmación de la belleza en el tiempo, y una sabia, apenas nostálgica despedida de los dones del mundo.

Quien todo lo ofrece desde la transfiguración de la danza debe aceptar también la separación del alma, la conversión del dolor mismo en ofrenda. Ante la proximidad de la muerte, Violeta sigue brindándonos su última lección.

Graciela Maturo

Buenos Aires, 17 de febrero de 2011

Esto que van a leer es una biografía danzada de Violeta, donde el pasado y el presente se hacen movimiento y es poesía del cuerpo.

La recuerdo a Violeta adolescente que venía a mis clases con su inmensa vida y energía para ir al encuentro de su creatividad. Se sentía ya su creación latente.

En el libro su vida es parte de las palabras del encuentro con su bellísima familia y el entorno donde ella hace el pasado presente.

Leerlo significa encontrar lo misterioso de la rica vida de Violeta. Por eso creo yo que ESTÁ NO ESTANDO. Y este libro es la esencia de su maravillosa vida compartida.

ESTÁS NO ESTANDO...

María Fux

Indagar, conocernos.

Entrar en los sentidos, percibir atravesados por la emoción. Somos.

¿Cuál es la grieta que nos talló?

Venimos de un origen de deseo, es gratificante pensarlo, en este aquí, el peso de la vida, materia, un peso en perfume, recuerdos.

Tengo que estar preparada para dar y dar lo mejor de mí.

El cuerpo erotizado por la emoción se vincula siguiendo el camino del deseo. Alguien deseó desde algún lugar del universo para que este deseo brote, este deseo tiemble.

La vida es una señal.

*

Cuanto más se explore, observe o sienta, más frondosa será la capacidad de imaginar y crear. La creación es una resultante de todo lo que el ser codificó y *decodificó*. Una condensación que se da en el devenir del tiempo más la coloratura de este ser, aportando al instante improntas del pasado remoto, transferencias de identidad, su carácter sublimado en el espacio creativo, como si fuera una verdad revelada.

Esta movilidad del ser en creación marca un desarrollo permanente y vinculante, genera diálogos profundos con el contexto. El yo amanece al ser con naturalidad, de la misma manera que la existencia a la vida. Se piensa y se construye la espontaneidad creativa, que no responde a nada, sólo al sí mismo del ser.

El secreto del potencial infinito de la creación radica en la esencia misma de la creación. Nada se repite, en vida todo es diverso, permeable y moldeable. Ese caos preciso del espíritu de cada ser, hace a la diversidad magnética del arte. Y hablo del imán, la polaridad que el arte anuncia. La representación de otro en oposición da vigencia y credibilidad a cada discurso. Lo ausente del otro da vigor a la presencia propia y viceversa.

El punto de conexión de ambas fuerzas oponentes sería el espíritu del arte, que contempla desde la nada la fuerza de la existencia del ser en arte. Tanto

el activo como el observador hacen a la magia en comunión, silencio reflexivo del magnetismo creativo.

El éxtasis es la sublimación del tiempo aquietado. De tal forma, el tiempo pasa a ser el contenedor del espíritu creativo, es decir, el cuerpo del arte.

Aquí me detengo a reflexionar sobre la necesidad de marco referencial que tiene “el todo”. Tanto lo material, como lo incorpóreo, necesitan para su propio existir de un “espacio” y es desde dicho espacio que se definen y habitan.

Cuando se **baila** con el **ser** habitado son ambos espacios los que ejercen la fuerza necesaria para **ser en arte**.

Y si se da la ausencia de la conciencia del sí mismo, se es “**el éxtasis**”.

Polaridad del tiempo en presente infinito.

*

Camino del deseo:

Desear no es encontrarse con un paquete, con un objeto terminado. Desear es transitar hacia el deseo. Es un diálogo permanente entre lo que se observa y el ser observado. Es el cambio de posición, el ver, el prestar atención. Es detenerse en la visión de lo ocurrido. En esa marcha, ir tomando registro de lo que se va modificando. El transcurrir de ese tiempo, que es un tiempo detenido en el arte, es el espacio de investigación creativa. Sólo estando en él es posible brindar consignas para que los presentes mediten y vayan expresando aquello que traen en su mismo ser, buscando despertar el drenaje de sus particularidades personales.

Cuando el otro observa, uno no sabe qué está mirando y no tiene conciencia de ser observado también... Ese transcurrir es una síntesis de lo que transcurre en la vida concreta. Es un espacio de deseo que se traspasa con todos los elementos naturales para no estar ausente de uno mismo. Pero estando en uno, para que el sí mismo sea una construcción yoiica en diálogo con los otros... Sin embargo no uniforme sino de cada uno mismo.

De esta manera, para poder llegar al abrazo con el deseo hay que llegar a la gestualidad más personal, en tanto el deseo siempre es singular.



Croquis de gestos danzados por Isadora Duncan. París Chateler 1910. Marice Charpentier - Mio. Ekaterina de Galante se la obsequió a María Fux hacia 1950. María Fux la obsequió a Violeta Britos para la inauguración de su estudio de Neuquén en 2003

Por eso los tiempos no pueden estar atados. El tiempo del maestro no es el tiempo del alumno, por eso la tarea del maestro no es buscar que el alumno haga lo mismo que él, sino que lo ayude a encontrar en sí mismo el camino del deseo propio, y por lo tanto intransferible e inimitable. El maestro que no entiende esto sólo logra trascender parcialmente y además le impide al otro expresarse desde su naturalidad.

Palabras deslizadas en clase:

Construir sentidos: estoy y veo. Veo e interpreto. Veo y construyo. Veo y asocio.

Veo y siento. Siento lo que veo. El cuerpo me remite. Somos de certezas y dudas.

La duda genera diálogos.

La duda y las certezas se hacen movimiento, impulsos. Me detengo en la duda, pienso

(siento) luego actúo, elijo.

Caminar por la vida con dudas y certezas, esa bipolaridad anuncia miradas, y construye vínculos.

El otro me refleja, el deseo nos reúne, nos encuentra en la palabra y en la acción.

El deseo es la esencia de lo creativo.

El fuego

De un oscuro cielo baja el frío despacio.
Un sol pequeño brilla
sobre la piedra usada
por la sal y el amor de cada día
La luz mortal divide sus espejos
sobre la cabellera de los niños,
renace de sus ojos limpios, como en un juego
de cálidas espadas.
Sus cuerpos se abandonaron a un secreto destino
ceden su contenida lámpara, avasallados
por el lar silencioso que entre las llamas huye.
Y el negro corazón de la madera
deshaciéndose en lenguas de hermosura.
Otra rosa se quema desde pálidas venas
sube a las claras manos y la frente
que el amor ha reunido en su corona.
Lentamente, hacia dentro,
huye su maravilla.
En tanto caen los frutos de manos codiciosas
entre ritos y fábulas y signos adorados
porque no conocemos el centro de la rosa
su púrpura carnal, devoradora,
su pasión que destruye.
Hasta que sólo quede de unos cuerpos que amaron
este yerto tesoro, la ceniza.

Graciela Maturo

Cantata del Agua. Ediciones la luna que habita entre nosotros.
Buenos Aires. Mayo 2001. Pág. 32

Muerdo recuerdos, rumiante, primitiva. Me pienso: siempre el cuerpo se me manifestó. Presagios, visiones. En sueños supe que estaba enferma:

¿acompañar la vida con enfermedad? Se registran los sabores que tiene la alegría desde el dolor, la distancia justa en el aquí y ahora.

La piel y su esclerosis: el medio era tan hostil cuando ser morena era un desacierto, a tanta distancia, sin comprender el idioma, navegando la desventaja de la niña. Me adelanté, me puse en cuerpo presente y doliente, en los dientes se divisó una línea. Detuve el crecimiento para dejar la marca. Mis manchas apuraron el regreso. El arte vino a mí como el fondo del grito. Me bailé, me anduve en gestos, símbolos de resistencia.

Una nueva distancia elegida y desenterré la enfermedad: un melanoma grado tres. Pero a más dolor más lucha, los hijos, los árboles recién plantados, los ojos del amor me retuvieron. Nueve lunares más vinieron después, todos no tan buenos. Operada de pecho, nariz... y hoy es la mano derecha que debo operar.

Y me cuestiono: la piel es el límite de uno, el sentir de los sentidos palpables,

¿enfermo al contacto con el afuera, son los recuerdos manchados?

Ahora en casa, la esencia de la alegría. Ya cuando no más hijos -no más útero - todo me duele sin medida. Vengo saboreando desventajas que me ponen en espacio de plegarias.

Ya todo está saldado y sólo me resta ser feliz.

Feliz porque resisto.
Feliz por principios
Feliz por legado
Feliz por vocación
Feliz por solidaridad
Feliz por elección
Y feliz para curarme

Cuando iba a ver al médico especialista en mano, traté de prestar atención a los presagios. Miré el cielo y un avión con tres luces encendidas surcaba el cielo en sentido contrario, inmediatamente supe que lo importante estaba bien: mis hijos 'las luces', Daniel... estarán bien.



*Violeta Britos juega con un rayo de sol en su estudio de Neuquén.
(Foto de Ailín Tornatore. 2008)*

Estar en Ti

Y Tú Señor,
Atento en mí desvelo.
Es un día de luz
Y transparencia
Aquí en
Neuquén
Oeste del gran sur

El aire es tan liviano
Y la ardua primavera tan presente
Nadie recuerda el vendaval
Ni la helada llovizna
Todonuevo

Al bañarnos
El ánimo
Limpio y sedado luce
Y las flores
Están
Resplandeciendo
En el jardín
Todorelumbra

Gracias por esta brisa livianísima
Este manjar
En la cocina
Estas palabras
Vivas y renacidas
Todocanta

Y Tú Señor
Te sientas a mi mesa
La bendices de amor
Y de salud
Casi perfecta
Mí casita ilumina

Muchas
Gracias.

Irma Cuña

Salmos en Neuquén. Editorial Arteletra.
Neuquén. S/d año edición.

Como de costumbre me refugio en los poetas y al abrazarlos encarno sus palabras deseadas y nace un nuevo y esplendoroso rito, pactos de poesía y danza. Festejo esos ojos que ven más allá que mi distancia.

Debo terminar aquí porque acaban de traernos, para que cuidemos, a una perra llamada Delfina. Me hace acordar a la señora que vivía en casa cuando éramos chicos y mamá no podía.....se llamaba Delfina y era buena. Hoy cuidaremos nosotros a Delfina, que llegó para que recordemos que alguna vez cuidó de nosotros una buena y cariñosa mujer.

*

Palabras deslizadas en clase

¡Todo lo sienten, todo lo perciben! ¡El deseo presente! ¿Están guardados? ¿Y al otro, lo conocen? ¿Saben qué les gusta? ¿Qué desean? ¿Cómo quieren ser recordados? ¡Son diferentes! ¿Son rebeldes? ¡Avanzan, sintiendo la música!

Seguramente les he dicho palabras como estas, pero es el cuerpo acompañando los gestos lo que describen la intensidad. Y existe el momento donde las manos se encuentran, los ojos son mares de sentidos, mundos por descubrir, hermandad de deseos. Y el lugar se colma de flamencos, mujeres barriendo los patios y veredas, plazas, una calle de pueblo, bares, lavandas, algún gato al sol, colores doblando las paredes del estudio. Todo es posible cuando el cuerpo se entrega a la danza.

*

La imaginación revela inteligencia, el fundamento del conocimiento que cada uno posee se desprende de conductas y actitudes, es decir, respuestas corporales que se combinan y responde espontáneamente a las variaciones de la vida. Desarrollarse creativamente es recurso y desprendimiento. El desapego funda nuevas variables que aportan al diálogo interpersonal. Me vinculo en lo íntimo en logros satisfactorios, como también en lo social, dando al sujeto un cuerpo pleno y agradecido.

Esta fortaleza es resistencia y lucha. Una persona feliz no se vulnera fácilmente. Cuando el contexto invade (fragmentando al ser social), la persona insatisfecha es masificada, sometida a un sistema de control. Nada más simple que retrotraer al otro a la docilidad. Existen distintas estrategias de sometimiento: la masificación, los medios con códigos virtuales (léase TV, Internet, la música impuesta por los medios de comunicación, las imágenes cada vez más irreales del mercado, las propagandas engañosas, los valores desvirtuados). El avance de la superficialidad sumado a la desprotección global, construye un ser cada

vez menos reflexivo y comprometido. Dicho contrapunto de situaciones provoca **insatisfacción, fracaso, soledad y enfermedad**.

Entonces **el arte** pasa a ser una estrategia de cambio en lo estructural del ser, pues lo enfrenta a verdades vitales.

El arte hace a la vida como la vida al arte. Por lo tanto **el ser**, como quien contempla y es contemplado, es quien narra y piensa, **es del arte como de la vida**. Dicha trilogía **ser-en-arte-vivo** brota de la voluntad del tiempo y se proyecta con una fuerza natural por encima del dolor. Ser cuerpo en arte vivo con felicidad perenne.

Los sentidos magnificados atrapan felicidad consciente por transitar conductas de arte.

*

El “conocimiento” sensorio-perceptivo en mí viene de exploraciones que hice desde muy chiquita en el campo, por ejemplo, al hacer equilibrio en el guardaganado: iba avanzando tanteando con el pie para conocer si había alguna madera rota. Sabía que eran seis maderas y después una más ancha, que me obligaban a una percepción más clara de los pies. Porque si me equivocaba y apoyaba sobre alguno que estuviera quebrado, me podía lastimar. Hacía un registro de cómo estaba el guardaganado y pasaba en línea recta con los ojos cerrados, por la parte más sana hasta llegar al pasto o la tierra del otro lado. Y entonces sentía dos cosas: la adrenalina que provocaba una situación de peligro y la percepción más clara de los pies. Mientras, disfrutaba de lo sensorial. Tengo muchos recuerdos de ese tipo de momentos, como cuando nos metíamos en la laguna con los caballos y salpicaba el lodazal sus olores fuertes y penetrantes.

*

Las nubes corren sobre los árboles, un sin fin de notas desde la pieza en que me habito, cumplo el claro rito de estar en mí, pidiendo señales; el cielo gris enciende apresuradas las lámparas de la calle, es invierno, despierto los sentidos, un gusto a verde viene a mi encuentro, abro la tranquera, me raspa esa madera reseca con verdín, ¡hasta ahí la bipolaridad!, los sentidos se anuncian con vértigo de carcajadas, nadie es testigo en la soledad del campo, los cuidados se suspenden, el pie hace equilibrio en el guardaganado, mi cuerpo en danza de circo y cielos, el crujir de maderas, las palomas ahuecan el canto, amo el sol filtrado entre las hojas y ramas, llega en diagonal e ilumina desordenado las piedras, el pasto, el hombro, juego con mi olfato, me guía hasta el escondite perfecto, corro para que el polvo se haga nube de tierra me detengo frente a otras señales, me pusieron atenta, es el aroma que delató amarillos perfumados,

no me dejo sobornar, estoy bajo el arco de la entrada celeste de jazmines, tomo un racimo lo pego al pecho suelto los pies y los desnudo para sentir las hendiduras de las baldosas amarillas, puedo pisar sólo las esquinas, de punto en punto apoyándome en el aire, las salto, crezco en dificultades toda mi vida en los pies, me llevan, estoy agitada de un miedo alegre, en los tiempos en que la perfección era el tacto, la casualidad un sapo, el centro brotaba desde el pecho, un tomar aire con mayúscula de presente, ahora el mejor de los momentos, cierro los ojos frente a la cascada de cedrón en flor, arremango las mangas, desanudo los dedos y abro el cortinado de ramas verdes para entrarme, al resguardo de todo y de mí, el tiempo se pierde en los brazos de la madre planta “y yo también”.

Ese estado de perfección, cura suspendida y sublimada, es el conducto entre la *Danza Emotiva*, el arte, el ser, el estar y la trascendencia.

El camino recorrido hasta el perfecto lugar no es sino un retorno permanente que por tan obvio se pulveriza en **la nada esencial**.

Y es desde ese silencio que cobra densidad lo corpóreo, en la infancia se estrenan los sentidos y la valerosa sensación primigenia será el resguardo de toda una vida de retornos, se regresa a esa “nada esencial” cada vez que uno en uno hace referencia a la profundidad de los sentidos para **ser en arte**.

Desde la forma se funda un patrimonio de ideas. Cuando somos habitados por imágenes se desencadenan sensaciones, nos ponen en un punto, tiran hacia direcciones inciertas y como en laberintos de formas texturadas, se agolpan emociones, retóricas, hasta ordenarse como un mensaje del ayer representado en figura, teñido en presente. “La danza” en conmoción.

Quienes ingresan a un espacio de investigación creativa de danza lo hacen sin que una pueda saber a partir de qué palabra, de qué gesto logran entrar en su propio estado de conmoción. Y sin embargo eso ocurre y ocurre en tiempos diferentes personalísimos.

Aun así, me interrogo: ¿Cuáles fueron las palabras, las sensaciones, los recuerdos que generaron esta conmoción? Pregunta común a quienes se enfrentan al gesto verdadero y que nos lleva a la génesis de la danza.

La danza que se reinicia con el desafío de Isadora porque trae hacia el presente la génesis de la danza y rompe cuanta atadura había en el sistema en ese momento llegando a confrontarlo con su propia desnudez.

Más tarde se desacomodó nuevamente. Le pusieron un nombre: “danza moderna”. Y cayó en otro orden. Y así se bailó y se baila tratando de cumplir otras reglas. Y las reglas no llevan a la felicidad porque imponen

que el hacer se haga correctamente, pero no que se haga de acuerdo a una emoción, a lo que se siente. Y fuerzan un estado que es ajeno a la felicidad. La meten contra su ser.

Mi planteo es lograr estados de libertad en los cuales se pueda recuperar lo más fuerte del sí mismo, del ser. De esta manera, sea que ha sido minada o que le hayan dicho tantas veces que no es posible, o que le hayan dicho que debería ser lo que no es; esa persona lo construye nuevamente desde otro lugar.

En mi caso no era de brazos largos, rubia y alta, pero fui a hacer la prueba y me largué a bailar lo mío. No daba el estilo del elenco del Ballet del Teatro San Martín y me sacaron enseguida. Ni me dejaron terminar.

Me ayudó a comprender que la danza moderna también se llenó de códigos y gestos repetidos. ¡Ahora ves a un bailarín y ya sabés de qué escuela viene porque repiten la misma cadencia y movimientos! Eso me obligó a pensar en crear mi propio camino y a los 19 años ya estaba fundando una manera y un criterio. Y aunque me decían que eso no era posible o que no podía ser, durante una actividad en Israel comprendí que en todo caso no estaba tan lejos: fue cuando llegó un punto en que la traducción del idioma no fue necesaria. Cuando le dijeron al traductor: “¡No hace falta, sin traducción!”. ¡La traducción molestaba la comprensión!

Una de esas personas era formadora de trabajadores corporales y estaba fascinada con lo que pasó. Y esto tiene que ver con un criterio de abordar la danza, una base previa, una comprensión de que el movimiento, para ser danza, necesita expresar la esencia de cada ser, su historia emocional, sus percepciones históricas más íntimas.

Por eso mismo nunca di más de una clase por día. Desde la mañana busco señales preparando la clase. Detalles del clima, de la luz, de las cosas que uso en la casa, de la comida, de la relación con mis hijos. Voy armando una canasta de emociones del día. Y cuando voy a clase voy sintiendo y diciendo, a veces en voz alta, textos que estuve pensando también desde la mañana. Entonces, cuando inicio descargo allí toda la canasta de emociones del día, con toda la carga que fui incorporando.

De esta manera el movimiento se da de una manera más cercana a lo ritual, al trance espiritual y no respeta formas preestablecidas según supuestos cánones de belleza o estética. Por eso el movimiento, aún de una mano, resulta placentero, genera una sensación de gratificación del cuerpo. Y con los grupos con los que trabajé, que nunca fueron numerosos y más vale fueron núcleos de investigación, siempre creí fervientemente en esto de haber permitido que se muevan según sus deseos y como cada uno quería moverse, y no como debían moverse según algún código preestablecido.

Estaba yo como de costumbre en la diaria tarea de trapos, que van dejando perfumes en la casa, que relumbran para mi gusto, que desparraman el sin fin de texturas del sentir y sin proponérmelo, me indagaba:

Ellos son ejemplo y sin embargo se lastiman, toda la vida sin poder llegar a un acuerdo, cada uno deslumbra en valores que siempre menciono, honestidad, dignidad, y así podría enfilear tantas razones para ser pleno. Pero tienen la manía de desencontrarse, es decir vivir suponiendo, imaginando y deseando sin que el otro lo sepa. Las diferencias son la trampa, las distancias sus razones, esos mundos que traen no son compatibles. Sin embargo sus cuerpos se reunieron, la frescura de ella quizás fue un imán y lo callado, lo reflexivo de él, su trampa. Y la vida desplegó opciones, vaivenes. Sé que seguirán buscándose, que en algún punto se miran con ternura, porque él no puede dejar de preocuparse y ella de necesitarlo.

Me vinieron asaltándome los que son mi piel y mi carne e intenté reunirlos, imaginarlos disfrutando, disfrutables. Ya no pasaba el trapo igual, ya no podía estar conectada con el rito fresco en mi casa, una tibia melancolía fundía en mí.

Pensé en otros y esa curiosa manera de querer que tienen los que eligen delegar, claudicar, entregarse al consumo, a una alegría corta como encontrar la felicidad en salir de compras o visitar la peluquería. O lo que es peor, consumir escenas: ¿hacer el amor frente a la chimenea entre pétalos de rosas?

Y nada de eso los representa.

Tuve necesidad de reunirlos en el aire y fue este texto de Graciela Maturó.

Certidumbre

Mientras cocía unos tallos
Unas hojas blancas
Sentía el vapor vegetal
Latiendo en la cocina de invierno
Y una gran dulzura me vino desde el pan
Una certidumbre
Que nacía de las rosadas cebollas
Del aceite y del vino.
Sentí entonces el viejo misterio del fuego
y fui solo una dulce,
ignorada sacerdotisa
Oficiando en la piedra del amor

Graciela Maturo

Cantata del agua. Ediciones La luna que habita entre nosotros
Buenos Aires. Mayo 2001 Pág. 37



Neuquén, 1992. En familia.

Mi casa siempre estuvo presente y siempre busqué que la casa fuera una ofrenda. Empiezo con la actitud que yo llamo *de la Porota* y le doy a los trapos y las escobas. Dispongo la casa para que cuando lleguen encuentren todo ordenado, pero que eso les dé un orden más espiritual que formal.

Por ejemplo, cuando Francisco tenía diez años solía preparar un camino de pétalos de rosas que terminaba en la mesa para cuando yo llegaba de trabajar. Podía ser en un día cualquiera. O ponía velas en la mesa para que se encienda el nido.

En los objetos debería buscarse lo que se encuentra de uno o de otros en ellos, no el objeto en sí mismo. Es cuando el objeto trasciende como ternura, como melancolía o como alegría. Como una emoción.

Y entonces Adriana Badii dijo: “impregnás al objeto de la persona”.

*

Estaba yo nuevamente retorciendo el trapo cuando retorné al día anterior. No era mi intención, pero vinieron palabras sueltas que se fueron hilvanando con imágenes, se retorcieron junto al trapo que acababa de pasar.

Entonces llegó Teresa a mí y escuché:

“ya sé que todo está perdido”

refiriéndose al sentido de la vida y a sus valores. Y sin embargo Teresa es una hacedora fiel.

A mí me cabe la esperanza.

Me digo:

lo conocido ha muerto, pero la esencia en valores perdura.

Porque también Teresa no deja de mencionar a sus hijos con voz de fanática empedernida. Y está bien que así sea, porque justamente la confianza, el fondo del sentir más noble, está en la descendencia y todo lo que digan o hagan es en los ojos de una madre el valor de la siembra.

Aunque los hijos no remonten y se queden planeando al costado del camino por ser “diferentes” al resto, uno intuye que es en lo abrazado en afectos que encontrará el cauce de la misma manera que el río entre piedras.

Y el trapo me sigue hablando: en estado de confusión, perversión del caos, la lucha diaria muere y erosiona.

Pero otra frase dicha en el almuerzo por un amigo se coló:

“la vida es corta pero ancha”.

Y me vinieron ganas de agregar a sus palabras, con el entusiasmo que nos avanzó a Stella, Teresa y a mí, cuando jugamos con el texto de mi hermano Marcos:

Planean tomarnos por asalto la palabra.
¡Que lo piensen!
Hay un horizonte centinela,
volcanes de imaginaria.

Las tres repetíamos como un mantra, las palabras, saboreándolas, asintiéndolas.

Y ese texto vivido confirma mi teoría del sentido del sentir. Graficando con precisión y recreando un nuevo gesto poético de resistencia al servicio de un joven hacedor, mi hijo Francisco, que lo incorporó y transmite en un video con el mismo sentido.

Pienso:

Las brechas se abren: están los que tienen el dominio del sentir y los por siempre ausentes.

Entonces recordé otro día.

Tenía que coordinar un cierre de jornada en la UNCo, donde habían estado hablando sobre inclusión-accesibilidad y la discapacidad. Llegué temprano al encuentro como es mi costumbre, esperé un largo tiempo que terminaran de elaborar sus devoluciones, escuché, sobre el filo del tiempo llegaron mis palabras: vengo con la intención de hablar sobre lo que nos une, es decir lo que refiere al ser, eso que no tiene cuerpo pero habita en nosotros: los gustos, los sabores, los recuerdos, los valores, el afecto, los ideales, los principios. Aquello nos distingue a todos, nos hace irremplazables.

Tengo momentos que me urge repetir hasta el cansancio lo que he confirmado, ese ser que es la herencia afectiva, herencia de trabajo, herencia histórica. Narrar el presente en nuestro presente, eso nos incluye. Se es en la diferencia, se es en la diversidad. Nos habita en el cuerpo. Al pensarlo como unidad resurge cargado de deseo.

Ese ser es el ausente en muchos. Una de las razones: prefirieron el tener, el lograr, por encima del ser.

No es lo mismo alguien feliz que quien ha claudicado al punto de desconocer qué quiere, qué desea, qué siente. El ser que eligió, su funcionalidad, es a un sistema que los prefiere abnegados.

El cuerpo que piensa, actúa y dice lo que siente, es ese ser contemplativo y activo de la vida, pues se está en conciencia dinámica reflexiva, práctica, ideológica y filosófica.

El cuerpo habitado, feliz, nos pone en situación de resistencia y lucha, libre de decisiones y entusiasta.

Vivir en el tiempo real y no el virtual, conlleva la gratificación de estar en presente. Un adulto pleno marca el rumbo, el afecto y la palabra. Es altruista porque todo lo que se hace cuerpo del afecto se hace cuerpo del recuerdo.

Pensarnos creativos corporales es definirnos de hecho como eslabones necesarios, por eso un cuerpo que se piensa y se siente es parte definida de un futuro.

El cuerpo no sólo nos contiene sino también nos reclama. Quien no se ejercita en el sentir se pierde en las sombras del desconocimiento. Cada gesto puede ser mecánico o sentido en el pensar reflexivo, asociando imágenes con sensaciones, formas con impresiones, recuerdos con deseos. El movimiento siempre está encerrando un pensamiento, una palabra tácita, aunque la neguemos. Esa palabra sigue estando, para ser liberada.

Es curioso que pensemos en el cuerpo como algo de forma, pero no de fondo. Es la apariencia, el afuera, pero no pensamos que hasta lo que pensamos, es cuerpo.

Sólo reconoce la relación íntima que tiene el movimiento con el pensamiento quien lo ejercita. Quien no lo hace entra en una dinámica de funcionalidad (la mujer, en general, vincula con profundidad cuerpo y pensamiento, cuerpo y deseo, cuerpo pleno, en el momento de parir como hecho culminante).

Hablé del valor que tiene estar feliz todos los días, esa felicidad que pone en situación, en conexión con esa que soy: mis gustos, el sabor del café, las tostadas, la conciencia al regresar del sueño. Hacen “al” día que sí tengo, al trabajo diario como un privilegio, a los afectos que entran en el espacio de lo evidente. Quien no se piensa se tiene a medias. Quien no se siente se ausenta.

Empezó la música a trepar por vidrios, paredes, cuerpos. El aula de bancos en gradas se dilató, abandonaron el mate, se dejaron guiar, mencioné las endorfinas, recurso que todos tenemos para protegernos (se generan

cuando el cuerpo disfruta, son anticuerpos naturales que se ponen a disposición mío y sólo mío).

Les aclaré mi postura:

- El arte construye el ser pleno y feliz, deseoso y entusiasta.
- El cuerpo del arte es el arte mismo, como el cuerpo del ser es el ser.
- La simbiosis entre arte y cuerpo genera la creatividad como resultado.
- El ser creativos nos potencia, la creación es el pulso de la vida.

Cerraron los ojos, la música ya los dominaba, relajaron el rostro, algunos sintieron pudor de estar así, sólo así, dispuestos. Mencioné el mar como lugar posible de la mente, descansar para sentirnos.

Dije:

-Respiren, la vida en el gesto básico, respiren y disfruten, escuchen y disfruten, lo hombros se relajan, ahora las manos levemente extendidas hacia adelante para percibir la resistencia del aire, la música acompaña, están serenos, serenas, se dejan, abandonan la resistencia de lo absurdo y descansan en el gesto colocando sus manos cubriendo la cara.

Ese simple gesto recuerda que estoy, soy ese que se esconde.

Siguieron con los ojos cerrados mientras sólo yo los tenía abiertos. Me tocaba ser testigo de otra obra. Era conmovedor ver sentados a los trabajadores de la cultura, los integradores, con el rostro tapado. Devolvían una imagen de entre vergüenza y dolor. Todos, entre negación y conciencia. Desbordaba ese silencio de gesto.

Llevaron las manos hacia los hombros abrazándose y otro silencio los detuvo, la respiración lenta, la música hecha raíz y las manos sobre el pecho. Regresaron despacio, como recién amanecidos, adiviné algunas caras conmovidas.

- La vida es hoy!



Lucía Tornatore. *Sin título, técnica mixta, 2010.*

El ciego hace ruido con los pies o las manos para apreciar mejor el espacio que lo rodea. El sonido desnuda el interior del lugar⁵

La oscuridad deja de ser obstáculo para ser información en el sentir y diálogo. Lo subjetivo se construye con datos vividos que impactan sobre el ser llenándolo de notas, sabores, presencias.

Cuando era chica no me gustaba la oscuridad. Sentía que era oscura la vida y sólo despertaba en algunos gestos, por ejemplo en el de las manzanas rojas lustradas, sobre la pequeña mesa de la cocina, que fueron motivación para una foto que luego envié mamá a Alemania, así papá podía ver lo grande que estábamos. También cuando la luz filtrada entre las persianas del departamento en que vivía lograba un efecto celestial. Flameaban las partículas de polvo como mundos, la mirada se ausentaba de tiempo y un minuto eran años detenidos.

⁵ Le Breton, David. *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos.* Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. Abril 2007 pág. 94

Creo que todos venimos de la oscuridad para despertar a la vida despacio, acumulando datos que luego serán referentes y patrimonio, ese que se habita es el pasado revelado.

En mi infancia, apagar la luz de mi pieza era suponer cocodrilos dormitando bajo la cama. Debía saltar para entrar en ella. Alguna vez, ya mayor, me encontré saltando a la cama con el pulso acelerado. Las puertas de los placares, también oscuros, me siguen haciendo suponer que algo esconden. Por las dudas me preocupo en mantenerlas cerradas. El inconsciente algunas veces se detiene en la infancia.

La oscuridad nos lleva por otros recorridos y direcciones. Es lo más parecido a las noches de alta mar. Planicies de sonidos abrazan, lo cerca tiene presencia de autoridad máxima y no se sabe de límites ni de distancias. Todo es imponente. Fuertes gritos sordos de vientos y olas que rompen en la base del barco. Nada se detiene. Las estrellas son la salvación al ojo, las únicas rectas posibles. Y la luna es mezcla de divinidad y nostalgias del suelo.

El sonido se borra al mismo tiempo que se deja oír: existe en lo efímero. El oído introduce una sucesión, un ritmo que da lugar a la expectativa o a la fugacidad. El sonido se va tramando en el transcurso del tiempo ⁶

Pero el cuerpo asociado con la construcción mágica del arte, registra el instante de acuerdo a su estado de percepción y sugestión. Lo efímero, puede ser eterno. El tiempo se relativiza y es en “el sentir” lo que el sentir interpreta construyendo imágenes subjetivas.

La agudeza auditiva de la persona ciega recuerda en qué medida los sonidos contribuyen a nuestra orientación en el mundo, aunque muy a menudo estas informaciones queden encubiertas por la vista, que las hace subalternas⁷

Cuando nos ponemos en la piel del arte entramos en un caos de información, de sentidos, que nos asaltan sin medida al igual que un ciego

⁶ Ídem Le Breton, David- pág. 56.

⁷ Ídem pag.95

en la oscuridad. Y entramando, conjugando fuerza y forma, estados y tiempos, confluyen en el arte de construir, construyen el **ser en arte**.

El pensamiento encuentra en el sonido, es decir en la palabra, la forma mayor de expresión. El oído es el sentido federado del lazo social en tanto oye la voz humana y recoge la palabra del otro. Es depositario del lenguaje. El entendimiento es el otro nombre del pensamiento. Ser “escuchado” es ser comprendido. A menudo el oído es asociado con el pensamiento.⁸

Ser sordo es ser ciego de sonido, es decir estar en la oscuridad del vínculo asociativo del sonido. Codificar y decodificar con la mirada el pensamiento, que es esencialmente sonoro en lo social, por lo tanto, la **suposición** es el verdadero vínculo que tiene un oyente con un sordo y viceversa.

El ser humano se abre camino en la infatigable sonoridad del mundo entendiendo por sí mismo sonidos o provocándolos mediante palabras, hechos, gestos.⁹

Dialogar confrontando códigos esenciales dispares, genera vínculos en disonancia. El sordo es sujeto de mirada, el oyente del oído. Por lo tanto, ese ser que se construye en vínculo necesita crear uno nuevo para no vivir en permanente disonancia. Requiere de un nuevo lenguaje y eso implica un nuevo permiso y una nueva aceptación asentados en la permanencia del deseo de mantenerse en comunión. Por lo tanto, desde esa oscuridad primigenia, se requiere abandonar el fastidio de la incompreensión y la impotencia derrotándolos para pasar a un nuevo lenguaje posible. Apagarlo todo, para despertar.

⁸ Ídem pág. 56

⁹ Ídem pág. 95

*En Buenos Aires con Mercedes Sola,
ambas embarazadas.*



Otro mar me llama

No es el mar de la tierra, numeroso
Y fecundo
El que me llama con lejanas voces.
Es el mar alto y solo
Del espacio
Es el mar del espacio musical,
Conmovido
Por las oscuras leyes que ignoro
Y me gobiernan.
Yo pertenezco aún a un mar de
Yodo y sal,
Al mar que centellea con sus peces
Eléctricos
Con sus algas salobres y sus estrellas
Como sexos.
Pero otro mar me llama
Vibrante y seco como la semilla
Profunda de mi alma.

Graciela Maturó

Cantata en el agua. Ediciones La luna que habita entrenosotros.
Buenos Aires, Mayo 2001, pag.49

Memoria del cuerpo

Como en acantilados, mira. Tiene el ritmo de vidas pasadas; no sabe cuál le duele más, la real, la que recuerda, o ese estado de contradicciones de tanto negarlas. Guarda silencios que marcaron su cuerpo. Detrás de una alegría que sabe a pomelo, se observa cada tanto.

Ya deja la esquina entre la pieza y el comedor, entra en el pasillo, se está arrastrando. En una pequeña pelela color celeste; al costado de la puerta del baño, la sientan; como hazaña, debe quedarse hasta que la cola se le marque de circunferencias.

Pero la memoria llega más lejos cuando uno pone el cuerpo en movimiento. Sobre una cama despojada, en una pieza con vista al cielo, la tendían sin ganas sobre un plástico que se pega en la espalda. Alguien le dijo:

- ¿No te da miedo cambiarla con ese aspecto frágil y desnutrido?

Para ese entonces tenía los ojos grandes y todo un idioma que luego olvidó.

Llega el momento de quitarme ese olor estridente. Sólo cuando elimino el líquido caliente es grata la temperatura del cuerpo. Pero pronto se enfría y ataca la piel poniéndola como si le clavaran pequeños alfileres, uno tan cerca del otro que se extiende en superficie, sobre todo en las ingles. Luego vendrá una pasta fresca, espesa, blanca, de olor fuerte, que untará la mano grande, de dedos desacostumbrados a embadurnarse. Con una sola mano tomará mis pies (siempre me gustaron; los veía ridículos y alegres, tan lejos de la cara), y un perfecto triángulo que hacía mientras me tenía colgando, una punta en la boca, rápido, con la mano libre la otra y así, debajo de mí, los extremos más largos a los costados, el más corto quedaba entre las piernas, alzaba mis manos, que hacían tramas sobre la cara mecánica de profunda melancolía.

La señora rozaba tristezas, las ilusiones que el cine le enseñó fueron desheredándola y toda su vida era acomodar este pañal de mierda. Luego una punta, tapando el ombligo; luego la otra se cruzaba y por último, la que estaba entre las piernas, que llegaba a ser tan larga que debía ser metida por dentro de los otros dos lados. Unos segundos me quedaba así, el tiempo necesario para buscar en los estantes que estaban detrás, el rollito de tela con el cual me envolvía una y otra vez alrededor de la cintura, fuerte.

Para entonces tenía registradas dos texturas. La primera era una tela gruesa, como granulosa; la segunda, más fina, de trama rayada y abierta. El momento emocionante era cuando colocaba el alfiler abierto entre sus dientes para dar los retoques y sabiendo que era de los últimos movimientos. Una leve sonrisa cómplice para que no me mueva, en

diagonal, cuidando con sus dedos fríos, que colocaba entre mi panza y la tela, lo traspasaba fijando el traperío.

Luego venía la bombacha de goma previamente entalcada. Más de una vez, de tan usadas, se abrían. Esto ocasionaba una nueva maldición y a mí me gustaba su disgusto; sentía que de esa manera yo era el motivo de atención. Por horas andaría con todo eso puesto hasta chorrear.

Quedaba mirando el techo. Esto cambió apenas pude sentarme. Debía hacerlo, ya no me bastaba conocer todos los sonidos de la casa, los pasos que se alejan, la puerta del baño, el sonido del agua corriendo, los largos silencios, el encantador roce de las pajas de la escoba, otra puerta que chilla, la corriente que cierra de a tres puertas, cuando alguien llega de la más misteriosa, la que da al gran pasillo que vincula los otros departamentos.

Cada tanto venía el de rulos intentando maldades que no siempre lograba. Como mi aspecto no me favorecía, no causaba grandes motivos de comentarios e interés en el gran mundo de los otros. Yo era sólo un punto nutrido de mí, todo mi ser era una identidad, no sabía de conflictos de la existencia, tenía la calma otorgada por la sabiduría primera, el origen, recién llegada del mundo infinito. Mis días comenzaron a llenarse de preguntas. Estaba creciendo, ¿para qué vine?, ¿qué hago aquí?, ¿éste quién es?... Y así hasta el día que pude ver de cerca el suelo, de maderas acomodadas como un gigantesco juego, dibujaban un piso en diagonales.

Me sentaron con unas almohadas cerca por si me caía, y por primera vez vi cómo entraba el sol desde la ventana recorriendo misteriosos puntos que viajaban hacia mí. Tenía sólo puestos los pañales; el resto era piel, piernas desnudas, cara. Ese fue el primer pacto de placer que tuve con la vida.

Sabía que era mi hermano. Todos los días lo llevábamos junto con mi madre a un lugar de los pisos bajos. Lo despedíamos, entraba para desaparecer por una puerta que luego lo regresaría. Un día, no quería que yo fuera, se resistía. Me desconcertaba, hasta entonces nunca se opuso. Mamá siguió el ritmo de su rutina. Recuerdo, frente a los ascensores, que la resistencia era cada vez mayor a unos pocos metros de la entrada que tragaba niños y luego los devolvía entre otros padres que se agolpaban en esa única salida.

Pudo expresar su pesar:

-No me "duta" pelada.

Fue la primera vergüenza que le causé. Formó parte de mis placeres incomodarlo.

Pensar que ahora es mi refugio, mi sostén, mi hermano del alma.

*

Tejen raros los complejos, adiestran ciertas rebeldías. Se aprende a taladrar con la mirada, gestos, símbolos genéticos. La madre de mi padre entró en mi cuerpo para mirar por encima de los hechos, matriarcal, solemne. Sin palabras le ponía fuego a la mirada, lentamente, desde abajo, con el mentón trazando una línea al centro del pecho, me mantenía en ángulo la cabeza y desde ese exacto lugar, levantar la vista, los ojos se ponían más grandes, un punto de energía aguda en el entrecejo, las cervicales se anudaban y me ganaba la distancia.

Nos daban chupetes de carne que dejaríamos blancos hasta que fueran una goma insípida. Tiraba de los rollos de papel que ponían en el baño. Prolija, metódica, lo descargaba en un agujero con mucha agua, hundiendo la mano... ¡Me encontraron!, me sacan fuerte, tiran de mí, se cruzan palabras. ¡Así no puedo! ¡Qué voy a hacer! El llanto es corto cuando hay tanto por ver.

Llegó la solución: un cuadrado de barrotes de madera. Lo desplegaron en lo que era el comedor del departamento, lejos de la ventana, cerca de las dos puertas que comunicaban con el resto de la casa. Primero, sentada, con un par de objetos para que chupe: cucharas, muchas cosas de la cocina y algún que otro pato o muñeco desteñido de goma. Cuando entraba en ese espacio, el resto desaparecía y me metía en un micromundo, tiraba el cuerpo de costado, intentando siempre la distancia.

Apoyando la espalda sobre los barrotes, comencé a girar. Primero, una mano agarró un travesaño, luego la otra; fuerza, sacándola con envión desde la espalda, los pies se fueron rotando. Más envión. Con las dos manos apretando los barrotes, logré doblar mi cuerpo. Ya estoy con el ombligo mirando los barrotes, las rodillas sostienen casi todo el peso, muy agarrada, estiro las rodillas y de pronto... toda sobre mis pies descalzos, puedo mirar hacia fuera sin interrupciones de formas; y aunque noto el cansancio, primero acomodo mejor mis brazos, los cuelgo hacia fuera y así casi estoy colgada; sólo apenas rozan el suelo los dedos gordos. Desde la cocina corre mi madre (lo lograste):

- ¡Se paró sola! ¡Sola!..

Me registraron (lo lograste).

Los ojos de mamá no fueron los mismos; regresó la sonrisa, y aunque por momentos parecía una mueca, la sostuvo como estandarte entre tinieblas.

El cuadrado nos guardaba, al de rulos y a mí, pero el colmo fue cuando viajamos a la casa de mis abuelos, en la provincia de Buenos Aires, con el cuadrado y nos metieron a todos los primos hermanos entre comentarios: “entran”, “no entran”. Risas (no sé de qué). La cuestión es que nos dejaron para que intercambiemos llantos, golpes, tirones, juguetes, ¿hasta cuándo?, es insostenible.

No recuerdo si fue el primer viaje de presentación, pero tengo guardado un momento de gran satisfacción en brazos de mi madre, que en este lugar se veía candorosa. Tenía puesto un saquito de color celeste, escote redondo de pequeños botones que prendían al frente, dejando descubierto su delgado cuello de bailarina. Aún no se había cortado el pelo, pero lo recogía hábilmente con unos alambres negros doblados que sostenía en su boca y los retiraba de a uno para incrustarlos en esa especie de banana atrás; y como toque final, se la levantaba con la parte fina del peine enganchado de a mechones, para que se infle la parte superior de la cabeza. Así le quedaban al descubierto sus pequeñas y finas orejas, que adornaba con unos aros como gotas de perla. Pintados los labios de color ladrillo, pellizcaba las mejillas. Se veía hermosa; amplios hombros huesudos, finos brazos.

Ahí estaba yo, pesando poco, ocupando un lugar pegada a su cuerpo. El encanto se rompió; me sentó en el piso frío de baldosa. Los otros comenzaron a rodearme. Tenía un montón de caras cerca. Otros, distintos, mirones. Por suerte, el cantero vino a salvarme. Comenzaron a dar vueltas y vueltas alrededor de él, todo me parecía grande; el tiempo, interminable. Debía conformarme con mirar. Pronto se olvidaron de que estaba allí, fresca, salvada. Alguien llamó:

- ¡Adentro!.

Me tomaron, la puerta se cerró.



Padres y hermanos. Gente satisfecha. Neuquén, 2001

Mi casa era móvil. Un día encontrábamos un piano en el pasillo de la entrada al departamento, que no medía más de dos por uno, justo enfrente de la cocina que no medía más de dos por dos. Otro día, un nuevo catre para dar cobijo a algún nuevo tío. Todos eran los hermanos del arte. Titiriteros, músicos, teatreros. Papá se dedicaba a representarlos. Grupo de devotos intelectuales por donde fluía la pasión y la entrega total, se pasaban las horas discutiendo entre risas y tonos enérgicos. Nosotros deambulábamos en una casa de sólo un banquito, no daba para más.

En la heladera, siempre el mismo trozo de manteca y la nada. Cables que cruzaban de un lugar a otro donde colgaban sus respectivas lamparitas. Eso ocurría cuando las piezas resultaban escasas y se debía improvisar con tendales ciertas separaciones para resguardar la intimidad.

Mis padres vivían alimentando esperanzas. Eufóricos fueron los años de resistir por amor al teatro. Fundadores del grupo de teatro independiente *Fray Mocho*, daban sobre todo sus noches para tal fin. Recuerdo verla a mi madre arreglarse frente al espejo, recogiendo su pelo. Era tan delgada, que disimulaba su falta de busto con unos corpiños armados, a los que debía colocarle relleno. De cintura pequeña que resaltaba con unos pantalones angostos, dejaba al descubierto sus delicados tobillos. Se veía tan hermosa.

A pesar de la falta de recursos, tenía clase. Un día, el chalequito lo prendía adelante; al otro día, lo prendía atrás. Solía salir con pañuelos en la cabeza, en triángulo, anudados adelante. Tenía uno rojo de seda con grandes caballos que tiraban carros. Así era toda ella, un pañuelo suave, distante, melancólico, llovido de amargas lágrimas, enamoradas. Como gracia nos hacía la morisqueta de la liebre, su personaje de *Los Casos de Juan el Zorro*. Renegaba con sus dientes, desparejos, grandes, chuecos. Era el defecto que marcaba la personalidad; como de costumbre, no lo sabía.

Papá pasaba como una sombra. Su historia familiar de soledades que jamás nos contó, estaba en la sobriedad, en sus silencios. No se permitía ninguna emoción, ni dar, ni recibir. Lo que no pudo decir lo cantó, con una voz exquisita, tersa, como quien apoya las manos en el musgo. Con los años se fue reconvirtiendo hasta transformarse en un abuelo preocupado que sin saber cómo manifestarse (nunca lo supo) delata su corazón sensible y, aun equivocándose, demostró que nada fue más importante para él que los lazos del afecto. Lo demostró cuando por segunda vez debió regresar al pie y le pidió a mi madre casamiento. Desde entonces, siguen de tironeo en tironeo, brindando por la vida.

Un día crucé la puerta. Te pasaban con carrito y todo. El mío era de aspecto cuadrado, color azul, duro. Tenía, para colocar compras debajo del asiento, una especie de enrejado. Cuatro ruedas del mismo tamaño. En el frente

colgaron unos juguetes de distintos colores, que no les encontré mucho sentido, pero si a los grandes les gusta... Mamá se encargaba de preparar una muda, incluidos pañales. La puerta se abría hacia adentro.

¿Qué pasaba del otro lado? Todos agolpados, otras madres, otros carros, no logro ver. Los vidrios pintados de un color gris opaco para cortar rápido el vínculo de la mirada, un segundo de frío. Me pasan sobre la cabeza casi filosa guillotina. Siento espacio entre lo nuevo, nunca visto y el taconeo musical de mi madre alejándose, tac, tac, tac, tactac, tac, tac, tac, tactac, tac, tac, tac, tactac. Somos muchos, distintos tratados como iguales, una larga fila de cambiadores. Colocaban nuestros carros con sus dueños contra la pared, uno al lado del otro, y así quedábamos hasta que dé a uno nos ponían sobre esas lonetas con la muda; y así, sin pudor, desnudos, dejándonos tocar. Afectos sustitutos. Una de ellas se llamaba Lucía. Aprendí a quererla, tanto como que hoy mi hija mayor lleva el mismo nombre. Pero eso fue una justa casualidad.

*

Dice Nicolás Britos

“Si alguien se hiciera la pregunta “¿De qué carece, en general, el alma de los alemanes?”, la respuesta podría condensarse perfectamente en dos palabras: Violeta Britos. Ella es una especie de cápsula concentrada de cada una de las características que los latinos tenemos serios problemas en encontrar después de unos años de vivir en este país.”

“Y no me refiero sólo a cosas como “pasión” o “ritmo”, aunque definitivamente son dos palabras que también forman parte de la lista, sino a un impulso vital, un motor espiritual que empuja imparables hacia adelante, con la apasionante curiosidad de una niña. Mientras que por estas tierras es normal sentir que la gente se mueve siendo arrastrada por una soga que sale de sus pechos, Violeta es la persona que tira de esa soga. Violeta es la persona que tira de la soga de todas las personas que cruzan su camino.”

“Era inconfundible, incluso para la gente que la veía por la calle. Era marzo, todavía hacían varios grados bajo cero, y nevaba, como es normal por estos lados. Las calles eran grises no sólo porque el cielo estaba durante semanas completamente cubierto, sino también porque el aburrimiento y la densidad de llevar ya tantos meses de frío se había posado sobre la ciudad como una capa de polvo. Pero Violeta salía a la calle, con ese inexplicable superpoder de concentrar en sus ojos la energía vital del mundo entero, y la gente que la miraba no podía evitar sonreír. Quiero decir, al verla, la gente iluminaba su rostro, despertaba del letargo de ya siete meses de invierno, y sonreía.”

“Es que Violeta es, en realidad, una inmensa llave. Todo se abre cuando ella está cerca. El alma, los pensamientos, la risa, el deseo de conocer el futuro. Y en particular, y creo yo la esencia del éxito de su danza como terapia emocional, con ella se abren esas puertas interiores oxidadas, selladas a cal y canto, que ninguna otra persona o mecanismo puede abrir. Un movimiento de Violeta, una de sus palabras, es la llave que destruye esos cerrojos, es la fuerza que tira abajo los muros.”

“Y de pronto uno se encuentra frente a ella, sin maquillaje, sin máscara, sin disfraz, sin ideas aprendidas, sin nada que decir. Desnudo y libre. Renacido. Despierto. Esas puertas que tenían la soberbia confianza de que siempre iban a impedir el paso, quedan de pronto inútiles. Y en los lugares donde la educación y las normas sociales promueven la creación de capas sobre capas de puertas indestructibles, el trabajo de Violeta es revolucionario”.

“Aquí llega, pequeña, morena, sonriente, con turbantes y estridente maquillaje, con una carcajada que estalla siempre junto a una patada al piso, con una mirada de desarmar pieza por pieza un aparato, con la inconfundible presencia de una mujer que no es nueva en el mundo, una llave venida del sur, lejos en el sur, hablando otro idioma de vocales abiertas y movimientos, yendo de un lado a otro con la libertad de una tormenta, cegando a la muerte, derribando para siempre muros con el cuerpo.”

*

María Elena

Tengo una prima Britos de mí misma edad. Estos Britos somos, en general, inesperados. Llevamos en nuestra sangre la responsabilidad del arte. María Elena tiene los ojos claros, marinos, es de risa fácil. Toda su vida estuvo sentada en estrambóticas sillas de ruedas que se adaptaban de acuerdo a cómo estuviera su cuerpo.

Durante gran parte de mi adolescencia viajaba a visitarla. En esa época, yo vivía en Buenos Aires y ella en Mar del Plata. Salíamos a caminar siempre rumbo al mar.

Cuando tomábamos una pendiente, yo soltaba la silla y me colgaba de los postes de alumbrado, corriendo alrededor del palo gritaba:

-¡Vuelo!, ¡vuelo!

Desesperada, entre risas y gritos me decía:

-¡Agarrame, loca, agarrame!

¡Nos divertíamos tanto!

Por las noches, nos quedábamos charlando hasta cualquier hora; dormíamos las dos juntas en la misma cama. Mi tía le colocaba unas bolsas de arena que la sujetaban para que no se cayera, y además para que no me golpeará, pues tiene movimientos involuntarios. No faltaba lugar en la casa, era linda, construida con sacrificio y amor.

Yo pensaba que ella debía hacer, en la medida de lo posible, lo que todas las chicas hacíamos. Una de esas noches me preguntó:

-¿Cómo es bailar?

Para entonces, yo estaba estudiando danza con María Fux. La puse sobre mí con su espalda pegada a mi ombligo, le tomé las manos y lentamente comencé a estirarle los brazos tensos, tratando que el movimiento fuera lento, placentero, suave, como una caricia. Le susurraba:

-Así se baila, así.

Otra noche me preguntó:

-¿Violeta, de mí, ¿nunca se van a enamorar?

La tomé de la mano. La besé. No supe qué decirle.

En otra oportunidad vagamos por las calles hasta llegar a unir nuestras almas con el mar. Las dos primas y hermanas, los ojos llenos de espuma pegándole bocanadas al viento, seducidas. Nos quedamos largo rato con las manos unidas por caricias, declamando:

-¡Oh, dioses!, estamos aquí para rendirnos. Traigo en mí los vientos patagónicos como tributo, para que desde tu imponente manifestación con la inmensidad del mar, único testigo de lo que nuestras almas invocan en homenaje al indestructible afecto de sangre, reunimos a la vista de la esencia de la vida, las más sinceras emociones.

Durante largo rato jugué con palabras, pero lo que comenzó como una travesura, me atrapó y sin duda sentí que las palabras que se escaparon de mi boca fueron las únicas posibles: Gracias, María.

María se fue para quedarse en recuerdos, pero me asalta desprevenida, es presente, es mi María Elena.

La Piedad

El Pasaje de La Piedad era un lugar de encuentro. Cuando compramos uno de sus grandes y viejos departamentos tenía un foquito rojo en la puerta y mucha mugre, al punto que los papeles de la escritura se firmaron sobre mí espalda y “bajo advertencia de mi tía”, que al oído me dijo:

- ¿Te das cuenta en lo que estás haciendo invertir a tu madre?

Yo lo sabía. Siempre respeté mi instinto. La Piedad formaba parte de mi deseo, pero ésa es otra historia.

Me corté el pelo como varón y me puse a dirigir la reforma. A los pocos meses estábamos de fiesta. En este lugar tan lleno de magia comencé mi tarea de vincular la danza a lo emotivo y afectivo. Desde entonces, me muevo al ritmo de los afectos.

En una oportunidad Helga Epstein, quien fuera profesora de canto de mi padre, me derivó un alumno cantante ciego que tenía serias dificultades ocasionadas por la tensión corporal.

Se integró al grupo como uno más, pero yo debía encontrar un código común. El primer paso fue apagar las luces y cerrar los postigos. Y le sumé a la música palabras que nos dieran pautas comunes. Pensé que de esa manera podríamos aproximarnos más. Entonces dije:

- Rojo, fuego, nácar, azul, inmenso, verde cuerpo.

En eso, dije:

-Negro.

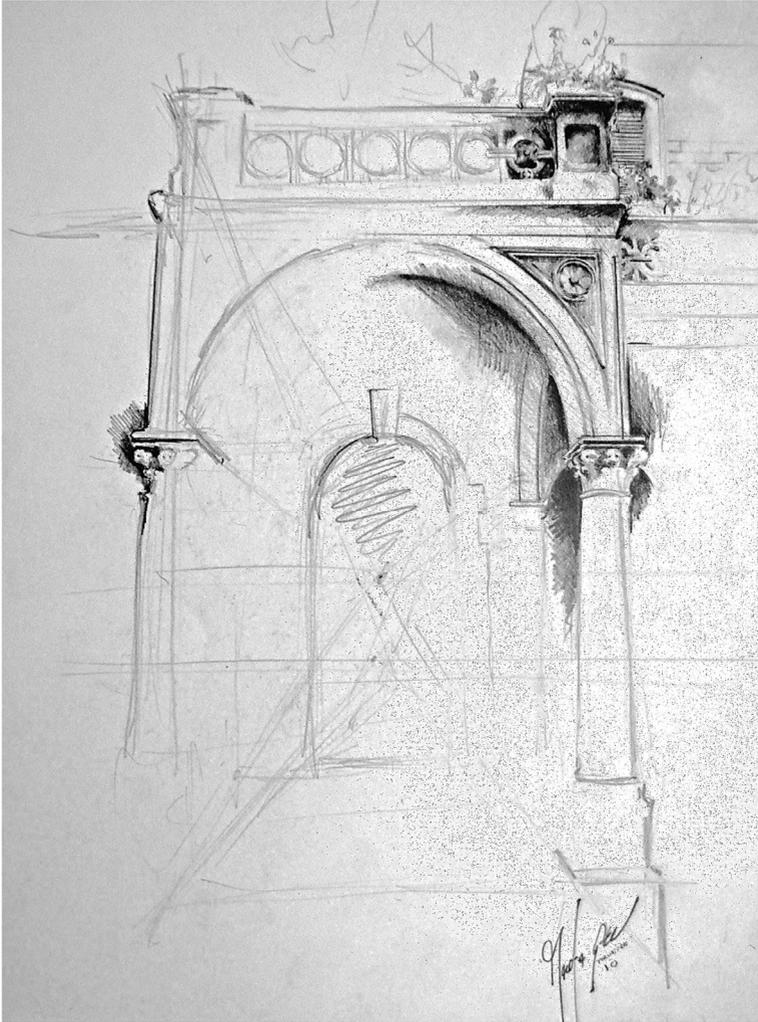
Todos se movieron solemnes, menos él que se quedó quieto. Al terminar la clase le pregunté:

-¿Qué pasó con el negro?

Y me dijo:

-El negro es ausencia de color, por lo tanto es ausencia de movimiento.

Durante todo ese año trabajamos de esta manera, hasta que un día no se podía saber quién no veía. Usó todo el espacio, incorporó la contraposición, subía y bajaba sin mayor dificultad. Incluso logró trabajar un poco sus equilibrios. Desde entonces, me pregunto: ¿por qué no les enseñan a las personas con disminución visual, o ciegos, a conocer su cuerpo? También deberían danzar.



Francisco Tornatore. Frente de La Piedad N° 15. Lápiz, 2008.

Al estudio vinieron los que tenían almas gemelas, fueran altos, flacos, gordos, sordos, rubios o morochos. Hablaba de “danza para todos”. Mi lema era: *Cuerpo, emoción y encuentro*.

Un día decidimos dejar el estudio de La Piedad para ir al encuentro de la naturaleza. Elegimos el sur, concretamente Neuquén. Compramos una casa simple con mucho terreno salitroso. Empezó otra etapa.

Carmen

Cuando llegamos a Neuquén los neños eran chiquitos. Ailín era una panza, la casa de paredes blancas, cuadrada, fácil de limpiar, con mucho terreno. Hacía falta comenzar, juntando basura. Había una hilera de altos álamos, algún que otro frutal. No recuerdo cómo Daniel comenzó a hablar con un señor de pelo reteñido, anteojos oscuros, con pinta de saberlo todo respecto de la tierra:

¿cuándo se debe regar, cómo se poda, qué plantas convienen cerca de la casa, cuáles no están tomando agua de la napa?

Mi melancolía gritaba más fuerte que el viento, las lágrimas salían de sorpresa, mateando sola en ese lugar árido, desconocido, con la tristeza marcándome un lunar, decidida a dejarme. ¿Estar bien? Mientras la angustia crecía como una panza a parir, otra panza crecía con la bendición de la vida. Pasaba largas horas acariciándola y ella me volvía a mí, como lo supo hacer siempre, hoy trasformada en mujer me sigue dejando señales que me ponen de pie.

Sociable, trabajamos juntas, es mi secretaria. Tiene el don de hacer sentir bien a los otros y su patrimonio en afectos inunda rincones del Neuquén hasta La Costa.

Un día, el señor José regaba nuestros frutales. Daniel, siempre alegre en su destino, disfrutaba de ceparle mate. Pero yo me secaba: ausencias, lejanías, pesares y falta de danza. Ya no era. Nada de lo que me ocurría hablaba de mí. Desconociéndome, pasaban los días más rutinarios que jamás tuve. Pero así como la noche anuncia el día, José y Carmen anunciaron nuestro amanecer en la Patagonia. Nos invitaron a comer en su casa para darnos la bienvenida al barrio. Fuimos.

La casa era de barro y material, de baldosa colorada, adornitos, con flores de plástico, delfines entre Cristo, aparador y una «viejita» («su viejita»). Pequeña ritualista, cumplidora, con las manos dobladas de artrosis deformante. Desde ese día tan diferente, agasajados con empanadas caseras, pollo, ensaladas, torta y más, y mucho más, todo lo que tenían puesto en la mesa para nosotros. ¡La generosidad fue tan extrema!

Humildes, dignos, enamorados; fueron lamiendo la herida, calmando lágrimas, formando parte del nuevo entorno.

Él se fue detrás de una borrachera; la dejó sola por diez años. Ella me confesó que por las noches lo escuchaba decirle en el momento en que se acostaba en su cama vacía: “estate bien viejita que yo estoy bien” y creía sentir su brazo pesado para dormirla.

Murió Carmen de la mejor manera, sin notarlo. Con el recuerdo te despidió.

El primer año en Neuquén

El primer año fue duro. Hasta el sol, que tanto amaba, se transformó en mí enemigo mortal. Me diagnosticaron cáncer de piel. Pero una vez más es mi cuerpo quien me salva: en sueños se me reveló la enfermedad, me despertaba llorando. Tomé la decisión de consultar a un especialista. El médico no me encontraba nada anormal. Cuando estaba saliendo del consultorio, con el frío picaporte en la mano le dije:

-Pero tengo un lunar.

Así fue como en tres días me operé. El día anterior a la cirugía pedí un estudio de danza y bailé, para Daniel, amigos, papá, primos, gente querida, hasta que mis piernas no pudieron más. Hoy sé que esa actitud me salvó la vida.

A los pocos días, aun calzando los cincuenta puntos de mi espalda, bailé en las “Jornadas de la Mujer”, en San Martín de los Andes. Cuando terminé mi danza les pregunté si habían notado que tuviera alguna dificultad. Me preguntaron por qué, y les mostré la espalda. Al tiempo me dieron el alta, pero yo ya volaba.

Cutral-Có

Se me abren otras puertas; entre ellas, la de Cutral-Có. Llegó a mí por casualidad, como todo en mi vida. En un seminario que estaba dictando para la Universidad, una alumna me propone dar un curso en Cutral-Có. Acepté.

A los pocos días viajé. Silvia me esperó en la terminal de micro. Como era temprano fuimos primero a su casa y almorzamos. Casi no comí, nunca puedo comer antes de trabajar, estaba ansiosa. Durante el almuerzo charlamos de todo en general, hasta que empiezo a hablarles de mi postura frente a la discapacidad, mi experiencia bailando con Sonia Salar, bailarina no oyente. Estaba tan apasionada que no me di cuenta de que el marido de Silvia estaba emocionado. Me propuso hacer un taller de trabajo corporal

en un hogar para niños que tienen dos años de sobrevivida promedio, y acepté. Mi interlocutor era el intendente; no lo sabía.

Regresé a Cutral-Có al poco tiempo para bailar en el Hogar de Discapacitados Severos “Crecer”. En el viaje presentí que lo que iba a ocurrir iba a ser trascendental. Llegué más excitada que lo de costumbre. Les pedí que participara un camarógrafo sensible y una persona que apuntara todo desde la palabra. Así fue.

El edificio era nuevo, seguramente construido con mucho esfuerzo. Al entrar, una pequeña salita que formaba parte de un pasillo, adonde confluían todas las diminutas habitaciones. En realidad un diseño contrapuesto a la necesidad de un espacio amplio, cómodo, de grandes ventanales y sillones especiales y adaptados a las necesidades físicas de los chicos.

Los que podían deambular estaban tomados de un pasamano metálico que recorría todo el pasillo; los otros estaban tendidos en colchones en el piso, unas pocas habitaciones tenían camas. Se escuchaban llantos, gemidos, gritos, palabras dichas guturalmente. Me dirigí a una de las habitaciones desde donde venía un llanto desgarrador. Sobre un colchón sin funda había una criatura, puro ojos, del tamaño de un bebé, pero con nueve años aproximados, de aspecto extremadamente frágil.

Me pongo de rodillas, doblo mi cuerpo con la sensibilidad de la danza y sin siquiera darme cuenta, le canto con ternura. Trato de colocar en mi voz todo el amor, ya mis manos rozan las suyas, ya nos hundimos en la mirada, ya detiene sus gritos llorosos, la beso, siento que mis labios carnosos quiebran su frente desesperada. La beso extendiendo el contacto, la beso calmando su vida solitaria. Luego miro a la acompañante terapéutica para que la alce, vamos a bailar.

Los reúno a todos en un pequeño y único lugar que se encuentra en la entrada. Las mujeres encargadas de atenderlos son mis aliadas. Coloco música, todos me miran con inquietud, aplauden. Comienzo a bailar, les canto, les dedico todo mi amor. Durante tres horas sin interrupciones danzamos y rotan cerca de mí. Por momentos se cansan y hacen silencios corporales, para retomar, con más ganas. En rueda ríen, reímos. Estamos alegres.

Una de las adolescentes había caminado toda su vida con ayuda, ya sea una barra o alguien que la sostuviera del brazo. De su boca caía saliva permanentemente por lo tanto tenía en la mano un pañuelo que le generaba total dependencia.

En un momento le dije:

-¡Ya no lo necesitas más!

No lo necesitó.

Luego la tomé de las manos y alternadamente se las retiraba haciendo círculos alrededor de ellas, hasta que en un momento no la estaba tomando. Por primera vez en su vida estaba parada sin ayuda, bailando. Luego comenzó a probar: movió los brazos y los balanceó, fue girando, se sonreía, tenía los ojos grandes. La danza no sólo le había dado placer, sino que había logrado casi un imposible: vencer el miedo.

Mientras ocurría esto era observada desde un rincón: ella estaba sentada en una silla, con las piernas delgadas, las manos entrecruzadas, de movimientos nerviosos. Por momentos las llevaba a la boca, se las mordía, parecía muy alterada, miraba de costado. Pero cuando la miraban escondía la mirada en el piso, o en el techo, o en la nada.

Me fui acercando, lentamente, los ojos se me pusieron de ternura infinita, ahuequé el pecho para recibirla, y transmitirle mi cariño. Mis manos y las de ella fueron un solo nudo, nos medimos en afecto. Salí de su autismo para estudiarme, la abracé.

Durante todo el viaje de regreso seguí sintiendo el perfume espeso de su cuerpo.

No supe si algo había cambiado en ella, pero en mí: palomas.

Una de las mujeres madrazas cargaba una niña de cuerpo deforme con una joroba en su espalda. Era macrocefálica y no tenía movilidad.

La tomo con cuidado. Estamos juntas, doblo las rodillas, me pesa tanto, pero no debe notarlo. Quiero que sienta, la música nos mece, recorremos el espacio. Subo, bajo, giro, estamos volando. Ríe.

Casi en el final, les pedí a las acompañantes que se relajaran con los niños en el piso, con los brazos dispuestos a las caricias. Nos dedicamos a besarlos. Yo no sólo daba mi amor a los niños, sino también a esas mujeres que sin preparación corporal habían comprendido el mensaje de mi danza. Las sentí tan cerca de mí, todas tendidas recibieron caricias de perfume.

Recuerdo que les decía:

Gracias, los quiero, todos mis besos son ahora de ustedes.

Al despedirnos unos apretaban los ojos para no llorar. Escondí mi alma, estaba sangrando. Hasta el día de hoy, que siento mis recuerdos, los extraño, los lloro, los pienso. Quisiera para ellos los mejores lugares, los más dignos, son indefensos y viven como a la intemperie de los sentidos.

Durante tres horas dejaron de escucharse gritos y lamentaciones, fue todo música.

Sin embargo, la ciudad de Cutral-Có quedó sujeta a grandes conflictos económicos y políticos que impidieron la continuidad y nunca volví a verlos. No obstante, busqué la manera de hablar con las mujeres que los cuidaban. Voluntarias a quienes llamé Madres Coraje. Me impulsó a realizar una reunión con ellas algunas de las preguntas inevitables del día después. Pensaba: la despedida luego de esa comunión de espíritus entre cuerpos y vivencias tan distintas, inevitablemente generará sensación de nuevos abandonos cada vez que yo me fuera. Y el lazo con la institución que me había invitado ¿cuánto duraría? ¿Qué pasaría después con ellos?

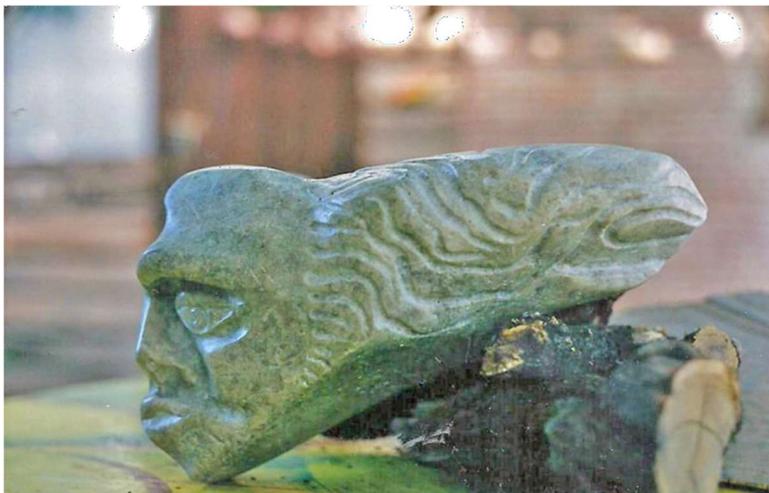
Consideré que lo mejor era generar una continuidad del criterio del trato y la relación entre las Madres Coraje y los chicos. Por eso entendí necesario tener una reunión con quienes cuidaban chicos que comían por sonda, que además tenían las dificultades del uso de pañales de por vida. Les dije entonces que me parecía importante que ellas se dieran el permiso y la libertad para decirles: *Amores. Queridos*. Para acariciarlos mientras escucharan música, para que pudieran rescatar de su maternidad el cuidado, no su utilidad. Que pudieran poner allí el reflejo amoroso que las llevaba a eso.

En esa oportunidad encontré que ya algo había cambiado: me contaron que habían salido de la escuela por primera vez y desfilaron para una fiesta patria. El pueblo los vio por primera vez aun cuando sabían que detrás de las paredes algo ocurría sin saber exactamente qué. Se descubrieron finalmente unos a otros. Fue un paso importantísimo para la aceptación de lo diferente, la comprensión de sus situaciones en tanto personas y la necesidad de cuidar de ellos con amor, no depositándolos. Salieron a las calles. Fueron parte del sol, iluminados.

Mi regreso fue más sereno en esta oportunidad porque algo entre lo social y la institución había cambiado. Sin embargo, cabe la reflexión acerca del cuidado de los más desprotegidos, no puede quedar librado al azar de que encuentren alguien que los contenga. El Estado debería hacerse cargo cumpliendo un papel económico y de legislación adecuada para facilitar su contención y sostenimiento.

Leticia

Tengo siete años y la cola fría. Estoy sentada en la escalera de mi casa, es de granito color crema. Desde el lugar en que estoy puedo ver la puerta del incinerador a medio abrir, de donde sale un olor denso. Si miro para el costado de mi hombro izquierdo, me topo con los vidrios eternamente sucios que dan a la calle Rivadavia.



Violeta Britos, "La Cara del Viento". Alabastro, 2000.

Miro con los ojos cansados de ver siempre lo mismo: autos, gente, los chicos en la escuela de enfrente. Me salvan las nubes, ese gran cielo que es todo mi escape. Se me ocurre mirar por el precipicio de la boca de la escalera. Más de una vez pensé en cómo sería tirarme, correrían para salvarme cuando estuviera agonizando.

Me traiciona esta mente trágica, ¡es que soy tan poca cosa!: morocha en un mundo donde se debe ser blanco, rubio y de ojos azules, y yo, grandes ojos negros que muerden la vida. No me gusta mi imagen y trato de ocultarme. Soy nena pero me visto con ropa de varón, un poco porque heredo de mi hermano y otro poco porque me gusta. Y además, no hay un peso para vestidos. Sólo tengo uno que baila en mi pequeño roperito.

Llevo la mirada para el otro costado y me doy cuenta de que por la banderola del departamento de enfrente me puedo meter en una casa que no conozco. Se ve el pasillo, una puerta, otra puerta y un pedazo del dormitorio. Lo más interesante es que tiene televisor. En casa apenas si hay algún mueble.

Mis padres son intelectuales, artistas, no piensan en muebles, ni en ropa, ni en actos escolares, ni mucho menos en televisores. Ellos leen, se reúnen con amigos también atacados de intelectualidad y de bohemia. Papá es extremadamente reservado. De él heredé el tesón y la pasión por el trabajo, mientras que mamá no puede dejar de sonreír; incluso cuando está triste se ríe.

Estaba tan distraída que no me di cuenta de que me habían descubierto. Alguien abrió la puerta y nos encontramos en la mirada. Más tarde supe que fue el alma de la vida que nos reunió. Ella también era morocha, pero linda muy linda. Todo su cuerpo hablaba. Me llamó con un gesto de manos: “vení”. Ese “vení” sonó distinto, como dicho por alguien en lengua extranjera.

Fue mi gran amiga de la infancia. Se llama Leticia y es sorda. Con los años su audición se fue corrigiendo con la ayuda de un audífono y su pronunciación mejoró gracias al sacrificio de sus padres que le dieron la mejor educación y el afecto.

Un día en que Leti ya tenía 18 años, yo un par menos, me dijo en la cocina de mi casa:

-¡Violeta, escucho!

-¡Anda, Leti, no me jodas!

Se lo dije con lectura labial, pero ella insistió:

-¡Hablame fuerte! Yo, sin entender, le dije cualquier cosa.

Entonces ella me dijo:

-¡Por primera vez puedo escuchar tu voz!

Me mostró el audífono y fue un abrazo con lágrimas, la alegría recorrió la cocina de azulejos celeste cielo y se anidó en el tronco de mi cuerpo.

*

Mi casa en Neuquén

Se llama “Casa Abierta” y tiene una historia. Cuando comencé a dar clases con niños en esta ciudad una de las alumnas tenía síndrome de Down. Durante las primeras clases bailaba mirándose al espejo, y se burlaba de mi danza con gestos despectivos y sobrados. Dialogaba con ella a través del espejo: yo le tiraba besos que le causaban gracia, los colocaba en un espacio delabsurdo.

No se integraba, era totalmente independiente del resto del grupo. Mis esperanzas de lograr que se integrara fluctuaban.

Un día la madre me contó que apenas salía de la clase y llegaba a su casa, preparaba la malla para el sábado siguiente. Para mí fue una gran señal, estábamos cada vez más cerca.

Cuando dicto clases para niños trato de que registren un mensaje y fue en la clase del beso que nos encontramos. Yo insistía con el beso, besaba mis pies, como si fuera un niño de pecho, besaba mis manos, trataba de besar mi hombro, les tiraba besos, dedo por dedo, colocaba besos en el espacio, hasta que, sobre el final, con un gran gesto corporal acompañé un gran beso desde los brazos hasta concluir la clase. Entonces ella se colocó en la puerta del estudio y mirándome fijo a los ojos se besó las manos y me dedicó el más largo de los besos: lento, midiendo su ternura, posó en el aire el gran beso, el del encuentro con mis lágrimas aspiradas. Corrí la mirada pero no fui la única: las madres que habían presenciado la escena, lloraban.

Al llegar a casa le comenté a Daniel:

-Silvina vive de sábado a sábado, durante la semana silencio.

Tiene derecho a ser feliz, a tener un lugar donde pueda integrarse, disfrutar de la naturaleza, del sol, las plantas Y ese lugar es nuestra casa.

Desde entonces y durante un tiempo, venían a compartir con nuestros hijos un grupo de niños Down, disminuidos auditivos, jóvenes autistas. Venían a jugar y hacer actividades recreativas.

Un día fuimos al vivero Municipal para preguntar si podíamos conseguir algunos árboles para plantar con los chicos. Explicamos el proyecto y dijimos que queríamos tener árboles para el resguardo del sol, para cuando hacíamos cumpleaños con los chicos, para las actividades al aire libre con ellos. La persona que nos estaba atendiendo dijo que pidiéramos una donación. Cuando pregunté a quién tenía que dirigirle la nota me dijo:

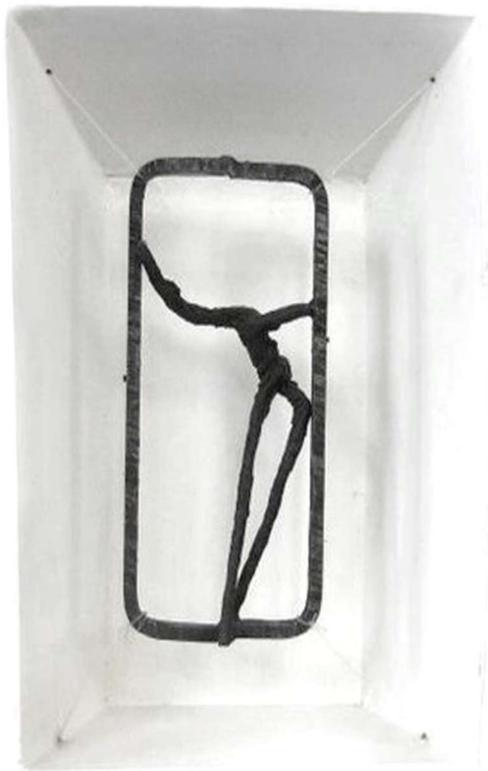
- A nombre mío, soy el Director del Vivero.

Nos mandaron un camión con arbolitos. Los plantamos con los chicos en un marco de ritos y símbolos para cada uno de ellos.

Lamentablemente, no pudimos sostener mucho tiempo el proyecto. Aunque tratamos de hacer comidas económicas nuestro escaso ingreso terminó por enterrarlo. Quedaron los recuerdos en los pinos que plantamos con los chicos.

La ausencia de un apoyo económico institucional lo hizo inmanejable. Nuestros niños eran pequeños y hubiera sido necesario personas que ayudaran en el cuidado, asistencia especializada. Nada de eso fue dado y nos vimos obligados a abandonar la idea. Algunos pocos familiares hicieron esfuerzos pero no lograron sensibilizar a las instituciones abroqueladas en el *no se puede*. La impotencia que golpea sobre quienes

pretendemos cuidarlos, acompañarlos, quererlos y reconocer sus derechos es enorme.



Daniel Tornatore. Bailarina en el portal, 2008.

Braza Mantilaro

En la escuela de Braza Mantilaro viví la otra cara de la sociedad, la que se esconde, la que se niega. Esta admirable mujer me propuso trabajar con un grupo de niños repetidores que no tenían deseo de aprender. Hijos del maltrato, la soledad y el abandono, los niños de la calle. Para ese propósito convocó a un grupo multidisciplinario, músicos, plásticos, profesora de educación física, una maestra de grado, una psicóloga y yo.

Cuando fui el primer día, el aula era una batalla campal: se gritaban, insultaban, se escupían, todo era un caos. Empecé a acomodar el lugar como si todo estuviera bien, correr los bancos. Esto les llamó la atención, luego puse música. Los primeros días no lograba nada, sólo bajarles el nivel de agresión. Pero empecé a encontrar nuevos recursos. La música no bastaba. Tomé de la pieza de mis hijos todos los osos, monos, perros de peluche y les entregué a cada uno un juguete para que lo hicieran bailar. Así comenzó el cambio.

Noté que ponían todo el cuidado y la ternura en el peluche, lo respetaban. En lugar de hablarles directamente a ellos, les hablaba a los muñecos, entablando un triángulo de deseos y sensaciones:

-A los osos les gusta bailar y no tienen quién los ayude; a los osos les gusta escuchar la música con el cuerpo, recorrer el espacio. Son felices porque los quieren.

De esta manera las clases se pusieron muy dinámicas, sin embargo, cada vez que regresaba tenía que enfrentar la misma violencia, como si no me vieran. Se tiraban objetos, otra vez se escupían, se insultaban y debía comenzar con mis tácticas, para por lo menos lograr que no se golpeen.

Le fui sumando a las clases, sobre el final, un ejercicio de relajación. Un día, se me ocurrió llevar un frasco de perfume. Con el pretexto de perfumar a los peluches, los fui mimando. Se tiraban sobre el piso de baldosa, uno al lado del otro, pegado codo con codo, y de esa manera los fui cubriendo de aromas. ¡Les gustaba tanto! Recuerdo mis manos frías de perfume rozar las manos ajadas por la vida. Costras de tiempo de suciedad y desamor, algunas demasiado pequeñas para tanto abandono. Las clases se fueron entre mimos y abrazos cuando sus cuerpos me lo permitían.

Un día, una de las nenas se hamacaba con furia. Me llamó la atención. Desde atrás y desde abajo, una pequeña voz me habló:

-¿Vio, señor, cómo la dejó la vieja?

La miré nuevamente, la hamaca se detuvo. La mitad de su pequeña cara desfigurada entre azules y verdes, me miraba. Me gritó como si nada:

-¡Me ensartaron con una cartera!

¿Cómo pensar que luego descubran su alma? Entré en grandes conflictos: si les doy suavidad, ternura, amor, sentimientos, quizás los daño. ¿Cómo y porqué sacarles la armadura cuando la necesitan para sobrevivir?

Empecé a notar otros detalles: un día, otra de las nenas se quedó todo el tiempo de la clase sentada en el piso, abrazándose las rodillas, con la mirada perdida. Traté de integrarla, pero los mismos compañeros me dijeron:

-¡Déjela!

Ellos sabían algo más que yo. Esa criatura estaba tan mal que todos la respetaban. ¿Qué dolor puede ser tan paralizante, tan silencioso, tan privado, tan respetado por sus compañeros?

El cariño de ellos hacia mí iba en aumento, como también mi confusión e impotencia. Cuanto más nos queríamos más me dolían. Un día llegué a clase y uno de los varones estaba incontrolable. No me dejaba trabajar, se dedicaba a pegar, a insultar. Era uno de los que más disfrutaba de las caricias con perfume.

Para ponerle un límite, se me ocurrió decirle que si no se calmaba, tendría que salir del grado. Siguió interfiriendo. Resolví sacarlo de la clase. Cerré la puerta; del otro lado me llovieron insultos.

Al día siguiente, antes de entrar me dijo:

-Seño, mire, tome, hámbleme!

Tomé el teléfono inventado con dos latitas y un hilo y comenzamos a hablarnos.

-Hola, ¿qué tal?, aquí probando. Violeta te quiere, le dije, cambio.

-Yo también, cambio.

-Yo te quiero mucho, cambio.

-Pero yo más que vos, me dijo.

Ese era el mensaje. El límite doloroso que el día anterior le había puesto, hoy me lo estaba agradeciendo.

En otra oportunidad llegué al aula y me encontré con más lío que nunca. Ese grupo estaba entre los seis y los catorce años. Se estaban pegando entre varios y había un tremendo desorden generalizado. ¡Había tanto

escándalo! No podía entrar sin una consigna muy clara. Y entré gritando más que ningún otro y haciendo grandes ademanes:

-¡Aquiiiiiiii el circo! ¡Pasen señoras y señores! ¡Vengan a ver el Gran Circo!

Una de las nenas más humildes, que venía con las manos con costras de mugre y la ropa raída y sucia, sacó ivaya a saber uno de dónde! un talonario de numeritos que comenzó a repartir entre los chicos. Y casi al instante se hizo una fila para recibir la entrada. Después comenzaron a sentarse en ronda y rápidamente uno de ellos dijo:

-¡Yo soy el Maestro de Ceremonias y hago los anuncios!

Otros ya querían *actuar de público*. Y comenzaron a actuar como una acción de danza con coordinación desde afuera.

“Maestro de ceremonia” señalaba lo que iba a pasar, pero en un momento dado comenzó a contar un cuento:

-¡Esperen, esperen! Quiero contar algo que le pasó a un tipo. Resulta que lo pisaron con el auto porque estaba muy mamado.ii Y quiso cruzar la calle y le pasó por arriba y el mamado quedó aplastado!!

Los pibes se reían y a los gritos hablaban del mamado aplastado y hacían aspavientos y ademanes con la escena. Cuando terminó de contar me metí y le pregunté:

-¿Y qué le pasó cuando lo pisó el camión y se murió?

-Y, se puso a hablar con Dios.

-¿Y de qué hablaba con Dios?

-Y, le contó que no tenía plata para pagar la casa, porque no tenía trabajo y no podía darles comida a sus hijos...y entonces se mamó.
Por eso se mamó.

Para este momento el silencio era total, todos atentos al diálogo sobre el mamado muerto y su charla con Dios.

-¿Y cuando le contó todo a Dios, qué hizo Dios?

-¡Le dio otra oportunidad! Y lo bajó a la tierra. ¡Pero le dijo

que no tome más!, que si se curaba iba a poder conseguir trabajo y que iba a poder atender a su familia. Y entonces el mamado se curó.

No me quedó más que pedir:

-¡Un aplauso para el mamado que dejó de ser mamado!

¡Y los chicos aplaudían con tanta alegría! ¡Ya nadie se acordaba de las agresiones de hacía un rato!

En ese grupo todos terminaron la primaria.

*

La mirada se detiene, es la mía, copio imágenes que se archivan, hay una profundidad única y se acoplan al pensar fundamentado, vuelven, se manifiestan en cualquier momento sin anuncio y es así como se anudan a manera de defensa “el arte como vida en lucha”. ¿Cuáles son los verdaderos molinos de esta época? ¿Contra qué nueva peste se nos enfrenta?

Y es ahí cuando saltan los recuerdos convividos sin amorosidad, sin ser sujeto de creación verdadera. Van dragando. Están los que jamás despiertan y sólo absorben consumo. La vida la miden valor dinero, creídos que los que gastan pesos son poderosos. Triunfan, pero al mirarlos tristes, amargados, rígidos, autoritarios, suponiendo, de palabras metálicas, risas incómodas, respuestas groseras, como masticados con la boca abierta. Me ponen en guardia. En cierta medida regreso al arte tomada de su mano. Vulnerable, transmutada.

¿Qué vemos en la copa invertida sino la propia naturaleza despojada? Ya el cristal no puede contener sagrados líquidos, sino por el contrario debemos encontrar palabras desestructuradas que forman nuevos ritmos.

Hay cierta promiscuidad en el que se acerca a los tallados perfiles, indagan las letras detenidas y son vaciados de tanto mirar, otro orden genera la distancia, las cajas de cristal se repiten desordenadas pulcras y un sin fin de luces transfieren pequeñas catedrales, la mirada cae con gestos de nuca y es de pura belleza interpretar los cuerpos en rezo, ¿de qué se arrepienten los mirones?

¿Cuál será la medida de la culpa?, ¿en qué desvarío andan? ¿Cuánto de ausencia tienen los peregrinos?

El artista provoca, saca del miedo la medida de lo justo y se habita y es habitado con su propio desafío, duda bañado de certeza, se reinventa hasta tender la mano al novato, que llega con el corazón también guardado en caja de cristal, el puro corazón pintado, mirándonos a la altura de los ojos, arrancándonos el asombro nos pregunta ¿estás?, si acaso nos faltara, existe la posibilidad de tomar del cuestionado arte el permiso de recuperar el latido de la ausencia.

*

Para sacar mis miedos

La tarde se viene con frío y todo es mano con frío. Y digo esto porque al prender la TV me encontré con un programa dedicado a Miguel Ángel Estrella. Hablaba de sus manos doloridas, (y las sentí), de sus manos que no podía ni siquiera comer de tan lastimadas, (y las vi). Sus palabras golpeaban, caían sobre las sombras de todos. Trepaban los recuerdos y cada pausa en el relato me plegaba más, me interrumpían. Sus manos torturadas, el límite del dolor, lo lacerante.

Al referirse a sus muertos, el dolor compartido desde la ausencia, puedo ponerme en lejanía y hacer que en oración los muertos vivan en uno. Así lo entiendo hoy y me llega como testimonio el texto que me dedicó Inés¹⁰:

Antes de que anochezca
bebamos juntas como nos enseñaste,
bebamos las orillas
quiero mirar y ver
y muchísimas veces el calor en la frente
el aire, el aire como en aquella tarde,
¿no escuchás mis palabras?,
las escribo,
yo voy buscando y temiendo
de espejo en espejo espejismo de perderme
y hallarme entre tus manos y en tus giros
busco, temo, encuentro, me agito, gota a gota,
me estremezco
como nos enseñaste
esa danza de la vida
de mis noches y de mis días

¹⁰ Inés Taberna, es Psicóloga Social. Discípula y amiga desde los primeros tiempos de Violeta como maestra de danza. Como Psicóloga Social compartió actividades con ella desde su llegada a Neuquén.

Ese miedo de perderme en tu ausencia se me hace dolor...de mano.

Miguel Ángel Estrella vivió en casa recién llegado de Tucumán a Buenos Aires, y de alguna manera seguimos sus pasos como quien sigue una huella. Del dolor al exilio para después recuperar la integridad. Volver, sacar sonidos que asciendan alto muy alto, que broten del suelo, arrancar la hermosura del mar. Le llevó años, pérdidas, hijos.

Paula, su hija, fue alumna mía cuando vivía en Buenos Aires. En cierta oportunidad Estrella llamó a casa para agradecerme porque su hija era feliz en mis clases. Hoy como marea me viene ese agradecimiento y se renueva mi alegría en su ausencia.

Maestros y música, arte en cuerpo, arte en ideas, arte acción, fueron sus aliados y los míos. Sabía todo eso, pero el recuerdo en presente efectivo vino para sacar mis miedos, para poner el corazón en la razón.

Debo interrumpir mi escritura porque llamó mi médico: hubo que cambiar de sanatorio. Me confirmaron otro lugar donde debo presentarme. A la misma hora, pero mañana, me operan la mano.

Llegó una carta de mamá y por alguna razón se me fue tamizando con lo que estoy por mostrar. En pocas horas me encuentro con el grupo de capacitación. Es un proyecto que tengo con la UNCo. Son tres meses de trabajo con una puesta coreográfica como cierre de la experiencia.

Mi intención es ponerlos en acción, que prueben y comprueben que es desde uno que los cambios acontecen. Naturalmente van tomando confianza y seguridad en el lenguaje del cuerpo: son esas experiencias navegadas las que prueban que, desde y con el cuerpo, los pensamientos se ordenan, se funde el sentir con el estar haciendo, se diagraman las coordenadas para encontrarse en pensamientos que tienen más que ver con el ser íntimo, con la complejidad e infinitud de la vida.

La coreografía comienza cuando el grupo entra en el espacio: caminan en distintas direcciones, giran para cambiar el rumbo hasta que encuentra cada uno su lugar.

Son dos grupos enfrentados, en el lenguaje simbólico estos grupos pueden ser desde la rivalidad que late en el afuera, hasta la diferenciación necesaria para poder fundirse, confrontar, debatir, rebatir. Ese diálogo de fuerzas es la tensión del origen. Se acercan cada uno en su tiempo. Cada uno concentrado en el hacer. Cada uno gesticulando según su sentir, avanzan hasta que la cuerda se tensa en un centro compartido que demanda un nuevo cambio.

Entonces se generan diálogos circunstanciales, casi furtivos. La casualidad los pone en situación de compromisos y eligen alguna manera de relacionarse.

Mientras todo fluye impactando en el ojo del espectador, cuando menos lo esperan llega el vértigo. Creían que todo estaba bien y estaban sintiéndose cómodos cuando un nuevo ritmo los desubica, los reubica, y todos aceleran y vuelven al origen.

Así es como solemos hacerlo en tiempos de confusión, cuando se retorna en busca del pasado.

La luz desde un comienzo ilumina el espacio sin que nadie lo note. La luz ilumina sin enfocar.

En el grupo, cada uno observa a otro y van lento a su encuentro. Una nueva marcha se impone, es el laberinto del ser. El nuestro, que al recorrerlo comparte otros laberintos y *somos todos* tratando de encontrarnos miradas, que se hacen cómplices de necesidad, cómplices de búsquedas.

Vernos en la mirada amanecer desde el pasado, la vida es grávida.

*

Dije que vino la carta de mamá porque en ella habla de sus deseos. Y sin pensarlo siquiera, entiendo ese deseo de tener ofrendas, de cuidar los días próximos a los afectos, de ser el presente iluminado. Y esas ganas confesadas por mi madre me ponen una vez más en valores. Y quiero que su deseo se encuentre con mis ganas. Quiero que el vértigo dé fundamento a las ideas, que aquello que me brota desde y con el cuerpo, sea la luz en las manos de mi madre. Porque ella, verdadera y presente, se enlaza a mi hazaña de plenitud. Uno, en uno, *es* cuando los afectos brotan en construcción.

Que la ofrenda nos encienda.

Que el laberinto de la vida sea sólo excusa de encuentros.

Que esta oportunidad diaria no sea desperdiciada con sombras del pasado.

Que nadie disponga no hacer en vida.

Que la construcción sea a la vida como principio ineludible.

Que erradiquemos el debería.

Que portemos el deseo en tiempo presente.

Que dispongamos sin miedo a equivocarnos sabiendo que el error sólo es el comienzo de la humildad.

Abrazo a mi madre como a una hija, y aprendo.

*

Toda persona de manera consciente o inconsciente se manifiesta con su cuerpo. Es así que el cuerpo pasa a ser un lenguaje con códigos propios, de movimientos que organizados en una unidad significativa de forma y contenido permite transmitir conceptos, ideas, sensaciones, posibles de ser objetivadas en una elaboración externa al individuo. Se piensa desde y con el cuerpo.

Esa unidad que somos no se tiene en cuenta en el momento de considerar las virtudes de integrar la razón con el sentir, pensar, y actuar, que es inherente al cuerpo. Por lo tanto trabajar para la integración no es sólo un hecho racional sino corporal. El pensamiento se transforma en *idea* cuando se hace corpóreo el concepto actuando.

El presente fusionado con lo histórico, que cada uno tiene en vivencias, cultura, gustos, emociones; hacen a la diversidad argumental de los cuerpos fundando el “cuerpo social”. Esa diversidad enriquece la comprensión del valor que tiene el cuerpo en el crecimiento individual y social, por ser este el eje referencial, contenedor y reflexivo.

El lenguaje no verbal es un puente directo de información integrada, se es lo que se piensa y lo que se actúa.

Cuando hablamos con otro, sólo una porción del lenguaje deviene de las palabras. Otro tanto de los gestos y otro tanto de las acciones que acompañan el sentir razonado. La educación se ha esmerado en formar desde lo racional, atomizando los conceptos por renegar de la lógica analítica que el propio cuerpo posee. Esa distorsión trae aparejado un sin fin de insatisfacciones y falencias conceptuales y emocionales que dificultan el crecimiento integral y la comunicación social. Por ser tan monótono y ausente de carisma, el proceso constructivo de la educación genera dispersión, desinterés, fatigas.

La exploración es la manera de investigar y encontrar el equilibrio dinámico del pensamiento reflexivo. Dificultar y menospreciar el valor que tiene dicha investigación parcializa los conceptos haciendo que la teoría pase a ser lo recordado por memoria heredada y hermética, no por comprobación. Es necesario experimentar el caos para encontrar el propio orden. Desde la experimentación y la exploración se conoce el mundo. El acto de crear está sujeto a la búsqueda continua. El vértigo, lo desconocido, lo nuevo, son fundamentos del pensamiento activo del proceso creativo.

Instalar la pasividad significa ser cómplice de una disfunción, naturaliza la apatía y genera un reflejo social de sumisión y entrega. Nada más vulnerable que alguien sin deseo, porque se disfruta desde afuera del

propio cuerpo, lo pleno y feliz es virtual, el presente se vacía mientras se trazan intrincadas trampas para vivir siempre en proyección, empeñando lo concreto y sujeto a cambios de espejismos que se rifan desde un poder absoluto y virtual.

Conceptos como creación, recreación, y libertad deben ser pilares de un sujeto comprometido. Aquel que conquista su cuerpo conquista el mundo que lo circunda. Es desde el cuerpo habitado y filosófico que se vincula con la vida y se expande, ya sea hacia el mundo infinito de los sentidos como hacia las infinitas maneras de relacionarse.



*“Deshojando lunas”. Centro Municipal General San Martín, Buenos Aires, 1984
(embarazada de Lucía).*

Indagar la corporalidad significa ejercitar un pensamiento sensible, corporal y racional deductivo, pues es la investigación el modo y medio de desarrollo analítico. La construcción de imágenes corporales se da desde el momento en que el sujeto nace con una manera concreta de registro, memoria, percepción y conciencias.

Siendo estas imágenes las que dan argumentos al pensamiento abstracto y al mundo de los sentidos que es tan subjetivo y variado como vidas posibles.

Doy a llamar **patrimonio** a este devenir de razones fundacionales del **yo**.

Puedo hilvanar la estrella fugaz que vi antes de anoche, con el tener a la bebé en brazos. Son puntos que se tocan. Una estrella fugaz es el recorrido de lo que **no es** en una proyección de rito de deseo, y la hija de mi querida alumna Gaby era mis hijos recordados en los brazos míos de hoy. No dejo de leer mi entorno, el tiempo se fuga en la profundidad de la noche y es consciente en uno cuando se encuentra la vida en símbolos. De alguna manera todos los hijos son a uno como la estrella a la vida.

La beba miraba el fuego sosteniendo erguida la cabeza, yo miro las estrellas magnificadas en la conciencia del fuego. ¿Cuántas veces se cruzan imágenes de ayer en este presente? ¿Cuánto de real tiene el pasado? ¿En qué sostén me habito? Mi péndulo detenido se hunde cada día en insaciable búsqueda, filtro sabores con perfumes, todo en el cuerpo caótico de los sentidos.

Me recordé ahuecada, balanceándome para dormirlos, hecha caverna, el pecho de arena tomando la forma del hijo.

Es tan fácil salir del eje, me corro, lo bastante como para entrar en el ayer, con felicidad renovada. La beba me trajo texturas, el peso en los brazos resistiéndolo con insistencia.

Protegida la beba se durmió en mí.

La huelo.

La siento.

La registro.

La disfruto dormida.

La observo.

Sus labios se mueven, lame el aire, me hace cerrar los ojos, avivo el recuerdo, nostalgia con plenitud, otro punto que se toca, abismo de añoranzas y me regreso, me encuentro en los ojos de Daniel y agradezco como puntos que se tocan.

*

Siempre fui corporal. Desde la oscuridad de la memoria afloran distintos recuerdos desordenados, como aquellos desafíos que me ponía cuando acompañando a mi mamá a la casa de su amiga Zulema. Me pasaba todo el tiempo sin emitir una sola palabra, sólo miraba. Los gestos que se me amontonaban entre el juzgar y el querer, fascinada por el mundo de los grandes, el de las decisiones. Los miraba tan libres, dueños de sus actos, estudiaba los movimientos, la manera de sentarse, cómo acompañaban las palabras con las manos.

A veces me dirigían la mirada. Entonces pensaba:

-Estoy fracasando, me notan.

Me proponía quedarme más quieta, tratando de esconderme en mi alma acomplejada: ¡era tan morena, rara, con ojos grandes! De ahí vino el juego de la tortuga. Consistía en guardarme debajo de las sábanas y no moverme. Ni siquiera pestañear, aunque los otros no lo notaran, era cuestión de honor.

Otro juego: correr escaleras jugándole al ascensor y llegar antes diecisiete pisos hacia abajo. Me miro a la distancia saltando de a dos, de a tres, incluso cuatro escalones, atenta al sonido de cada parada que hacía el ascensor recogiendo pasajeros.

Otro: caminar con los ojos cerrados guiada por las manos.

Otro: detenerme debajo de una planta de cedrón (que estaba en el jardín de la casa del campo del abuelo) y dejarme estar.

Cuando el cedrón florecía sentía que el perfume me protegía de todo miedo. Insegura, andaba con el corazón comprimido. Eran tiempos en que los grandes vivían sus historias y los chicos desordenábamos sus ambiciones, por eso me ocupaba de no molestar.

Estar guardada en mí fue el comienzo de la danza.

Mirar para sentir, comprender, pensar, y estar atenta a todo. Con los años esa observación me ayuda a reconocer en un teatro a alguien por la manera de abrir la billetera, como también los ojos de ausencias, las espaldas angustiadas, la soledad. El sentir de los otros está en mi propia historia. Comprendo desde mi memoria, mi piel sabe. Pero como diría mi hermano: “Empezá por el principio”.

Quiero dibujar recuerdos que están fundamentando los vínculos con la danza. ¿Cuál es el nudo de la historia? Uno elige la vida que transita o es

transitado por su propio destino. En mí todo fue registro del cuerpo y así me fui adueñando de anécdotas que se asocian a una palabra, un perfume, recuerdos que apuntalan por lo vivo el fundamento de mi teoría.

Reflexionar sobre la existencia única en todos y generar plenitud y alegría reparadora, en un marco profundo de introspección creativa para potenciar los recursos. Ser solidarios y amorosos.

El arte está en todos, por eso cuando se produce un hecho creativo, el artista cómplice de los espectadores hace que los cielos desciendan fundiéndose en un gesto, palabra, pensamiento y sentimiento.

Es la esencia del hombre en su historia.

De ahí lo generoso del arte. Permite una comunión tal que ahonda el deseo de todos y así, al hablar de la vida, actúa como mediador de reflexiones filosóficas y espirituales que nos mantienen en una existencia dinámica e infinita.

*

Tenía tan solo tres años cuando comencé a bailar folclore. Vivíamos en un edificio muy especial que formaba parte de un proyecto comunitario dirigido por socialistas. No solo contaba con servicios centralizados sino también tenía lavandería, supermercado en planta baja y panadería. En el orden de lo cultural un cine teatro y un espacio recreativo dividido por edades.

Los bebés eran recibidos en la nurse. La puerta de ingreso quedaba frente a los ascensores en el primer piso. Tenía una gran pared de vidrio de la cintura de “los grandes” hacia arriba y de madera verde pálido hacia abajo. Se pasaba por una pequeña puerta de madera que abría hacia adentro y te pasaban con el cochecito.

Del otro lado te recibían las encargadas de cuidarte el tiempo que tus padres lo necesiten. Algunos hacíamos doble turno: entrábamos con bolso con pañales y mamadera. Del otro lado quedaban los padres mirando por segundos. Yo miraba desaparecer la sonrisa apurada de mamá y así quedaba. Recuerdo los cochecitos ordenados contra la pared, los cambiadores enfrentados y opuesta a la pared de ingreso, la salida al patio y al sol, cuidadosamente protegido por alambre perimetral.

Las edades separadas, de un lado los pequeños de pañales, del otro los grandes que corrían jugando a la mancha, el poliladrón, los elásticos, la papa y la cuchara, los embolsados, las estatuas, el pisa pizuela, la bruja de los colores. Nosotros sólo deambulábamos. Cada tanto teníamos la suerte de ser alzados.

Me sentía querida. Nadie ambicionaba cruzar del otro lado. Todos éramos igualmente cuidados. El amor verdadero de Lucía. Una señora corpulenta, de pelo corto y castaño. No necesitaba título para su tarea. Luego llegó el progreso y la reemplazaron por una joven maestra jardinera. Nada fue igual.

Por suerte ya estaba en edad de pasarme al bando de los más grandes, tenía tres años. Hacía de todo: yudo, plástica, folclore y expresión corporal con Sonia Lequerica, una bailarina formada con Patricia Stokoe. Todo me gustaba, eso en mí no cambió.

Un día de éxito “me pidieron prestada” de una escuela cercana para un acto pues les faltaba una bailarina de preescolar. Aún no asistía a la escuela por falta de edad, pero mis dotes de experta folclorista habían cruzado la cuadra. Mi madre me autorizó y asistí a un ensayo.

En el salón de actos estaban practicando con los bombos: *ipapito, papá, papito, papá!*. El ensayo fue bueno entre la soledad de las gradas, el escenario alto de madera, cortinado azul, como corresponde.

Cuando llegó el día del acto, la señora que trabajaba y vivía en casa, Delfina, estaba tan emocionada que planchó el guardapolvo como en la época de la colonia: tabla por tabla con almidón. Blanca, dura, prolija y enmoñada. Fue mi primera emoción. Dejé colgando los brazos al costado del cuerpo para que no se marquen las arrugas, salí de la mano de mamá. El pasillo más soleado que nunca. La espera del ascensor se hizo eterna. Cruzar la calle, entrar en la escuela, el salón de actos poblado de padres, alumnos, maestros extraños.

Supongo que nuestra danza fue anunciada, y yo tan sólo con cuatro años. Llegaron los aplausos previos a la media vuelta, luego vinieron los giros, zarandeo, zapateo. En el tumulto reconocí a mi mamá. Me miraba desorbitada, tratando de hacerme entender con sus gestos que me suelte, creo haber escuchado risitas.

Pero mis brazos almidonados me impedían subir más allá que la altura de los codos. El guardapolvo se movía en bloque, si intentaba subir más los brazos, calculaba que desde abajo se me vería la bombacha, por lo tanto seguí con mi danza acartonada hasta el final. Supe que la emoción me bastaba, no importaba cómo bailara.

Con los años fui provocando en otros el deseo de sentir sin juzgar, vivir las dificultades como algo posible: ¿cuántas personas mayores marcadas por su historia, viven acartonados sin poder soltar la libertad que el cuerpo encierra y se distancian de sus sentidos?

Nos movíamos sueltos en el pueblo con forma de edificio. Rara vez salíamos de sus confines. No era igual bajar por los ascensores que daban a la calle Rivadavia, “el frente”, que los que daban atrás. Ni tampoco era igual viajar en el montacargas, mucho más grande, fuerte y gris, sin ventanas. Tampoco el sonido era igual.

Tenía algo de ferocidad abrir la puerta antes de que se detenga, recorrer los pisos bajos o deambular por los espacios prohibidos como las terrazas que nadie usaba, bañarnos en los piletones de lavar ropa los días de gran calor, patinar en el mosaico y luego tendernos al sol en las ásperas baldosas de hormigón.

Nos asomábamos a un mundo de soledades compartidas. Había días que se hacían domingos y llegaba una película o algún artista solidario y abrían el teatro. Larga cola y a empujar. Sonaban las butacas de cuero marrón y ahí estaba la visitante.

Estuve mirando con asombro a esa señora de largo pelo rubio suelto, con cintas de colores en las manos. Giraba, corría, flameaba, anidé sus sueños hasta ahora. María Fux fue y será por siempre, mi maestra.

*

Desde muy chica tuve la llave de casa. Mamá, tan organizada, nos había preparado dos juegos: uno para mi hermano y otro para mí, con un cordón largo para que lo colguemos del cuello. Solo teníamos que avisar donde estaríamos. Entonces salía de casa en casa en busca de compañía. Laura, Inés, Leticia. Alguien con quien jugar. Y si tenía suerte un lugar donde quedarme a comer. Eso era la gloria. Un lugar para cenar era la casa de Inés. Sus padres estaban mejor económicamente y solían comprar cajas de galletitas de chocolate. No eran vegetarianos como los padres de Laura y tenían una sensibilidad especial para comprender voracidades.

Es que en casa se compraban cosas básicas como pan, leche, manteca, fideos, arroz, polenta. Podíamos invitar con un huevo batido (omelette) pero faltaría mucho para un menú equilibrado. En la casa de Leticia, siempre incorporada como abrojo, toda la familia Ariaudo fue mi savia por años.

En esta etapa desapareja, todo y nada. Cuando llegaban las encomiendas y reinaba la abundancia éramos los encargados de repartir fruta, verdura, carne que mi abuelo poderoso mandaba para que no nos falte. Mis padres lo destinaban a vecinos buenos que cubrían más de una vez nuestras espaldas, aplicaban el socialismo incomprendido por mi estómago, seguramente existían otras razones que desconocía.

A la semana todo estaba como antes y salía a tocar timbre. Mi otra madre, Tití, era alegre, divertida, y la secretaria por años de María Fux. Cuando quería que abandonáramos el estudio se ponía a tocar el piano. Sus collares le llegaban hasta las teclas y ella apenas a los pedales.

*

María Fux

Llegué al estudio de Ayacucho invitada por mi amiga Leticia que fue la primera alumna *no oyente* de María Fux. Era un lugar donde primaba la madera, el mimbre, la luz en diagonal, grandes puertas ventanas que daban al frente de un edificio con estilo, picaportes de bronce, paredes pintadas con barniz espeso y oscuro, y un gran biombo de postigos antiguos escondían el acceso.

Del otro lado el espacio largo sin muebles del estudio, en el fondo el piano. Enfrentado a los biombos, espejos con barras agrandaban el lugar. Sobre una esquina el equipo, un tocadiscos. Del lado de las ventanas dos hileras de sillas. Ahí me senté. Las alumnas esperaban, nosotras hablábamos con Leti a la distancia.

Entró María y quebró las palabras, silencio anunciando la magia. Sonaron los tambores, no podía estarme sentada, el corazón bajó a mis pies que seguían el ritmo, alocados. Pienso que la luz entraba por la ventana marcando mi contorno, empujándome al centro de mis ganas. María, la de las flores en el pelo y falda cruzada sobre la malla azul, era una Diosa pagana.

Desesperada llegué a casa. Supliqué que me inscribieran en sus clases. Sólo mamá accedió. El dinero era escaso. Por un año, y a escondidas, tomé clases una vez por semana. Pero llegó el día que no se pudo pagar más. Con dolor infinito me acerqué a María para despedirme. Me tomó de la mano y entramos en su pieza. Era la puerta contigua al vestuario.

–Sentate, me dijo.

Las dos en el borde de la cama:

- Contame.

Yo estaba con un nudo en la garganta, las manos frías y húmedas. Ella me miraba, pero yo no podía hablar. Con la mirada puesta en el piso de pinotea le dije:

- Mis padres no pueden pagar más.

Ella me interrogó:

-¿Vos querés bailar?

Dije que sí con lágrimas. Ella entonces afirmó:

-¡Tenés que bailar, no se habla más!. A partir de ahora venís a todas las clases que quieras y no te preocupes por pagar, estás becada, yo hablo con la secretaria.

Solo alcancé a decir:

-Pero María, y estallé en abrazo llorando.

Fui su alumna, bailarina, asistente, iluminadora, ayudante. Por años profesora en su estudio. Cubría sus clases cuando viajaba. Admiradora. Pero nunca pude, ni podré, retribuir ese gesto, tan sólo imitarlo.



María Fux y su "Grupo Hoy" (1977). Junto a Violeta Britos (primera a la derecha), Sonia Salar, Bailarina hipoacúsica.



Con María Fux en su domicilio, 2001.

En casa había un piano, en una época estaba frente a la cocina en el pequeño pasillo de entrada al departamento o en la pieza grande que después fue de mi hermano. Lo tocaba mi mamá, o tíos de sangre y en el arte que compartían circunstancialmente nuestras vidas, como Miguel Ángel Estrella cuando vivía en casa. Eran tiempos de bohemia.

Pedíamos permiso con mi hermano, no siempre concedido, para tocarlo. Ellos argumentaban que lo desafinábamos. Primero los dedos apenas rozaban sus teclas pero el entusiasmo nos posesionaba y eran despiertos, apasionados, temerosos, fuertes, frágiles. Dedos bailando, toda la mano, todo el teclado recorrido desde los agudos a los graves, acordes inventados y disonantes hasta el bastaaaaaaaaaaaaa!! Colocábamos la felpa sobre las teclas y lo cerrábamos con cuidado, para que no se desafine.

Un día me encuentro que están moviendo el piano, sacándolo por la puerta de la pieza grande. Pongo mi cuerpo pequeño apoyando las manos en el lateral para que no pase, pregunto, ¿qué pasa? Mi papá había ganado una beca para perfeccionarse como cantante en Alemania y el piano se transformó en sus alas, y voló.

Quedamos al cuidado de mamá por un año. Recuerdo que nos dijo, “nos vamos a arreglar” y prometió salidas a comer los domingos al mediodía en la pizzería de Rivadavia y José María Moreno. Infaltable postre: Palo Jacob

de crema. Regresábamos amodorrados de panzas tirantes hasta un próximo domingo pipón.

También visitábamos la casa de tías *no carnales*, como Estela Obarrio y sus fines de semana de té, casi místicos. El momento en que bajaba la puerta de la biblioteca y colocando una pata color marfil que terminaba en x. Llegaban las cinco de la tarde y, educada bajo criterios ingleses aunque su madre de apellido Bell no lo era, desplegaba el mantel, distribuía las tazas, tostadas, dulces. El rito y sus clases de pulcritud, fineza, discursos sólidos, barrocos de detalles, valorando cada palabra, única e irremplazable, diciendo lo correcto. Sus ojos eran cielos de bondad.

No participábamos en las charlas, lo nuestro era sólo un “sí, gracias”. Pero aprendíamos de estilo: sentarnos erguidos, tomar con delicadeza y tiempo los objetos, entrar con cuidado con las manos abriéndose espacio en el aire entre tetera y tazas de loza inglesa, no manchar el mantel, apoyar sin ruido la cuchara al costado del plato de la taza, preparar las tostadas sobre el plato que estaba en diagonal, movimientos medidos, concretos, prolijos. Estudié por años sus modos casi coreográficos. Culta y fiel, nunca la dejaría sola a mi mamá. Los años lo probaron.

Mientras tanto yo la miraba con mis grandes ojos de asombro: el movimiento de las manos, la cabeza rotando hacia el hombro, las piernas que se cruzan. La danza de los otros, el ritmo de los cuerpos. Pero también fueron sus cosas, los objetos que me obsesionaron. Los libros destilando perfumes únicos, los redondos y confortables silloncitos cubiertos por telas amarillo clarito de texturas entramadas, las alfombras, las delicadas lámparas, la mesa ratona frente a la ventana y el jardín tapizado de plantas casi tropicales. Toda su casa tenía algo de sus ojos que son cielos mansos que claman.

De la ciudad al campo, de abstinencias a abundancias, fui forjando esta personalidad acostumbrada a cambios abismales, distancias, proximidades. De la casa pequeña al palacete italiano, todo nuestro departamento entraba en la cocina de Los Olmos, el viejo casco de la estancia de mi abuelo materno. Aquí los sueños navegaban de sol a luna. Los días largos y perfumados. Pasar la tranquera con verdín reseco. Con cuidado nuestros pies entraban fácil en el guardaganado, una a una las maderas eran pisadas y luego, decidir si se caminaba rumbo a la laguna. Era andar al costado del monte con los ojos puestos lejos. Los gatos salvajes se adueñaban de nuestros miedos inevitables. Por las noches los mayores nos llenaban de recomendaciones y se hablaba de comadreas, zorrinos, bandadas de loros, plagas.

Las tentaciones eran más fuertes. Nos dejábamos ir de un camino al otro, distraídos por sapos, cantos de pájaros tapados por el follaje, misterios del

sol reflejado en los pastizales, los álamos plateados movidos por el viento jugando a las luciérnagas a pleno día. Debajo del ciruelo comer con deseo desmedido y caminar cambiando de perfume, guiada por la mano abundante de la naturaleza. Y llegar a coronarme en los aromos, fundida de perfumes que llegan hasta ahora.

Siendo la siesta *los grandes* dormían escapando del calor, nosotros, los chicos, de ellos. La casa en el árbol, comer sólo el corazón de la sandía y el resto tirársela a los chanchos. Bañarnos en la pileta con verdín y patinar de una punta a la otra. También planear travesuras inconscientes, preparar barro para hacernos botas, dejarlas secar al sol y cuando ya estuvieran duras, entrar con cuidado en el gallinero y pisar todos los huevos en un remolino de plumas, la maldad no deja huellas. La inconsciencia sí.

Por la noche los grandes preocupados, suponían, conjeturaban, un zorrino o comadreja entrando en el gallinero. Arrastrados por el éxito volvimos a intentarlo, preparamos barro, nos tendidos al sol, entramos en el gallinero. Pero no imaginamos que “los grandes” rondarían a la hora de la siesta:

-¡Mocosos sinvergüenzas!

Nos agarraron de las orejas. A mi primo Alfredo y a mí, uno de cada lado del tío.

-¡Ay!, ay!, ¡me duele! ¡Pero tío! ¡Se nos estiraban las orejas!

-¡Les voy a dar! ¡Mocosos! ¡Cada uno a su pieza!

No entendía que no fue el daño sino la tentación de lo prohibido, las texturas del barro mezclado con los huevos, las cáscaras crujendo bajo los pies, las gallinas cruzando nuestras cabezas, los olores densos de estiércol y lodo, el barro en el cuerpo. A los 18 años mi primo dejó el campo, la ciudad chica y se fue. Pero recuerda tanto como yo ahora, las siestas, el barro. Son huellas del alma.

En la ciudad el jardín de infantes recrea y un día en clase de plástica me entregaron potes con engrudo de colores y una hoja. Muy creativa la maestra anuncio la clase:

-Hoy vamos a hacer digitopintura.

Consistía en tomar con los dedos engrudo y volcarlo en la hoja, los otros dibujaron casas con chimeneas, nubecitas redondas gordotas, laguitos, florcitas. Yo sólo recordé barro amarillo y plumas.

Mis hijos, en realidad todos los hijos, todos los niños, llevan en su piel el mismo llamado emergiendo de ellos, aún sin experimentarlo está en ellos hasta que emerge. Es más que nada una cuestión de deseo.

Un día mis hijos también se embarraron, porque desearon embarrarse. Y se divertieron y fueron felices. Pero hubo festejo también entre los grandes. Y lo hicieron más de una vez y hasta vestidos. La primera vez les sacamos una foto como aceptación y respeto de su deseo. Finalmente nos habíamos venido a la naturaleza para vivir sus expresiones.

Más sofisticado fue el reencuentro con el barro en las termas de Caviahue-Copahue. Me di el gusto de untarme toda, de cabeza a pies, tenderme al sol como lagarto y festejar el reencuentro. El pasado regresa, y es. Y a pedido puse barro en la espalda de una señora desconocida, fue la mano de la añoranza la que se alzó a su encuentro.

La mirada desde tiempos lejanos viene para festejar. Sol partido en el barro reseco de mi cuerpo sulfuroso, el amor acompaña y me aquieta. Ya nadie me abandona. Transito días de alegría plena. He dado frutos que perfuman como magnolias gigantes y aman con la simpleza que sólo dioses saben.



Francisco y Ailín. Primer embarre en Neuquén.

Sexta noche (Fragmento)

Olimpia

Ay, la ofrenda es tu cuerpo

Y levantas una mano
intentando acariciarte.

Solo, en este camposanto ideado a tu semejanza,
con el anuncio de vientos que traen desperdicios,
y sin un lugar donde ocultarse,
te deslizas sobre tu cuerpo ansiando honrarte.

Aquí, entre confluencias de ríos,
parajes sin calma y bellezas congeladas,
adorábase la tierra como principio
e inmundicia

Sí, tus antiguos se elevaban a los santuarios
iluminando veneraciones a tierramadre.

¿A quién perpetuar en este encuentro?
¿A quién exhortar hoy, sino a ti mismo?

Oh imita plegarias y juegos envanecidos,
imita hazañas y loas que serán cantadas:
representate,
bebe en esas aras paganas,
bebe, te pertenecen.

Has revelado tu máscara
y ya es tarde para volverte:
cuál será tu juramento, luego,
cuál tu celebración.

¿y levantas una mano?

Jorge Zunino

Noches. Cuadernos del Azar. Ediciones Castañeda. Pág. 51.

Buenos Aires, 1979.

Noches

A los diez años me enfermé. Recuerdo que el médico salió de la pieza para hablar con mamá. Los escuché murmurar en el pasillo. Yo ya no tenía control de mis piernas. No pude levantarlas cuando el médico me lo pidió. Estaban adormecidas. Me costaba tener los ojos abiertos. Tenía mucha temperatura producida por una inflamación de meninges. Ese fue el diagnóstico.

Fui mejorando, pero debía hacer reposo. Mamá tenía que regresar al trabajo, por lo tanto me preguntó a quién quería que le entregara la llave de casa así me venía a ver cada tanto. En el piso había muchos departamentos, pero mi intuición me hizo elegir: la señora de al lado. Apenas si la conocíamos, sólo la habíamos cruzado un par de veces en el ascensor, pero me atraía su simpatía, la forma tan fina de vestir y, sobre todo, el perfume que dejaba. Mamá me interrogó nuevamente:

-¿Pero la conocemos?

Le respondí:

-Es ella.

Mamá salió de casa, recorrió el corto trayecto y tocó el timbre. Las escuché murmurar y puedo imaginar lo que se dijeron luego de una presentación formal. Vi pasar sus sombras por la ventana de mi pieza que daba al pasillo y entraron las dos sonrientes, madre e hija parecían. Supe que se llamaba Esther. Me preguntó si sabía tejer, le dije que no:

-Te voy a enseñar.

Regresó con una aguja de crochet y empezó:

-Así se hace la cadenita, y me dejó practicando.

Las horas eran largas en soledad. Sentada en la cama, lazada más lazada, hasta que de la nada llegó una pregunta: *-¿Si paso la aguja por aquí?* Cambié el orden, alteré la rutina y aparecieron puntos. Cuando regresó Esther miró mi tejido y me preguntó asombrada y señalando mi tejido:

-¿Y este punto cómo lo hiciste?

El misterio se reveló cuando supe que mi abuela paterna, a quien jamás conocí, era una experta tejedora de crochet. Tejía carpetas en hilo para la iglesia.

Durante la representación de un estreno teatral de Sergio Renán, invitada especialmente por Sonia Salar, una compañera y bailarina no oyente que hacía el personaje protagónico, me puse un vestido que había tejido y bordado. Color violeta, fucsia, amarillo y negro. Estridente y llamativo. En la butaca contigua a la mía había una brasileña que intentó comprármelo, le respondí: *-Lo llevo puesto*. La habilidad se transformó en anécdota.

¿Traemos en la sangre recuerdos y habilidades que algunos logramos despertar? ¿No sólo podemos desarrollar nuestro potencial aquí y ahora, sino desandar los caminos? ¿Nuestros antepasados son también aliados en la vida? Hoy creo que regresan si los dejamos.

Fue así que aprendí a cambiar el rumbo de lo predecible. Ser bailarina implicaba seguir determinada escuela, apuntar a tener una carrera, ser parte de una compañía, intentar becas, viajes. Nada de eso hice, solo me dejé guiar por los perfumes. Con la autoridad del tiempo recorrido puedo decir que fui fiel a mis principios. Trabajé para ser y hacer de la danza un rito, comunión y entrega. Desafíos, puntos y lazadas nuevas que hicieron tramas de amor enmarañado.

Las visitas de Esther perfumaron mi pieza y nuestra casa por años. El sauce que nos regaló se impone en el parque de la casa en Neuquén (aunque no perfuma como ella) y sus ramas se elevan para caer hasta rozar el pasto. Suelo cruzarlo con los ojos cerrados. Ella rozándome los hombros, el pelo, las manos. Es manso el rencuentro.

Cuarta noche

Delos

*Aquí nadie debe nacer ni morir,
aquí habitan los eternos,
aquí tu noche se extiende*

Purifica tus manos:
apiádate del corazón de las palabras.

Creíste morir.
Pero no has muerto.

La noche es quien labra encrucijadas sobre el cuerpo.
La noche destierra entrañas despojadas sin sentido.
La noche reúne designios que estallan como furias.

Purifica tus manos,
sumérgelas en ese hedor,
elévalas;
hay sabores encantados habitando el cuerpo:
son extraños rehenes que aguardan en silencio.

(Esta es la tierra para deidades,
mudo suelo donde el Misterio levanta una hoguera
para los funerales del dios del amor.
¡Sitial venerado
sin nacimientos ni muertes!)

Apiádate de los cantos.
Lávate la piel.

Y una profanación hace más honda
la errancia del presagio,
como una máscara estéril,
como una urna perforada,
o un anuncio al vacío;

mientras tú celebras esta libación
con el júbilo nocturno
que produce los enigmas.

Sí, has aceptado las tinieblas de los que adoran
y con sueño vidente decides
tu límite de recuerdo;

eres la llaga entre hastíos y voces hambrientas,
eres la lengua que arranca la tierra de los muertos,
eres la noche alta del único beso.

Ah creíste morir,
pero no has muerto,
y vacilando entre hombres
te arrebatan el tiempo.

Limpia tus manos.
Apiádate de los durmientes.
De esos vértigos atrapados por rachas de vida
o cavidades de muerte.

Pero qué rostro te ahogará,
dónde el dolor, cuando la sangre,
quién señalara tu soledad como herejía.

¡Porque éste es tu reino!
¡Bendito cuerpo en la adoración consagrada!
¡Bendita Noche entre tus noches admitidas!

Jorge Zunino

Noches. Cuadernos del Azar. Ediciones Castañeda. Pág. 37.

Buenos Aires, 1979.

*

Lo que Astrid Heine sintió y pensó en Leipzig:

Soy Latina. Es muy importante para mí estar aquí, dice Violeta, aún sin aliento tras su performance de danza, aquí, en un pequeño centro cultural de Leipzig, Alemania, donde hoy todos los lugares están ocupados. Los rostros se ven impresionados, todavía no pueden asimilar lo que acaban de ver. Ahí está esa pequeña persona de Argentina. Una persona tan presente y llena de fuerza, la manifestación de su arte tan impetuosa y al mismo tiempo cauta, y las imágenes del video, llenos de orgullo y satisfacción por su familia. Y entonces, estas palabras: Soy latina. Es muy importante para mí estar aquí. ¿POR QUÉ?

Yo sé, porque me lo contó Violeta, que ella estuvo en Alemania a principios de los años sesenta. Estaba acompañando a su padre, quien estudiaba canto aquí, en el sur del país. Yo sé que Alemania en ese tiempo no era fácil, que la gente en la calle evaluaba con escepticismo los rostros bronceados por el largo viaje en barco, que por entonces, la guerra todavía estaba en la cabeza de los alemanes, con sus malos recuerdos y sus consecuencias.

Y cuando Violeta dijo lo que dijo al comienzo de su trabajo en Alemania, me di cuenta (o al menos así lo entendí), que ella había seguido y completado en este país una muy personal tarea. ¿Y cuál fue esta tarea?

Mi mayor experiencia fue el taller en el salón de danza “Alma en vuelo”¹¹. Sí, dos días con el alma flotando en el aire.

Yo tenía el trabajo de traducir, algo que, lo admito, no hice muy bien. Pero de alguna forma, en un momento eso dejó de ser importante. Al igual que el resto de las mujeres que allí se habían encontrado, yo quería conocer la salutogénesis. No podría ahora señalar cada uno de sus pasos, como tampoco podría explicar, después del taller, qué es exactamente salutogénesis. Las palabras no me alcanzan, y de todos modos no podrían repetir lo que no sólo yo, sino todas las mujeres vivimos, su luz, lo que bailamos, nos abrimos y lloramos. ¡La salutogénesis es una experiencia muy personal!

La danza es para Violeta no sólo movimiento, sino una impresión del propio ser como experiencia única. Como ninguno de nosotros está nunca solo, sino con otros, para otros, en contraste con otros, esta experiencia es conjunta, una experiencia que se sitúa en un contexto social.

Simplemente bailar en el sentido de dejarse llevar cayendo en una especie de trance no sucede con Violeta. Si eso pasa, ella nos hace volver y nos da nuestra «tarea».

Así se vuelve la danza una performance, un juego, un experimento, una experiencia estética. Contacto, cercanía, distancia, aproximación aquí todo tiene lugar, y cada uno puede probar como más le plazca, cómo se siente uno u otro movimiento, cómo funciona el baile en conjunto. Y Violeta nos acompaña y proyecta imágenes en nuestra mente. No cualquier imagen, sino experiencias de nuestra vida, que ahora se vuelven arte.

¹¹ Club de Tango en Leipzig, Alemania.

Por ejemplo, hacemos una performance del tema «relaciones». «Todos tenemos relaciones. A veces perdemos el contacto con una persona, y estamos tristes. Pero entonces se encuentra una nueva relación. Hay que prestar atención, para que las relaciones se mantengan interesantes y emocionantes, para que no queden abandonadas y también para que no sean demasiado estrechas.»

Bailamos estas experiencias de relación con unos hilos, que representan las relaciones. No pueden quebrarse, pero tampoco pueden quedar colgando. Los hilos se entretajan, a veces se hacen un ovillo, a veces una red. La interpretación queda abierta.

Utilizamos la danza también como un medio para llegar hasta nuestros sentimientos. Aprendemos a experimentar los sentimientos corporalmente, para luego con el cuerpo expresarlos. De esta forma, la rabia no es un grito repentino, un breve alarido, sino un estremecimiento y un vibrar a través de todo el cuerpo. Cada uno puede desarrollar su propio lenguaje corporal, para ser auténtico consigo mismo y con sus propios sentimientos. Violeta nos mostró una idea de cómo lograrlo.

Hacia el final, balanceamos «nuestros» sentimientos sobre la nariz, los hombros, la espalda, los pies, etc. Cada sentimiento tiene valor y es importante, y debe tratarse con cuidado. Cada una de nosotras puede quedarse con un par de papelitos al terminar el juego¹² Y como no puede ser de otra manera, cada una está perfectamente relacionada con las palabras de los papeles que eligió. ¡La tarea personal que Violeta nos deja!

Salutogénesis y la tarea personal de Violeta, ¡Soy feliz!, para sí misma y como invitación para los demás. Con poesía, con sus pequeños juegos (que no eran tales), las coreografías, ella quiso darnos un poco del camino del “¡Soy feliz!”. Esto quiere decir, experimentar con el cuerpo los sentimientos, tanto los buenos como los malos.

Ser en cada momento de la vida, auténtico con uno mismo y con su cuerpo, y para terminar, saber experimentar la propia felicidad (con todo lo que vivimos desde fuera). Nuestro cuerpo, ¡eso es lo que somos!

Si vos, Violeta, lograste cumplir con éxito tu tarea, sólo vos podés saberlo. Pero está claro que un poquito de tu “Soy feliz” supiste regalarnos.

¹² Violeta escribió en pequeños papeles diferentes sentimientos. Luego los mezcló y nos dio a elegir dos de ellos a cada una. Nadie sabía qué palabra le había tocado.

Mi piel habla

Cuando estaba en primer grado mamá me anunció:

–¡Nos vamos a Alemania!

En el “Jardín de Infantes” de El Hogar Obrero, aquel que estaba ubicado en la primera planta del edificio de Rivadavia 5126 y al que asistíamos a actividades recreativas, nos prepararon una despedida. Nos regalaron un disco de los Chalchaleros. Las maestras nos besaron emocionadas. De la Escuela solo recuerdo que mi mamá hablo con la maestra y no fui más.



HAUS STEINSTRASSE
STEINSTRASSE 18
ALMA EN VUELO
HOHLBEINSTRASSE 29

TANZTHERAPIE
VIOLETA BRITOS

Performance am Freitag den
20. März, 21 Uhr.

Taller am 21. März,
16 Uhr/ 22. März, 10 Uhr.

im Haus Steinstrasse.

WORKSHOP auf Spanisch
mit englischer Übersetzung

am Samstag und Sonntag
28/29 März, 7 Stunden.
35€/25€ (ermäßigt)

im Alma en vuelo

EINE NEUE FORM DES
TANZES, UM SICH SELBST
WAHRZUNEHMEN.

DER KÖRPER BEWEGT SICH,
GESTIKULIERT UND ASSOZIIERT. DAS
WAS ICH SEHE, ANFASSE UND FÜHLE
FORMT MIT JEDER GESTE
CHARAKTER UND EIGENSCHAFTEN.
RHYTHMUS UND GESCHICHTE.

ANMELDUNG: DSF E.V.
SCHILLERSTRASSE 5
04109 LEIPZIG
TELEFON: (0341) 982 2753
BUERO.DSF@GMAIL.COM
WWW.DSF-LEIPZIG.DE

No entendía qué significaba este anuncio pero me alegró preparar valijas, equipos de ropa: pollerita gris a tablas, camisas, pantalones cortos, vestiditos heredados de mi prima Cecilia (garantía de buen gusto), zapatos lustrados que prendían de costado e infaltables *esquipis* unas sandalias semicerradas de plástico que eran la solución del momento al calzado de los niños.

El día llegó. Fueron tíos y primos a despedirnos al puerto. El *Andrea C* era un hermoso barco. Parecía iluminado. Grupos humanos se despedían con llantos, abrazos largos, recomendaciones. Me recuerdo en los brazos de mi tía Zelfa, tan frágil para las emociones, olía a jabones caros.

Tengo el registro de la marcha inclinada por el puente de madera de acceso al barco, la planchada, de la mano fuerte de mamá. Cada tanto una madera trababa el zapato para no deslizarse. Levantar la pierna con dificultad para entrar en el barco acompañada de un ¡Cuidado!

Desde allí no podía mirar por la baranda sino hacerlo por un hueco que quedaba entre la baranda de madera y la chapa lateral. Ese espacio ocupó mi mirada. Vi flamear los pañuelos como si todos en el muelle bailaran una zamba mirando al barco. Ellos lloraban. Miré a mi mamá tratando de entender, pero también lloraba. Nos dieron cintas de papel y todos tiraban las serpentinas entre el barco y el muelle uniendo a las familias que quedaban. “Me quiero bajar”, pensé. ¡No se puede! Éramos obedientes. Pronto se formó una cortina de colores pálidos, como los ojos, alejándose hasta perderse.

No podía salir de mi asombro. En la puerta el capitán del barco saludaba cada pasajero que entraba en el gran recibidor en un rito de privilegios que tenían los de la clase Turista y Primera. Recuerdo la alfombra con grandes dibujos, los sillones redondetes y petizos, mesas fijas al suelo, puertas que cierran con palancas, ventanas redondas, olores nuevos, desconocidos, luces empotradas en el techo, pasillos angostos, laberintos con puertas numeradas, cuchetas, piletas en cubiertas, reposera de madera, baranda y el mar.

Iluminados en cubierta por las estrellas y día tras día amaneciendo en el mar.

Fiestas por las noches en donde los grandes bailaban al ritmo de una orquesta. A mi hermano y a mí nos gustaba andar en la pista perdiéndonos uno del otro en el laberinto de caderas próximas. Las novedades se familiarizan. Ese mundo pasó a ser mío, sabía caminar sin tomarme de las barandas con paso firme y seguro.

Tengo presente que el barco se mecía en soledad, que las gaviotas nos acompañaron en un primer momento y luego fue cielo, mar, sol y luna. Día tras día. Aprendí a nadar en la pileta del “Andrea C”, a hacer las cuatro comidas, a moverme libre en un piso que se mueve, a despreciar el caviar y saber de desarraigo y lejanías.

*

Mi aspecto era el de un “chico vago”, como decían entonces los mayores. En una oportunidad, en el ascensor del edificio donde vivíamos, dos muchachos comentan:

- ¡Mirá que melena que tiene éste!

Era la época de los Beatles, no todos se atrevían abandonar el corte rasurado. Yo era una nena que heredaba la ropa de mi hermano, un poco por necesidad y otro por puro gusto de sentirme diferente. Durante mucho tiempo tuve solo un vestidito colgado en el roperito, ¡para qué más! Luego me armaba uniformes, pantalón y camisa.

El gusto por vestirme vino con el tiempo. Me puse “teatral”. Salía casi disfrazada a la calle, hasta que puse sobre un escenario mis gustos. Pasan las etapas, pero una sigue siendo todas juntas, repitiendo placeres. Tengo la memoria marcada en el cuerpo. Cuando bailo aparecen espacios del ayer que se recrean.

*

Cuando llegamos al puerto de Génova hacía un año que no veía a Papá. Mamá grito:

- Ahí está!

-¿Dónde, dónde?

Con ansiedad de hijos, Marcos pudo identificarlo, yo solo veía “extraños entre extraños” y el empedrado en el puerto. En el muelle mamá se abrazó. Marcos apretó su cara contra un pecho, a mí me tuvieron que decir:

-Es tu papá.

No lo reconocí. Había perdido su cara en el pasado. Según Mamá estaba mucho más flaco. Me molestó tener que ir de su mano. Todo era ajeno. Quise regresar al barco, pero habíamos llegado.

Lo mejor fueron los aromas, las tortas, los bares. Cuando recién llegamos desayunábamos siempre en el mismo. Era como un pasillo. De un costado los asientos dobles enfrentados, mesa en el medio como salón comedor de tren. En la pared de enfrente la barra con butacas y exhibidores de tortas a cuál más tentadora. Se entraba por puertas dobles de madera oscura con vidrio grandes manijas de bronce y se salía por el fondo a otra calle, todo el bar parecía un pasaje de sabores.

Los chocolates, escuchar a Mozart en familia, algunos paseos, la nieve, el arbolito de navidad adornado con chocolates y velitas, los fuegos artificiales iluminando el cielo en año nuevo, los primeros juguetes que nos compraron, sentirme poderosa cuando mi Papá me dijo:

-Elegí lo que quieras.

¡Y salí cargada de paquetes! Un carrito y dos muñecas, una tan grande que con dificultad la manipulaba.

Ver televisión en la casa de una vecina: *Otto* era un huevo que hablaba.

El resto, sellos para mi piel.

Fui notando que era diferente. Morena, más dorada que nunca luego de tanto sol en el mar, resultaba en el mejor de los casos exótica. En el peor, despreciable. Un día la dueña de la panadería que quedaba en la planta baja de nuestro edificio, nos invitó a mi hermano y a mí a tomar el té en la confitería que formaba parte de la gran esquina. Siempre tenía sus cortinas corridas de tal manera que no se podía ver para adentro, eran delicadas, blancas, etéreas.

Fuimos. Unas señoritas nos indicaron dónde debíamos sentarnos: justo al lado del ventanal. El local estaba vacío. Unas pocas mesas con floreritos. Cuando tomamos nuestros lugares corrieron las cortinas. Nosotros podíamos ver a la gente que pasaba por la vereda. Desde afuera se verían dos niños enfrentados, con grandes ojos, los pies colgando de la silla y el alma tomada con alfileres cristalinos.

Se llenó la mesa de manjares, tortas, masas, bombones, yo no podía tragar. Había imaginado que nuestra visita era grata, pero sentía los ojos de los que pasaban clavados en mis defectos, vergüenza, pudor. Para Marcos fue distinto a mí, pero me entendía. Sugirió que no mire hacia fuera y que me entregue a los placeres.

En las clases, cada vez que alguien mira de costado, y se siente observado, juzgado, recuerdo cómo me sirvió abstraerme de lo ajeno y detenerme a disfrutar lo verdadero, como lo hicimos mi hermano y yo compartiendo bombones.

Hoy digo:

- Miren sus logros.

En la escuela los abismos eran mayores. No entendíamos el idioma. Frente a nosotros se presentaba un concierto de gestos albinos. Las brechas se abren sin un idioma común. Todo lo suponíamos. Creíamos estar en clase de matemática, lengua, historia. Un día contaron un cuento de niños perdidos en un bosque, como nosotros, alimentados para ser comidos por una bruja. Entendí la angustia en mi propia angustia, para todos éramos mi hermano y yo.

Hablaban de nosotros, molestábamos con la sola presencia. Era claro que no nos querían y la discordia fue creciendo. No hacíamos nada, tratábamos

de pasar desapercibidos. Aquí no funcionaba el juego de la tortuga. Mi hermano me dijo un día:

-Negra quedate en clase, no salgas.

Un grupito de chicos españoles, que ya hablaban alemán, le habían comentado que pensaban pegarnos en el recreo. Yo obedecí y me quedé sola. Esperando que termine el recreo.

Pero sucedió lo inesperado. Alguien avisó a la maestra que yo no había salido. La gran maestra, esa que debíamos saludar todos los días con una reverencia (las mujeres) y con la mano (los varones), esa que yo le estrechaba la mano mirándola a los ojos entró como una furia, me sacó del brazo y en el pasillo me pegó una cachetada. Fuerte, como un estruendo, sonó su mano en mi cara. Mi hermano me decía para consolarme:

-¡Puteala que no te entiende!

Fui obediente.

Estaba permitido el castigo corporal en las escuelas. Las maestras dictaban las clases con un puntero. Al otro día se escucharon los gritos de mi padre (cantante con su voz impostada y en correcto alemán). Desde la dirección se escuchaban los gritos haciendo temblar los vidrios de las galerías defendiéndome.

Al rato aparece el pequeñísimo director. Mi padre en la puerta de mi grado. La llamaron a la maestra y a mí. La maestra una gran laucha envenenada trato de minimizar lo ocurrido, papá les dijo que no se atrevieran nunca más a pegarme. Sentí un orgullo comparable a cuando lo escuché cantar en el Teatro Colón.

No volví a darle la mano.

Tampoco me quedé en clase cuando todos se retiraban, cumplía con la triste rutina de girar en la ronda del recreo todos en sentido de las agujas del reloj, los maestros se colocaban en el centro y controlaban el orden ordenado.

Pero nuestra presencia fue cada vez menos grata. Estaba como todos caminando, paredón, paredón, puertas, paredón, paredón, puertas y siento que me empujan. ¿Qué pasa con los maestros? Acaso no ven una nena arrinconada, no notan que le están escupiendo la cara, que su pánico crece. Mi hermano me ve y me grita:

-¡A la bolas!

Mi rodilla fue certera. El alemancito quedó doblado y me tomé de mi hermano.

Terminó el recreo. Entramos alterados a clase y todo se agravaba. Los españoles nos volvieron a avisar:

-¡Salgan rápido cuando toque el timbre!

Y comenzó la huida. De zaguán en zaguán, patios y parecitas, todo debía ocultarnos. Mi corazón subió a la garganta, las manos sudando, reteniendo el aliento para que no nos encuentren. Los vimos pasar como soldados macabros. Fuimos escondidos detrás de ellos, hasta perderlos.

Llegamos a casa una hora más tarde. En estado de pánico, angustiados, contamos en casa lo ocurrido. Mamá trato de distraernos. Había cocinado ñoquis alemanes, grandes, del tamaño de una bomba de papa. Me preparó un baño de inmersión. Me ardía a los costados del pie. Imaginé que me había raspado en la carrera. Sangraban los tobillos, en la panza manchas rojas que picaban. Mamá entro al baño y se asustó. El resto es confuso. Creo que consultaron a un médico.

Pero para entonces mi mamá lloraba seguido, no se podía poner los discos de los Chalchalers, ni tampoco el de Piazzolla. La añoranza crecía y yo había enfermado. Dos razones que prepararon el regreso a casa. Papá quedo en Alemania completando sus estudios. No fue fácil la partida. Había recuperado el gusto de ser una familia. Papá tenía cierta debilidad conmigo y eso me gustaba. Miraba mis cuadernos, decía que yo pronunciaba bien el alemán. Le causaba gracia mi manera de ser, mis caricias en el lóbulo de la oreja.

Mi piel quedó marcada. Una enfermedad me eligió. Mi crecimiento se detuvo, me lo dijo una dentista quien lo diagnosticó por una línea que tenía en los dientes. Lo peor fue la inseguridad que deja el desarraigo, eso lo noté con los años.

El cuerpo se manifiesta y en situaciones de estrés busca recursos para hacerse notar. Desde entonces y frente al desamparo, apruebo sin sancionar, contengo desde la comprensión del origen y sugiero un trato de tipo profesional asistencial. Lo mío no es curar sino comprender. Y desde estas afirmaciones buscar incorporar un equilibrio emocional que permita usar ese equilibrio como un andamio para construir las bases que hagan de una vida insegura peldaños de libertad.

El pasado es irreversible, pero solo el pasado nos distingue. Saber confirmarnos en el presente desde el dolor, eligiendo la felicidad, es el argumento más poderoso y reparador. Una elige estar bien por rebeldía y principios.



Llegados al mundo el mismo día. Phorzhelm, Alemania, 1965.

Trabajo para ser feliz y si se es feliz, se da felicidad. Seguiré argumentando en mi *Danza Emotiva* con palabras que son mareas y que vuelven cada vez a mí con más fuerza. Un objetivo: pensar en el origen de mi elección frente al arte, que debe ser siempre placentero.

Desconfío de lo tortuoso. Aquel maestro que enseña sin amor sólo quiere lograr que su discípulo despersonalice su vivencia, convirtiéndolo en algo funcional a los deseos del maestro.

Hace pocos días, en un seminario que dicté de capacitación para docentes, al pasar cerca de una maestra sentí en mi cuerpo su angustia.

Me acerqué, le hablé al oído, con mi mano en su hombro dediqué palabras de consuelo:

-Estate tranquila, estate bien.

Ella frunció levemente el ceño y me afirmó con la cabeza. Eran 26 personas trabajando. Se fue silenciosa pero serena. A la semana siguiente trabajé con una coreografía que tenía como finalidad meditar dinámicamente y vivenciar nuestra identidad, sintiendo el pasado.

Entendiendo que la historia de cada uno se constituye de vínculos entre el ayer y el hoy, por lo tanto, se trata de dimensionar lo histórico para generar mayor apego a la vida dándole una proyección positiva por lo significativo de apreciar los hechos. Fui guiándolas, cada una iluminada por una pequeña vela.

Digo:

-Las manos toman la fuerza de la tierra y se elevan hacia el centro del pecho. Alzo la luz un poco más arriba que mi frente, regresa al centro del pecho y la ofrezco estirando los brazos. ¡El mañana, lo que vendrá; todo lo doy! Regresa la luz a mí y, desde el centro, sólo una mano se abre señalando el costado. También en el hoy puedo ofrecer.

Digo:

-Mi mano ilumina, de un lado al otro. Regreso una y otra vez a mí y es ahí que llevo mi mano iluminada hacia atrás. El pasado nos guía. Siempre el pasado es mi refugio, todo lo vivido está en nosotros por siempre, traigo a mí el ayer que es esta luz que hoy me ilumina e ilumina lo que muevo. La vida es una luz que debemos cuidar. Nuestro pasado esta iluminándonos, regreso con el gesto y traigo el pasado a mi hombro. La mano contraria al hombro lo ilumina y es el pasado que está ahí, apoyado en el símbolo del gesto.

Para concluir, luego de haber regresado al centro, digo:

-Abro ambas manos extendiendo los brazos, liberando el pecho, enseñándolo levemente hacia los cielos, y regreso.

Todas movieron su luz.

Con la luz entre las manos, parados, comencé a guiarlas para que caminen, diciendo:

-Esta es mi luz, te ofrezco mi luz y vos me das tu luz, yo la cuidaré.

Las maestras son cómplices en la iluminación de otros, cuando enseñan dan luz.

En el salón, deambulan iluminadas, recorriendo el espacio que se agiganta con sus pasos emocionados:

-Te doy la luz que me dieron y vos me das la luz que te dieron.

Y así siguen como en un infinito persistente, sabores se mezclan, perfumes se agitan, sueños recorridos, un mundo de ayer circula hasta que detenidos, regresamos al presente apoyando la luz en el suelo.

Todas sentadas, reflexivas, piensan deseos. Las luces se van apagando, cada vez que se apaga una digo:

-Que se cumpla.

Entramos en un túnel de sombras, y es otra, y otra luz apagada:

-Que se cumpla, que se cumpla, que se cumpla.

La maestra, que días atrás había identificado con tanta angustia, se me acercó para agradecerme y contarme. Está frente a mí en el recuerdo: su cara busca, se mueve de un lado al otro, tratando de encontrar un punto donde afirmarse, que no son mis ojos, llora, me aclara que está bien, pero necesita confesarme algo sobre aquello que yo había sentido. Irrumpe el silencio:

-Seis meses atrás, en un accidente murió mi marido, mi papá y mi hermano y hoy pude sentir que no los perdí, están conmigo, estoy bien.

Le recomendé que pida ayuda a profesionales y si le gustaba que investigue en el arte, que se entregue a cualquiera de las ramas del árbol del arte para sentirse acompañada.

Otros puertos

Brasil, mar templado, playas inmensas, más inmensas para una nena de piernas cortas, anchas veredas con dibujos en baldosas blancas y negras, me perdía en las curvas, redondeles, ¿será que todo lo largo del mar está embaldosado? Cuando cruzamos una avenida, de la mano de mamá, frente a nosotras apareció un cuerpo alto, muy alto, moreno, redonda cabeza rasurada, hombros anchos de percherón y ojos perfectamente turquesas como piedras marinas. Estacas de asombro despertaron mi feminidad. Las piernas sacaban de sí movimientos ondulantes. Los brazos se balanceaban naturalmente contraponiéndose a la marcha.

Comencé a tironear el brazo de mamá, pero siempre vivió abstraída y se lo perdió.

Noté que éramos diferentes, yo que había deseado ser rubia en Alemania, ahora quería para mí lo distinto. Todo distinto. Un mundo de diferentes. Manos, pies, cabezas. Nada se repetía. Creció mi adicción a la observación y durante mucho tiempo se transformó en un juego. Pero al bailar, sobre todo al coreografiar, fue un desafío ver lo hermoso de las diferencias y acentuar lo que nos caracteriza.

En una puesta que realicé para el Centro Cultural San Martín en Buenos Aires, trabajé con imágenes disonantes, sonidos disonantes, cuerpos diferentes, remarcados en sus diferencias. La historia comenzaba con una mujer que barría en escena, sola, despojada, en silencio y en su rutina diaria que podía ser la mía, escuchaba voces lejos, risas, sonidos. Eran sus personajes internos.

Nunca se está en soledad cuando el alma desnuda fácil. Las imágenes descendían, cuerpos altos, flacos, gordos, hombres, mujeres. Se abrían y cerraban ante los ojos de todos.

Concluía en un punto de humanos de pie frente al público, próximos, unos a los otros, con la mirada puesta lejos, atravesando paredes. Las manos se cruzaban simulando un pájaro y lentamente ascendían desde el pecho alto más alto, lejos como bandada de sueños.

Es lo diferente que veo en todos, lo que me retrae a la conclusión de la coreografía: sólo somos libres cuando aceptamos nuestras diferencias y nos unimos a los otros para alzarnos en vuelo.

Los recuerdos se ordenan, se desordenan y se vuelvan a acomodar. En la estantería del pasado algunos recuerdos más remotos son tan inmediatos a los sentidos que me hace pensar en una memoria selectiva. Volver con vehemencia a las primeras impresiones es tener el justo impacto sobre una. El aire es sabroso al abrir la ventana del piso 17 y escuchar el estruendo de puertas que se cierran con la gran correntada que se produce. Pero ese instante previo al gran impacto tiene un dulce recorrido de placer. Como el día en que los pisos de madera eran encerados y esa fuerza limpia, cautivante, se hundía en mí. Luego venía la ridícula realidad de los “patines”, esos pedazos de felpa para no rayar el piso.

Cada casa con su olor. No era igual el perfume de la casa de Leticia que el de Inés. Ni tampoco el de casa podía ser comparado con la casa de Laura. En esa casa me detengo a recordar y nunca se podía uno imaginar a qué olería. Cambiaba de acuerdo a su cocina. Te podías encontrar con sabores extraños: espárragos, brócolis, sopas. Pero cuando horneaban tortas puedo comparar sus perfumes con los de Alemania. Sublime. Mi panza perdía toda cordura y era una mendiga desesperada.

Ya mayor seguí disfrutando de los perfumes hogareños: Inolvidable será por siempre el que tenía la casa de mi amada Inés Taberna. Llegar era encontrarse con la alegría perfumada de ella, el estímulo permanente. Tenía el gran don de ser generosa con los halagos y uno se sentía abrazada de canela, naranjas, limones espirituales.

Inteligente, culta, sensible, vivía gratificándome. Teníamos ese amor correspondido de arrebatos de admiración. Ella siempre señalando virtudes, adoraba a mis hijos y ellos tomaron de su ejemplo lo mejor.

La muerte fue rápida y vinieron a mí sábanas, toallas, ropas perfumadas. Y encontramos en los bolsillos, entre manteles, jabones, gajos de cáscaras doradas de naranjas por la estufa, que fundidas con su perfume daban el misterio que trato de conservar.

Quemo cáscaras de naranjas en las estufas, trato de esconder jabones en los cajones.

*

Es verano en el parque Rivadavia

Domingo para más exactitud. Caminarlo ordenado como quien recorre góndolas era entrar por el sector de la filatelia, pero antes había que pegarle una mirada a la hermosa estatua de la mujer desnuda, inclinada sobre uno de sus lados, sosteniendo con su mano izquierda un cántaro marino. Apasionados hombres pavoneando sus álbumes, delicadas pinzas pasaban de un bando a otro preciados tesoros, que para mí nada significaban, pero para Marcos vibraban como si estuvieran suspendidos en el cosmos.

Disfrutaba de ese laberinto: “permiso, permiso”, hasta el ombú. Treparlo con ternura tocando su tronco fresco acomodando los pies entre las raíces. Subirlo, deslizarme, dar una y más vueltas en su contorno. Mirar desde arriba el gran enjambre humano.

Siguiendo el recorrido, el camino nos llevaba a pasar por una fuente casi siempre seca con pequeños detalles de tiempos de esplendor. Luego era seguir hasta desembocar en el gran playón de baldosones color arena. Un escenario de piedra y otro más y sobre él *la estatua*. Siempre creí que era la de San Martín (mi gran amor, jugaba a que era Merceditas y vivía llorando porque él vivía yéndose), que típicamente señalaba, ¿los árboles, el Club Italiano, el cielo? Enmarcada en un arco de triunfo corríamos a su alrededor. Desordenados chicos patinando, le daban sentido a lo quieto. Los más atrevidos trepaban hasta agarrar las patas. Yo me conformaba con apoyar la espalda sobre el mármol fresco. Cuando bajábamos del

“escenario” y caíamos con fuerza sobre el piso, el impacto provocaba pequeños pinchazos en los pies. Retumbaban las rodillas, pero nada detenía la envión y corríamos como aviones hasta los juegos.

Una pasadita por el subibaja, tirarse del gran tobogán despotricando contra alguno que en mitad del recorrido era atacado por el pánico incomprensible para mi alma “kamikaze” para finalmente desembocar en las hamacas. Siempre ocupadas, había que esperar paciente o impaciente.

Existía un código de poder que consistía en agarrarse de uno de los caños inclinados de las hamacas, abrazarlo con el pie y empezar a girar enroscándonos. Cuando el tiempo pasaba y ninguna se desocupaba trepábamos por el caño lo más alto posible y nos dejábamos caer. En el instante en que alguien dejaba una hamaca había que correr a su encuentro, esquivando vuelos de otras que casi nos alcanzaban. Todo era importante: desde cómo acomodábamos la cola en la tabla, las manos a la altura correcta, es decir la de los hombros, y la punta de los pies caminando hacia atrás para soltarse.

El envión se daba con un golpe de cintura: atrás, adelante, atrás, adelante. Y alzar la mirada. Primero eran los bancos de enfrente los referentes, pero luego se subía por el tronco, las hojas y el cielo. La plaza era el reino. Desde el punto más alto al que llegaba la hamaca en su arco encadenado, se veía incluso la calesita, del otro lado el lago seco, la isleta, el puente de madera allá lejos, los autos, la gente, sonidos empastados de gritos, risas, bocinas y una voz interna que me decía: “¡Cuidado, el límite es el tirón de las cadenas!”

Entonces me dejaba atravesar por el viento, abría la boca para tragar frescura, los ojos estallaban en luces reflejadas, me agarraba de la parte interna de los codos para poder abrir los dedos y abandonaba las manos a la frescura más exquisita.

Este juego se completaba con mi amiga Leticia. Yo la hamacaba y cada tanto la llamaba por su nombre. Si me escuchaba, se daba vuelta. Pero como era hipoacúsica el aire vibraba en sus oídos de una manera diferente cuando la nombraba. Y ella supo notarlo. El aire nos unía, como suele sucederles a todos, aun cuando no se den cuenta.

El aire que acaricia me acaricia, el aire que recuerdo me recuerda, el aire entra en mí, respiro. Ahora al recordar esos sentidos, respiro con mi ser adulto y el misterio de niña. Todo está por venir. Hace calor, llegó la noche y un ventilador produce este aire que tengo. Abro los dedos, un trueno de avión se aleja.

*

A los espacios los asocio con personas, hechos que fueron. Hacía poco que estaba dando clases en cierto lugar cuando le pusimos de nombre El Lugar. Lo compartía con otras mujeres, teatreras. Era oscuro, pero amplio.

Un día trabajando sobre los vínculos el grupo se dejó guiar. Era de las primeras clases en el espacio y la magia llegó, lo sé por lo que sucedió después.

Terminó la clase, nos sentamos en el piso en una ronda emocionada. Nos miramos a los ojos y una de las alumnas le preguntó a la que tenía enfrente:

-¿Cuál es tu apellido?

Y ella respondió “Ortiz”.

-Yo también, dijo la primera.

A partir de allí comenzó una sucesión de preguntas que, como en un partido de tenis, iban y venían. Rápidas, concretas, impulsivas. Hasta que una le tendió las manos a la otra y la tomó fuerte.

¡Recuerdo que eran tan diferentes! Una morocha, la otra con claritos. Una, cara redonda; la otra, cara alargada. Una, de uñas cortas; la otra, muy largas y pintadas. Se sujetaron y un grito retenido, áspero, salió de una de ellas diciéndole, diciéndose

-¡Sos mi hermana!

Hacía 30 años que la vida las había separado. Formaban parte de una familia numerosa de 11 hermanos desparramados. Se abrazaron tan fuerte, las dos de la misma altura.

-¡Eras flaca!, dijo una.

-¡Eras gorda!, dijo la otra.

Nosotros nos mirábamos sin entender, entre risas y lágrimas. Fue en ese momento que llamaron a la puerta, preguntaron por mí y un ramo de flores entró en el espacio. Lo había enviado Alicia Fernández Rego, como siempre, sus gestos me elevan.

*

En mi casa, con la tarde clara, entramada, caminar los recuerdos en la hora de los pájaros es la única manera de animarme a escribir sobre los dolores

del cuerpo. Por distintas razones tuve que entrar en el quirófano. Siempre adoré el sol. Era la manera de encontrarme quieta, dejar que se entibie la piel, dorarla. Los músculos dejan de estar tensos y hay un momento en que se pierde relación con el tiempo. Es un sin fin de imágenes aglutinadas. Pero empecé a soñar, me despertaba llorando, anestesiada de angustia y pesimismo. Fueron varias noches.

Decidí consultar con un médico. Presentía estar enferma, algo grave en la piel. No me encontraban nada que pudiera ser sospechoso. Ya me estaba yendo y con la mano tomando el picaporte del consultorio le dije:

-Pero tengo un lunar.

Fue el comienzo de un nuevo cambio. Me diagnosticaron cáncer en piel. Muy comprometido, un melanoma grado tres. Había que operar. El médico tardó en decírmelo. Miraba el informe, no hablaba, no gesticulaba. Le pedí:

-Dígame todo.

Mi pequeña Lucía estaba conmigo, inocente. El médico habló con acento académico:

-Vas a tener que pelear

Le pregunté:

-¿Qué significa?

-Cirugía, sin demora.

-Pelearemos.

De regreso a casa le pedí a Lucía que se ubicara en los asientos de atrás del auto y lloré todo el camino, en silencio. Pensaba en mis tres hijos pequeños, Ailín aún de pañales. Al llegar a casa y ver los árboles que recién habíamos plantado e imaginar no poder verlos robustos, me daba dolor.

Preocupada, trataba de imaginar cómo harían para organizar la casa. Pelear, hacer lo que me gusta. Poner mi alma en positivo, pelear, para ser del destino lo mejor.

Mi instinto me dijo:

- No te detengas.

Un viernes consulté al cirujano y el sábado bailé por horas, hasta que las piernas me dijeron basta. Un grupo de amigos y mi familia presenciaron mi danza. Papá doblado en él, mi amor sosteniéndose. Hijos, primos, marido, padres; presentes.

El lunes me operaron. Sin que me retiren los puntos de la espalda (cincuenta en total) ya estaba bailando en San Martín de los Andes, en unas Jornadas de la Mujer que me había comprometido antes de saberme enferma.

*

Crónicas de Teresa¹³

Hoy, 24 de septiembre de 2005, clase de danza.

La primavera comenzó hace poco, en el calendario y en la calle. Las flores revientan a coro. Los pájaros coquetean. Alguno se me acerca hasta comer de mi mano. Hace calor. Apenas una brisa.

Cuando salí de casa, muy temprano, me puse un abrigo liviano que, a esta hora, ya de noche, anudo a mi cintura liberando los brazos, dejando que muevan el aire sin interferencias.

Llegué al estudio una hora antes de la cita. Violeta, vestida de negro, la blusa escotada y con encajes, los pies descalzos, ya estaba allí. Ailín y su aire de niña sabia y alegría madura, la acompañaba. Me ofrecieron un mate.

Noté la palidez y el susto en Violeta: en dos días dejará su útero en un quirófano, tal como lo hizo Inés hace un año. Repetirá el ritual, pero Violeta regresará, viva, a la danza y no en alientos de memoria como Inés. No la nombramos, pero está presente en nuestros pensamientos, en nuestros abrazos. Nos la decimos con la mirada. Ella, Violeta, había llevado al estudio sus rituales: las glicinas, las velas, los árboles, la música, la familia.

Yo, Teresa, llegaba desde el desierto: no hay velas, ni flores, ni follaje; sólo el aire caliente y sin sonidos, los fantasmas deshaciéndose antes de tocarlos. Mis rituales mudos y mi amor por ellas, por ellos, por Violeta y por este espacio que siento propio.

Las otras llegaron de a una. Liliana, extrañamente alegre. Carmen, presente y presencia. Vilma, cargando su costado oscuro y su frente luminosa. Myriam, pequeña, el pantalón caído sobre las caderas. Gabi recién aparecería al final de la clase.

Stella entró al círculo cuando ya estábamos bailando. Yo sentí su presencia como un viento fresco. Tanto la quiero.

Pero, me apuro y no quiero olvidar a una persona: Silvia. Hacía un mes

¹³ Teresa Kantolik. Médica pediatra, discípula y amiga personal en Neuquén.

que no se reunía con nosotras. Estaba en Buenos Aires, cuestiones de familia. Ailín la nombró. Yo les conté que nos extrañaba.

Hay otras cosas que recuerdo, que han quedado impresas en algún lugar que no alcanzo a ver, sólo lo siento. Una es un hombre que llegó a buscar un freezer, arrumbado junto con otras cosas en el depósito que hábilmente Violeta delimitó en el estudio. Otra, es Stella y el nudo gordiano. Hablamos del nudo antes de irnos, nos prometimos seguir con el tema. Ambas personas se enlazaron en mi memoria con Dani y el gesto de entregar el espacio para que el arte de Violeta se cobijara, nos cobijara



Con Teresa Kantolik.

La clase, al fin llego a la clase.

Violeta sabía que los movimientos no debían ser bruscos. Pero, por poco que se mueva, ella siempre hace danzar el aire.

Mis manos, mis codos, mi espalda, mis rodillas. El aire. Me danzó y me evaporó en la repetición de los movimientos sin que mi mente pudiera interferir. Desaparecí. En mi lugar, la música y el aire hicieron el amor. Se enlazaron. Aparecieron espacios inexistentes y ellas, las hermosas mujeres, pasaron a habitarlos conmigo, bailando sobre la red infinita de notas, luces, luces, notas.

Cuando todo el aire se hubo movido, ellas, yo, los que están lejos, los que amo volvían a mí, con mis manos sobre el pecho. Recorrí mi ser con las palmas calientes.

Cada ritual es único. En el mío, llegué a la tierra, me anclé y ascendí. Las vi. Las sentí en todas las... de polvo y en el aliento.

Violeta montó un altar de glicinas y velas. Sirvió licor en las copas. Lo bebimos llorando. Abrazos. Amor. Ausencia. Desierto. Glicinas.

Me puso las llaves del estudio en la mano. Vilma y yo reímos: Violeta nos había heredado el cuidado del lugar y de la clase en su ausencia. Nos había entregado una llamita y había que mantenerla viva. Nos burlamos de nuestra propia insensatez. Es que, entre estas paredes, somos insensatas, locas, bellas.

17 de noviembre de 2005

*Se habla cuando algo quiere decir en uno.
Cuando algo presiona sobre uno y lo doblega hasta hacerlo decir.
Santiago Kovadloff*

*Violeta dice, al final de la clase (única, efímera, eterna): —No hablo yo.
Habla a través mío.*

O algo así, ¿qué importan las palabras? Santiago Kovadloff le contesta como nadie más puede hacerlo.

Violeta afirma: —No podría escribir esta clase porque no la hice yo

El tiempo: ayer a la tarde.

El lugar: el estudio de la calle Salta.

Las personas: nosotras.

La música: no sé, no recuerdo.

El tiempo, el lugar, las personas, la música, sólo describen lo perceptible con los sentidos ordinarios. Pero, lo que Violeta no puede poner en palabras, lo que no sabe que dice porque no lo dice ella, no se puede percibir con esos sentidos.

Me deja un legado —Escribilo.

Tomo el legado. Lo intento.

Describo el paisaje: cuerpos en movimiento y un difuso límite que delinea el aire. O, mejor: hay algo eterno que nos rodea y nos abarca.

Abro el pecho. Extiendo mi frontera. A un lado. Al otro. Abro más el pecho. Estoy aquí. Cierro y desciendo. Me afirmo en mí, ¿dónde más podría hacerlo?

Subo y me desprendo, cruzo sobre mí y dibujo el espacio con mi historia. Pies, rodillas, manos hablan entre sí. Avanzo con desconcierto y avanzo con desmesura.

(A mí me gusta la vida a borbotones. Otras, la beben despacio. Yo me inundo. Otras, saborean. Yo también saboreo y elogio la lentitud. Y las otras también se apresuran a beber de un trago la vida, la luz, los cuerpos, la música.)

¿De dónde viene la danza? De ningún lado: está. (Es la eternidad que me rodea y que recorto para no evaporarme en burbujas)

Si escribo: “meditación en movimiento” (lo escribo; ahora lo leo) miento. Ese es el problema. Las palabras remiten a una realidad convenida ya creada. Y la danza nos atraviesa y nos recrea ahora.

Cuando danzo la frase, el texto me recita y me acomoda. Hay armonía y simultaneidad, un darme cuenta ahora de lo fluido de mi ser. Un estar aquí aceptándome.

(Aire recibo me recibe me tomo el aire siento la mano amigo aire abraza abre los dedos los abarca los estrecha recibo una flor perfumada semilla seca blanda tierna regalo ofrenda.

Manos buscan mi pecho envuelven mi torso se cruzan en la espalda me abrigo calor de nido.

Cabeza descende más y más mano llega al suelo se apoya soporte sostén raíz reconozco.

Subo como árbol pino mujer desde el sexo.)

Recibo y ofrezco.

Amo tanto.

Desmesura.

Mi pie se eleva hacia atrás, hasta el extremo, reticente. Ofrezco de lado mi goce: comparto si no es fácil, si me deseas y te deseo. Quiero que nos cueste y que exista el disfrute de que me descubras, te descubra. Me escondo y las veo. Dialogo. Me dicen y digo.

(Dice más el cuerpo que la palabra. Lo oculto se desvela, lo claro se oscurece. Fluye lo eterno a través mío, nuestro y se vuelve igual el dolor y la risa, el nido acogedor y el riesgo.)

Hay zonas cálidas y ríos helados en el aire. Se mueven y transcurren.

Llenan el espacio entre los cuerpos. Somos nosotras moviendo la música.

(¿Por dónde corre la música? Ahora empieza en la punta de mi pie y llega a mi espalda la siento quebrarse y alcanzar el cuello, se extiende hasta las pupilas de Vilma, la atraviesa y llega tan lejos, un lejos que es aquí, sobre mis yemas)

No sé.

Lo intento otra vez.

Violeta conduce al grupo. Hay una nueva. Cada vez es nueva, pienso.

Cada vez se nace. La presencia de la nueva confirma la certeza, la destaca sobre lo cotidiano y nos recuerda la imposibilidad de dar por sentado el presente y el futuro. ¿Y el pasado? El pasado, hilvanado en mis músculos y en mis vísceras se vivifica cuando el movimiento, la música, los toca percutiendo, a veces, acariciando, otras.

Retorno a mi intención de relatar la clase. No es fácil transferir la palabra ya significada al texto de la danza. Cuando danzo la frase no hay palabras. Existe la memoria fundida en el presente.

Sigo.

Violeta conduce al grupo acercándolo a la frase desde el relato del cuerpo. Con cuidado. Siento su cuidado y su atención. Hay hebras que la unen a nosotras. Nos percibe.

Pondrá después palabras a la frase y nos guiará en nuestra -de cada una- construcción.

Sigo.

Lo intento.

Otra vez.

*

Trabajar con el cuerpo es mover un mundo simbólico, que nos da un lugar, nos refiere, define, significa y resignifica. Da pautas de orden, carácter, sentido y significado. En un tiempo alterado en valores el arte puede subvertir lo doloroso en placentero, la ausencia en presencia. Eso que nuevo me lleva a pensar y pone mi ser en valor. Siento y pienso. Defino. Me construyo porque esa acción que descubro me descubre y genera un patrimonio emotivo que se trasforma en recurso cuando recupero la dinámica corporal, como espacio de reflexión creadora.

Mientras que el cuerpo dice sólo lo que dice, la palabra puede decir algo que no quiere decir. En tal caso es el cuerpo el que se encarga de revelar si eso que fue dicho, es verdaderamente lo que se quiso decir. Ahora bien, también sabemos que no siempre se puede descubrir que eso dicho con la palabra es verdadero, pues las palabras pueden vaciarse de significado y valor. De ahí la importancia que tiene el cuerpo, que nutrido de metáforas otorga la representación al cuerpo habitado por la danza.

*

Mi hermano me hizo una pregunta que me decide a aclarar ciertas cosas. Nuevamente estoy en cama, ahora el cáncer se alojó entre la cadera y el

fémur. Me impide caminar. Son muchos los estudios, las fascinantes máquinas que leen mi cuerpo. La ciencia ha entrado en un espacio casi fantástico que me sorprende hasta el punto del entretenimiento, si no fuera que otra parte de mí sabe que estoy en ese lugar por un nuevo desafío. Pero no existe dificultad, sin crecimiento.

Betty Almada fue mi salvoconducto en la última cirugía. Betty no tiene parámetros. Está fuera de toda norma. La impulsa el cariño. Ayudó más allá de lo imaginable, sin ser una amiga, sin ser pariente carnal, es más que eso. Ella juega otro rol. Leal. Me permitió seguir y estar en pie.

Controlado el dolor con un cóctel de fármacos, supero la quimio con recursos simples como mi hermosa pieza con vista al parque, mientras no dejan de cantar los pájaros por la mañana, las perras corren alegres en el otoño anunciado y son los cuadros de mis amados presentes en sus obras, grabados, xilografías, esculturas en hierro, piedra, plata, la antigua palangana con su jarra de porcelana -un regalo de mi madre heredada de su madre- las plantas, Beethoven, el sol iluminándolo todo, la antigua araña de bronce forjada por el abuelo de mi amada Inés que pende de la gran viga, la cama donde me encuentro de troncos rústicos fabricada por Daniel, en la mesita de luz las flores que me trajo Ailín resguardando el cuerpo alado de cerámica, obra de mi hija Lucia.

Y así podría seguir describiendo las infinitas razones que me ponen más en esta vida que tengo y elijo, con prepotencia, insistiendo en la alegría de tenerme cobijada en todos mis amados. Francisco amasa panes rellenos, me cuida, trae todo su entusiasmo “embanderado” porque es de tul la cubierta. Y al descubrir la fuente brinda todo producido: las algas y semillas rociando el puré de zapallo, un tibio aroma a salsa de soja, aceite de oliva. Por eso me puse en acción y una vez más recurro al arte como fuerza absoluta. Y es desde ahí que me amanezco y me amanecen mis ganas.

*

Estoy montando coreografía. Los lunes viene Carmen, los martes Nidia, miércoles y jueves me dedico a trabajar en el libro porque son los días que debo respetarme por la quimio. Los viernes Lili. Con María ya trabajé, fue la primera coreografía que monté. Solo me restan Teresa y Jole para terminar la primera etapa.

Carmen comienza sentada, sobre una caja de madera cuadrada forrada en paño negro, vestidito rojo de *corderoy*, grandes botones blancos estilo mariner. Así fue el primer vestido que Lucia, con sólo dos años, eligió desde su carrito de paseo mirando la vidriera, discreto.

Las manos entramadas como tapando el sol, viendo a través las copas de los árboles dorados de cielos patagónicos, todo lo ve. Tiene puesta la mirada de la niña que fue, deslumbrada, seducida, roza su cuerpo la pura alegría que no es ostentosa sino cándida, chispeante.

Una mano avanza en el aire, el dedo medio se une al pulgar, toma algo, sea polvo, pluma, insecto; es rápida.

La otra mano se cruza en el aire repitiendo con los dedos el gesto de pinzas necesario, para estirarse de costado, lento, lejos.

Las manos recorren como enredando baba de seda, hasta que se unen por las muñecas regresando al centro del pecho transformadas en flor.

Las manos de pétalos ascienden para olerlas, se abren para los ojos y mira, antifaz perfumado.

A un lado todo su torso se inclina, debe ser rápida para no perder el vuelo. Insiste hasta quedar mirando hacia arriba, sintiendo la nuca mientras las manos se pulverizan en el aire, toman de la naturaleza los cambios repentinos, contornean su entorno de suaves cristales y la ponen de pie, no tan erguida, lo suficiente como para que los brazos enloquezcan, eufóricos lanzando la alegría extrema que la impulsa a toda ella a girar frenética.

Salta un tronco y descubre sus manos acaloradas que la suben, la trepan, se regodean en el vestido tan texturado.

Son audaces llegan hasta la cabeza, se enredan en su pelo largo y frondoso, pero es una nena inquieta que todo lo puede y rápido interrumpe, porque es un nuevo interés: subir para mirar más lejos, danza al ritmo de los troncos y se lanza al suelo como cayendo de una altura extrema. Se sienta, busca en su bolsillo y saca un frasquito, lo abre y se queda.... haciendo pompas de jabón.

Regresó para hacer una pasada de su coreografía, la hablamos desde el interior del niño. Analizamos cada gesto. No quiero un adulto haciendo de chico ni una caricatura de niño. Quiero que logre esa mirada que de tan entusiasta no es lineal, sino que salta en tiempo para enfrentarse en calidades, sensaciones, emociones ágiles. El interés es arrebatado por otro y así construye su propio paisaje emotivo.

Nidia, igual que Carmen, sentada en una caja de madera de paño negra, largo vestido de yérsey color uva y amplia falda con brazos descubiertos. Cuello bote de espalda pronunciada, los pies paralelos. Esta extasiada frente al mar.

La piel lo recibe enamorada, los brazos rendidos al costado del cuerpo, se le doblan los codos, suben desordenados hasta la altura de la cabeza, las manos penden relajadas hacia atrás, el pecho se inflama, una pierna se cruza sobre la otra, todo el torso cae sobre la rodilla derritiéndose de felicidad retenida.

Así, tanto las piernas se separan que exponen su sexo frente al mar, toma las sales, la espuma, el color, las manos aproximadas a su vientre, desbordan los labios, la piel salada de sudor marino, las piernas se juntan de costado mientras el torso rota junto a los brazos hacia el lado contrario.

Ebria, cae un brazo a un lado y se hunde en la arena. El otro toma un puñado dorado que lo eleva para dejarlo caer sobre su vestido al trasluz del sol.

La mano vaciada se toma de la nuca, la trae al eje, la impulsa a pararse. Está todo su peso sobre una pierna, los brazos avanzaron en la misma dirección, sorprendidos de placer, su mano se toma de la pollera. Es el mar, la espuma rosa, el ruedo.

Sus pies desnudos retroceden pero el magnetismo marino puede, pulsea, la ronda, la imanta, se deja, los brazos van delatando la altura del mar.

Un peligro amoroso fatal, ella embebida por el amor correspondido flota, son sus manos las que quedan desnudas, al sol.

*

Antes de perderme en mi presente frágil de memoria regreso al ayer. Lili, puntual, tiene una extraña manera de reírse sin sonido como un hipo retenido y es graciosa y entusiasta. Se brinda, pegando los codos al cuerpo y le suma a ese gesto las manos abiertas, los dedos tensos y contraídos. Inclina su cabeza hacia atrás, abre grande la boca, se ven bien los dientes y en ese exacto momento, se ríe silenciosa.

Nos besamos. Desde la cama comienza mi relato (todos sus movimientos son rápidos pero mansos), se sienta cerca mío. Ya tengo toda la coreografía revelada: el nudo es el amor. Le aclaro que quiero pensar en eso, que es mi manera de apartar el dolor, la enfermedad.

Mis noches desveladas recorren el misterio de la creación hasta encontrar el punto donde se une lo desconocido con lo mágico, descienden y ascienden deseos que se me hacen tan obvios como esperar el día despertando con mi amor.

La puesta derrama partes mías. En escena está una mesa ratona negra

repleta de libros y papeles para dibujar por detrás de la mesa una sillita, que era de mis hijos cuando eran chicos. Para ser más exacta, le fue regalada a Lucía para un cumpleaños por Chacho y Quique, esos tíos del alma. La intervine con dibujos de Francisco en blanco y negros. Por delante de la mesa desparramados cubos de madera forrados en paño negro.

La escena comienza con Lili. Entra con un balde negro y pasando un trapo de color rojo por el piso. El movimiento es cotidiano. Son mis rutinas: corre los cubos, acomoda.

Los acordes de Wagner ya abrieron la escena antes de que habite ningún gesto. Siento mi desnudez por tantas veces que he caído en la lengua apasionada de la música del preludio de Tristán e Isolda. Y como suele ocurrirme, cuando estoy buscando la clase que daré, el trapo se desprende de toda formalidad y se escurre de otra manera.

Porque quizás sea ese contacto al estrujarlo, o el chorrear, o la forma en que me dobla; y no sé si ya estoy en la clase, pero sí es un comienzo. Se lo indico, le marco el tono, ese estado casi somnoliento que deviene. Es absurdo pensar en un trance por ahora. Pero soy tan feliz cuando se funden la madre, *la Porota*, como suelo llamarme, y la danza.

Y empiezo a buscar señales, libros, amados poetas que se trenzan en mis juegos de azar. Abro las páginas con los ojos cerrados, se lo indico, leo en voz alta, lee en voz alta. Tomo un libro o varios hasta encontrar el hilo. Lo estudio, lo repito, lo digo, lo muevo. Y Lili comprende el desvarío en que me habito y sehabita.

Le marco el primer movimiento, el puño izquierdo se levanta con fuerza, pero al llegar a lo más alto se abre la mano mostrando la palma al cielo. Y es esa la fuerza que la pone de pie girando sobre su eje. De espaldas, un brazo por delante, el otro por detrás, tenso, las manos como suelas.

Se da vuelta, se enfrenta al espacio total y los brazos, como una hoz, *despigan*. Pero pronto interrumpe el recuerdo del aire y se la lleva en suaves redondeles. Lo continuo no se sostiene, ¿la mano se carga absurda?, se pega a las costillas y es tan independiente que pasando por la pelvis, la obliga a doblarse y sigue hasta el glúteo. Tanto ha bajado que apoya la rodilla y cae de costado, desparramada para suspenderse en un punto de la cadera. Los brazos y piernas flotan, los movimientos revelarán parte del texto de León Felipe.

*

Fue el mismo día. Me recuerdo ya sentada en la silla, las ruedas pisando el pasto, lista para salir. Miré el cielo. La copa de los árboles con mariposas

dentro. Dejé que mi cuerpo se reúna en gesto. Mis manos se pegaron palma a palma en el centro del pecho. Respiré dejando que el aire golpee el paladar y se pierda en noches del cuerpo. Ya en el auto, comenté, “hoy estoy yendo”. Aílin esperaba en la puerta recortada del estudio.

Entré al espacio sin caminarlo. Dejándome conducir. Hubo besos. Me colocaron dándole la espalda al cuadro de las mujeres que preside el estudio. Mientras el grupo de docentes se acomoda frente a mí, doy las primeras consignas. Reunidos de a cinco, como si estuvieran *de bares*, deben leer sus monografías. Mi intención es fomentar cierta complicidad en la lectura, correrlos de la linealidad, que puedan descubrirse. Dejo pasar un tiempo.

Ya comenzado el trabajo, se incorporaron tarde algunos docentes. Esto también irrumpe en el grupo y deben reorganizarse. Entonces interrumpo la lectura de todos para decirles:

- Esto es casi un juego. Para poder captar la atención, es necesario seducir. Las palabras deben modelarse como arcilla tibia. Todos han vivido la misma experiencia, pero es desde la diversidad, desde las diferencias, lo que traen como únicos; que llegan a reflexiones múltiples. La sumatoria es provocadora. Nos permite pensarnos plásticos y flexibles. Nos educa en la capacitación del devenir. Eso que no es esperado, pero acontece. Y si acontece es porque algo ocurrió, por lo tanto no está quieto sino que desprende un pensar asociativo, que es neurálgico y estructural en la educación constructivista, tanto en lo personal como en lo social.

Regresan a la lectura, hay silencios, murmullos y cada tanto algunas exclamaciones. En uno de los grupos una nena corre, se trepa a la madre, se mueve, los mueve. Atrapo la atención de la nena, dejo de observar a todo el grupo, para contarle un cuento dibujado. Voy midiendo su mirada de dos años, entro en complicidad y entablamos un pacto que sólo la mamá podrá conocer. Guarda el dibujo en un diminuto bolsillo. Le sugiero que por la noche lo coloque debajo de la almohada, me abraza con la interferencia de la silla metálica, corre alrededor mío y termina jugando con piedritas por detrás de mí.

Regreso a los grupos para decirles:

-Elijan un delegado para que pueda compartir la síntesis del grupo, lo neurálgico.

Se abrió el dialogo. En el primer grupo tomó la palabra entusiasmada una profesora de nivel medio. No les resultó fácil corporizar el pensamiento. Fue alegre y chispeante. En el grupo siguiente me vino una pregunta a la

delegada, antes de que nada ocurra. Le pregunté:

-¿De dónde viene tu alegría?

Se sorprende, se excusa. Insisto:

-Pero de ¿dónde viene tu alegría?

Le preguntó a una amiga si ella había dicho algo. Yo volvía a insistir:

-¿Cuál es la fuerza que se desprende de ese canto sonriente, eslabonado?

-Estoy embarazada, me dijo.

Algo ocurrió en el espacio: fue el pie para decir

-La naturaleza se impone a todo alterando cualquier rigidez. El conocimiento, el deseo de saber, de superarse, es parte de lo natural, es un hecho natural, prepotente. Es la resistencia a todo intento de sumisión. Por eso deben sentirse alegres, dinámicos. Los docentes son mediadores y a su vez parte de tal cambio y desafío. Todo es original y único, en lo corpóreo y en lo conceptual, por estar sujetos a cambios macros y micros, siempre en expansión.

Corrió un gato por los techos, temblaron las chapas. Hubo sorpresa, entre risas dije

-Déjenme suponer que los dioses nos aplaudieron.

Entregué los certificados. Supieron de mi forma de entender el mundo del arte y la vida misma y fui feliz.

Mi ayer fue extraño. Empiezo a reconocer los efectos de los rayos. El paladar se metaliza, el equipo de rayos tuvo dificultades. Tardé en pasar. Todo me cansa. Regreso como si hubiera hecho nuevamente los cuatro días del camino del Inca. Luego, en cuidados paliativos del hospital, tuve mi primera entrevista con la Psicóloga. Sentí que la mareaba. Mis palabras, cascadas, heladas.

Mi vida hace agua y tengo planes a, b, c, y proyectos como pendiente de un hilo. Las utopías marcándome la dirección del mañana, pero nada parece ser suficiente en este cotidiano tiempo cuando, sí tengo, por la noche los fantasmas invisibles me mecen.

Despierto llorando, un hijo que está cerca y no lo veo, o prensándome en los dedos de Ailín, sin notarlo, de tan dormida en calmantes.

Anoto en el libro de Zunino sin reconocer mi letra que se afina, se tuerce, escribo como si alguien me hubiera pedido que confiese:

Piedad, déjame dormir.

El canto de la noche.

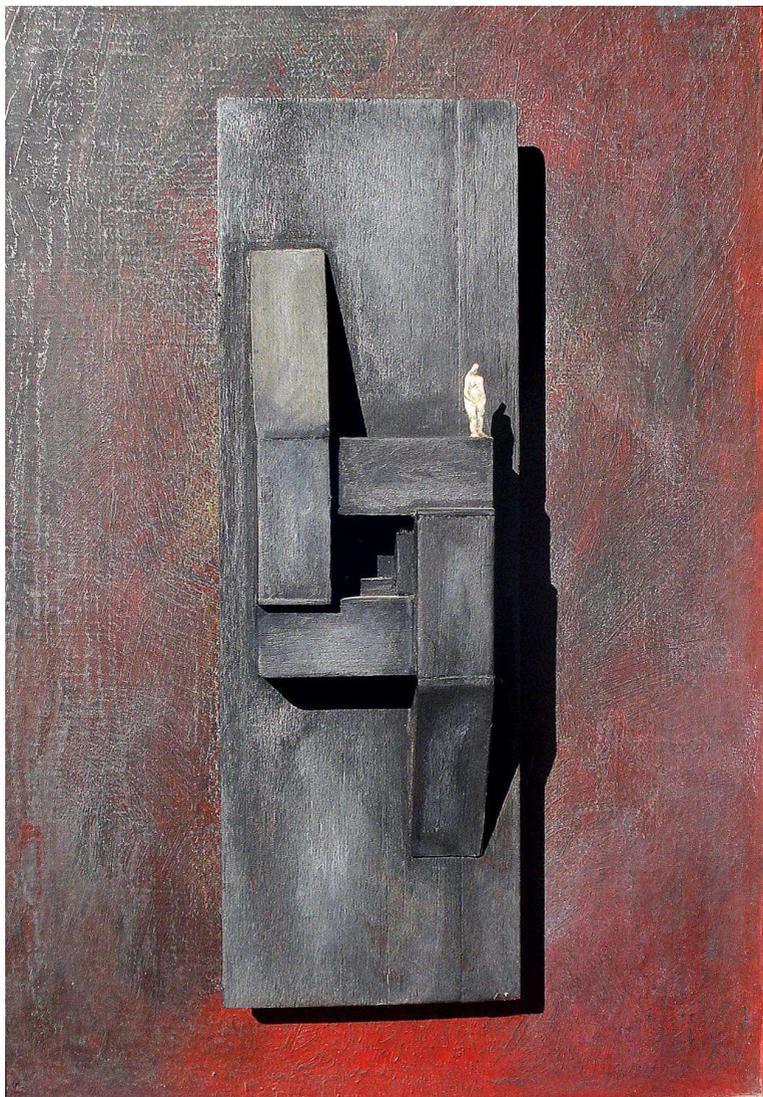
No puedo latirme de otra manera.

Mi mano no entiende.

Jorge Zunino viene, desde el lado más presente, para calmar mi sed



Violeta Britos, Desde el abismo. Detalle (2 cm). Alpaca.



Violeta Britos, Desde el abismo. Madera balsa policromada, con figura en alpaca. 2008

Sexta Noche

Olimpia

Ay, la ofrenda es tu cuerpo.

Y levantas una mano
intentando acariciarte.

Solo, en este camposanto ideado a tu semejanza,
con el anuncio de vientos que traen desperdicios,
y sin un lugar donde ocultarse,
te deslizas sobre tu cuerpo ansiando honrarte.

Aquí, entre confluencias de ríos,
parajes sin calma y bellezas congeladas,
adorábase la tierra como principio
e inmundicia.

Sí, tus antiguos se elevan a los santuarios
iluminando veneraciones a tierramadre.

¿A quién perpetuar en este encuentro?
¿A quién exhortar hoy, sino a ti mismo?

Oh imita plegarias y juegos envanecidos,
imita hazañas y loas que serán cantadas:
representate,

bebe en esas aras paganas,
bebe, te pertenecen.

Has revelado tu máscara
y ya es tarde para volverte:

cuál será tu juramento, luego,
cuál tu celebración:

¿y levantas una mano?

Pero una ausencia negando,
pero el viento,
el viento fija obediencia a este sueño afiebrado
que anhela sumergirte
como a un enemigo,
como a un corazón devorado por su ansiedad.

Grave tono para la voz que también a ti se acercó:
Ven y mira.

Y viste las ruinas de un santuario
que se elevó al Polvo
y que fue asolado por el polvo.

No es frecuente ser digno de tal humillación.
No es frecuente la vida.

Y tu mano se alzó. Y te amaste.

Jorge Zunino, pág. 51

*

Salimos temprano pero quise leerlo todo. Descubrir las mañanas patagónicas es agolpar los mejores sueños en el pecho. Quedo con la silla de ruedas orientada hacia el sur oeste. Ya me estoy acostumbrando a dejar que me trepe la sensación del pasto por las ruedas. Creo que en estos tres meses que me quedan por delante de su uso llegaré a sentir como si rozaran mis pies el suelo. Es notable hasta dónde los sentidos pueden inundar las cosas o *¿cuánto de cosidad* tiene mi cuerpo?

La mirada en línea se topó con una obra de Daniel que es como un instrumento con tubos que caen en distintas alturas y suenan con grandes vientos o al rozar de las manos. Por detrás, cascada de hojas otoñadas de la parra, más alto, los álamos, cortinado en el cielo a medio abrir y detrás, ella, la luna llena con aro, casi endiosada (me la había mencionado la noche anterior Ailín)

Y no pude dejar de imaginar la de Federico, en Bodas de Sangre, saliendo de entre los dientes de la muerte: *-Esa luna, esa luna,* y me vi.

En el auto, el cielo encendido desde su base desparramándolos hacia las nubes, algunas alargadas de vientos por venir y otras eróticas, redondas, carnosas, de las que suelen pasar sin que caigan gotas en el desierto. Noté el avión de frente, venía con sus tres luces encendidas. El resto fue perdiéndose en un vacío de inconsciencia.

Naturalicé la hermosura o la resguardé, porque ya tendida en la camilla, con las máquinas de rayos girando como mundo alrededor de mi luna, me vinieron los cielos entre disparo y disparo.

*

Estoy entrando y saliendo de mí. Las palabras se imponen. Me lamen los pies. Como espejos rebotan. Es un deslizarse entre lo ya pensado y lo viajado en estados de somnolencias. Hay novedades traídas de los fármacos, pero es ese momento de eclosión, de cuando yo me pertenecía en acción, que viene para ordenar el recuerdo.

Jole trabajó en varias oportunidades conmigo, junto a Vitaly Chersunov, acróbata Ruso del Circo de Moscú que varó en Neuquén por cuestiones de amor. Quiso el destino que nos encontráramos en el trabajo durante varios años. Disfruté de crear coreografías para el grupo que él dirigía, con todo el viento patagónico en contra. Pero tanto talento, experiencia y entusiasmo tenía Vitaly, que era arrollador.

Los jóvenes que comenzaron con tibias pirámides, sogas, terminaron volando, arrancando aplausos hasta que latían las manos. Mi hija Lucía, que pertenecía al grupo, bailaba en el trapecio con coreografías que le supervisaba. En las funciones casi me partía entre la coreógrafa y la madre.

Jole se destacaba, creo que era el modo entre vibrátil y sensual. Pero no es eso lo que quería decir, sino, entrar en recuerdos, me estoy pidiendo permiso.

Antes de una función que terminó siendo para 2.000 espectadores, llegó con la cara transformada por el llanto. Apasionada, entregada a sus vínculos con el cuerpo caliente, erizado, poético, de labios húmedos (ese amor le dolía hasta doblarla), temblando en mi cuerpo, traté de sujetar sus planes. Escuchar las lágrimas. Fue en confesión que mencionó sus ganas de madre no correspondida. Ya no hablaba de desencuentros sino de entrañas, con el cuerpo hundido en mí, como en un útero.

Son los poetas los que encuentran en mis calladas palabras por decir, fue así:

UNA LÁGRIMA

Más que el oro enterrado y las estrellas
y el ámbar
y la lluvia del verano
mucho más brilla el fuego de una lágrima.
Cómo olvidar la fiebre de unos ojos
la palma ennegrecida que no aclara la dicha
la rosa viva del que sufre.
Es tu pecho tu mano,

el dibujo de tu frente,
es esa lágrima
el fuego más hermoso y verdadero.

Graciela Maturo

Cantata del agua. Ediciones La luna que habita entre nosotros

Buenos Aires, Mayo 2001. Pág. 45

*

Con otra pareja le monté a Jole varias coreografías. Era una serie, la última quedó trunca. Pienso en su casa, a Jole asumiéndola sola, en crecidas del río, en bancos usureros, en su empeño. ¡La alegría cuando puso el piso! Hoy sigue construyendo frente al río, con su amor y su hija.

El tiempo puede ser un espiral, o un lagarto. Entra y sale de las cosas, pero puede revelarse como deseo y cuando ocurre se fusionan los sentidos.

Llegó con su hijita amada en brazos, hermo세ando el aire. Hablamos. Dentro de la puesta, ella, es algo mío. Quiero trabajar su parte de acróbata y luego llenarla de pequeños gestos naturalizados, que revelen el sentir íntimo de la danza.

Cuando bailo, esa que se suspende dentro de mí como una acróbata, es incorpórea.

Teresa se ríe, se acomoda en mí con facilidad única. Fotogénica, expeditiva, noble. Y me gusta pensarla en calificativos. Me enamora su ternura ácida. Son muchos años de medirnos lejos o cerca. Puntos se nos tocan y estamos una en una, pero de aire.

Le cuento la idea coreográfica incluido su vestuario: pantalón negro de hilo de seda bordado como líneas sinuosas en lana roja, le da volumen desde las botamangas hasta esfumarse por encima de las rodillas. Una remera negra bien pegada al cuerpo y un saquito todo rojo *con historia*, largo a la cadera, de seda, con cuello redondo, prende con presillas cuatro botones texturados, terminado con pasamanería labrada.

Nos ponemos a trabajar. Sentada en un cuadrado de madera a manera de banco, tiene cuatro o cinco ovillos elásticos cerca, siempre unidos por el centro del cuadrado. De tal manera que al estar sentada son tendones rojos. La mano se mueve como serpiente enamorada. Es todo el brazo desde los omóplatos, la espalda, llenando su caja de aire renovador entre logros y satisfacciones. Se recorre desde la cintura al pecho y la cadera, puede ser cuerda tensa de música, o el hijo varón que trepa sin palma, ni

abrazo, sino tejiendo con hilo de seda el capullo para transformar gusano en mariposa (una amiga de Teresa, en una charla informal en casa, habló de “hilos de plata” refiriéndose a los vínculos).

La madre estira sus piernas desde el cuello para cerrar cajones o puertas cuando lleva sus manos ocupadas y despega el supuesto peligro. Toma del ovillo la medida de la distancia, cada vez recoge el ovillo de distinta manera:

o lo toma con sorpresa amorosa,
o lento con tanto cuidado, frágil
es el instante,
o quizás necesariamente vehemente.

Siempre es amor de madre al hijo varón amoroso; ellos parecen anunciar que se están yendo, pero se quedan, por ahora. Le marco movimientos, la manera de parase, nada de eso importa, es que estamos amando.

Canto de Orfeo y Eurídice (fragmento)

No he encontrado la puerta
estoy
definitivamente
de este lado
espiondo el delirio de las flores
el animal de sombra
la gran culebra ardiente de los cielos.
No conozco el camino.
No hay puertas, no hay paredes
el aire libre es una gran prisión.

Tejida en cal, en cobre y en tiniebla
cruzada de raíces
estoy aquí fluyendo
asomada a estos ojos
creciendo de mis dedos
urrida en vivas hebras dolorosas
recluida en la exacta trabazón de las células,
pero tendida hacia certezas verdes
hacia los soles ácidos, fecundos
hacia las frías micas subyacentes.

Graciela Maturo

Ediciones del copista, Buenos Aires, 1996. Pag 31

Hablamos de poesía. Se puede leer de corrido, modulándola, respetando sus pausas, acentuando las palabras con cierto tono para romper el ritmo; o enfatizar una idea guardada en la palabra suelta de cualquier contaminación posible; o enlazar tiernamente cayendo en las trampas del poeta y subir el tono para descender luego y que se note. Se puede leer con novedad única, luego de haber sido leída muchas veces después de varios años, y que suene con “esa” novedad, como si nada en el medio hubiera sucedido.

Pero la vida nos quita de preguntas como:

- ¡Quisiera saber qué me va a ocurrir mañana!

Lo dijo Lili riendo, inquieta, apenas llegada al ensayo, con el texto en mano de León Felipe. Y aunque seamos sujetos: ¿en el tiempo o del tiempo?

El pasado, presente en uno por textura, temple, gestos, memoria. El futuro, deseo en expiación, es sólo un marco sin cuerpo, poseyendo nuestro cuerpo. Por lo tanto la pregunta se licúa apenas es efectuada porque nos detiene en duda que no interroga, sino que reclama respuesta.

La poesía tiene un mundo interior por detrás de sus propias palabras, estallan textos hechos de imágenes y cuerpos gestuales, espontáneos, carnales, desnudos, originarios, no es oscura, es de revelaciones confesionales, donde el poeta prescinde de su piel y muta de cuerpo: a lobo, o río, rosa, “poetas y salmistas, obispos y guerreros” (León Felipe)

*

Octava Noche (fragmento)

¿Y qué esperar de este dominio?

¿Miseria?

¿Revelación?

Pero de cuál saber quieres hablar,
hacia qué lugar irreverente te alejas.

Y sin embargo,
hacia ti alguien señala,
provocador incrustado en la severidad de un encanto.

¿Tienes miedo acaso?
¿O has perdido el temor en la incertidumbre?

Jorge Zunino

Noches. Cuadernos del Azar. Ediciones Castañeda.

Buenos Aires 1979, pág. 63

Quiero lo que está escrito por detrás del texto de la poesía, donde cada palabra representa la verdad de esa y sólo esa palabra, elegida por las manos desnudas en cuerpo de poeta. Entonces se debe respeto, tiempo de arena. Y modularlas como degustando aire y luego mirarse por dentro, para reconocerse en el reflejo y volver a pronunciarla.

Un día, la poseía está en uno, igual que este ladrido de perros que me acompaña por las noches y me hacen sentir la distancia de las casas vecinas, o imaginar algún nuevo perro recorriendo el vecindario, o simplemente la luna que se borró del cielo.

Creo, querida Lili, que debes despertarte por la mañana y encontrarte nuevamente con el texto, el primer día una hora, luego, dos, tres, cuatro. Impregna cada palabra de la naturaleza que te rodea. Después lo vas a leer por las noches cuando el arte trepa fácil. Recién ahí desenterrado el nudo del placer poético y su transparencia, vamos a retomar lo marcado. Para que sea la danza que es poesía la que se nombre en León Felipe dejando soslayada una clase que jamás ocurrió, pero que podría haber sido.

La noche entró con cansancio a la pieza. Daniel, tendido, cruzado en la cama espera que me detenga y me interrumpo ahora.

*

¡Qué bien estoy aquí.....!

¡Qué bien estoy aquí,
a lo largo tendido
del “perezoso”, al lado de tu sueño:
tu blancura, otro quieto resplandor bajo la luna!

Las estrellas están
dulcemente solemnes
en un encantamiento de ojos lentos,
y el cielo dice un gris apenas azulado.

La noche murmura como una arboleda
invisible.

Música de grillo,
sutilmente agría,
tan numerosa que es urdimbre tenue.

Un pájaro canta:
¡oh, agua del escondido río
que gorgotea en la noche,
soledad cristalina corrida de frescores!

¡Cómo estará el río!
Sombra oscura de sauces sobre el agua argentada,
quieta como otro cielo engastado y más íntimo,
un rumor que es apenas un follaje azulado,
y el canto del cachilo que al paisaje confía
un delgado secreto de brisa y de agua insomne.

Juan L. Ortiz

El agua y la noche – Sinfonía del alma y los gatos. (1924-1932). En *Obra Completa*.

Centro de Publicaciones Universidad Nacional del Litoral, 1996. Pág. 148

*

Quietos, tendidos, dejando que la música llegue a nosotros, captando el momento, la conciencia de estar detenidos. Entonces el cuerpo se encarga de tomar con la naturalidad que tiene el respirar y absorbe por los poros. Se deja recorrer por la música y viaja. Se filtran las ondas que vienen desde el aire, llegan los sonidos desde donde fueron creados.

Se vienen cargados de paisajes, de otros pueblos, tantos otros suelos, nos describen olores, nos enmarcan en tiempos pasados o nos remiten a espacios más allá de nuestro mundo, corriendo estrellas, entrando en universos donde lo fenoménico ocurre.

Mientras caen las hojas en el parque de casa, digo que todo se presenta y ocurre aún en el silencio de un cuerpo tendido.

Pese a los agujeros negros devorándolo todo, a la intriga del tiempo invertido en el espacio, a la presencia de lo impensado; ocurre y ha ocurrido que esas ondas actúan sobre nosotros, no de una manera simple, sino alterando fibras y moléculas. El cuerpo dúctil, permeable, sensible, no rebota los sonidos, los incorpora.

La materia percibe, selecciona, registra, incorpora, se nutre, hace propio lo que registra desde el afuera y si bien es un misterio, como tantos que

existen no revelados en cada ser, va a actuar de manera personal y diferente. Podemos sí confirmar qué causa placer. Y el placer es basamento en la vida, pues todo lo que se vive con placer es fundante del ser.

Lo que podemos reconocer en la experimentación es una profunda entrega dándole al cuerpo inmediata sensación de *relajación* (palabra que me resisto a usar por la erosión que ha sufrido). Los músculos recobran cierta blandura, como si hubieran estado tendidos en la arena frente al mar con un sol tibio, mientras tanto todos los órganos notan las frecuencias de la música.

Pero nuestra escucha también es social, mediante el sistema auditivo. Este cuerpo, así tendido y quieto, tiene orejas acaracoladas, complejas en su forma, como parte externa del sistema auditivo, que lleva los sonidos al cerebro en donde la sinapsis neuronal permite escuchar, interpretar, asociar, codificar, relacionar, personalizar y a su vez ejercitar las mismas neuronas. Todo esto de la misma manera en que las matemáticas comprometen a las neuronas para la actividad de pensar, resolver, asociar, discernir, estimular.

Ambos, la percepción social, auditiva; y la corporal, individual; son puntos de una complejidad en donde el cuerpo se entrega para evolucionar de un pensamiento simple a uno complejo.

En la música cada unidad de tiempo es un sonido o un silencio. Cuanta más información de unidades de tiempo, mayor es la información que el cuerpo recibe para codificar y decodificar. Esto estimula el proceso neurológico dejando sedimentos perceptivos a manera de un patrimonio acumulado desde lo vivencial que se conforma tan concreta y firmemente que pasa a integrarse a la construcción yoica. Aquel que experimenta con felicidad no olvida.

La música clásica podría ser una aliada en esta tarea de recuperar el valor constructivo que tiene la música. Para ello sería necesario sacarla de la rigidez elitista donde ciertos intereses la han colocado.

Nada es casual. Las empresas discográficas más los medios monopólicos difunden y digitan lo que se va a escuchar y decir. Tienen intereses fuertes y pueden controlar masivamente el pensamiento y el consumo. La música que se escucha no solo reduce sus melodías, sus acordes, sus ritmos, sino que estrangula la palabra, la desbarranca, por ese descender hace descender.

Músicas monótonas, monotonaes. Y es solo una parte de tantas otras presiones que se fueron dando por años gracias a políticas que degradaron

la educación y el trabajo, ayudando a que se vaya perdiendo la poesía de la vida o, lo que es peor, “el arte de vivir”.

*

En este deambular por los asombros que brinda la música, el asombro de mi padre ocurrió recorriendo una bodega centenaria, en Río Negro. Ya iniciado al descubrir las vides alfombrando el horizonte y los carrmatos de 1930. El grupo era reducido, lo que le daba cierta complicidad en el andar de la charla mientras se contemplaba un trabajo que por años conserva su coherencia.

La vista de los techos de la gran bodega, minuciosamente entramados con ramas de la vera del río, y el frío del ámbito, me trajeron oleadas de aquel experimentado en los castillos del Rihn, en Alemania.

Entre datos precisos de temperatura y tiempos, la alegría de mis padres avanzaba. Reconociéndose en las puertas de madera maciza, en los detalles de vitraux, casi en tiempo monacal, llegamos a un espacio más amplio donde se elevaban grandes toneles. Algunos permitían que adivinemos las manos que hacharon la madera para construirlos. Y el aroma a fresas, sangre de uva. Entonces se escuchó decir:

- El vino es materia viva, por lo tanto debemos tener cuidado, no sólo de la temperatura, sino también a lo que siente, lo que “escucha”. En este lugar se organizan conciertos, pero sólo de música clásica. No podemos arriesgarnos a perderlo todo, el vino se estresa.

*

En un programa del excelente canal de televisión Encuentro, veo a una maestra de piano que da clases. Lo curioso es que a su lado, otro piano es tocado por una gata. Sentada en el taburete juega con dos notas. Pero no solo hace eso sino que esas notas, como mantra, la adormecen. Relaja su cabeza sobre el teclado y comienza a ronronear.

Los científicos estudian y registran. Esa gata suele tocar más notas. La imagen la muestra interpretando quién sabe qué sueños musicales. El material grabado se lo entregan a un ingeniero en sonido y lo interviene. Es transmitido en una confitería bailable y los bailarines no podían creer que una gata había lanzado semejante desafío.

Al estudiar el ronroneo los científicos señalan que el gato está provocándose *placer*, pero que también produce frecuencias vibratorias que fortalecen los huesos. Cuando los astronautas viajan al espacio los científicos notaron que pierden fortaleza en los huesos: vuelven con osteoporosis prematura. Se unieron los cabos y crearon una máquina que

se inspira en el ronroneo de los gatos para fortalecer y prevenir deterioros óseos.

La ciencia que observa la vida, el arte atravesando espacios inconcebibles: ¿cuánto de música hay en los gatos? ¿Cuánto de salud entre el arte y el ser?

Se cruzan los espacios haciendo de esta vida milagro para agnósticos.

Al respecto, después de mucho tiempo se encontraron Roberto Britos, mi padre, y Aldo Antognazzi, pianista. Maestro pianista. Fue en casa de mis padres y tuve el placer de ser testigo. Trabajaron juntos en una etapa profesionalmente importante. Los caminos se abrieron como suele ocurrir, pero los lazos vividos se condimentaron con el tiempo.

Los escuché mirándose. Antognazzi estaba en Neuquén por cuestiones de conciertos y a poco de las formalidades ineludibles, hablaron de hijos y nietos. Antognazzi no era aún abuelo y canjearon deseos como las “figuritas” más codiciadas porque papá hacía años que no vivía la adrenalina de los conciertos. En un momento la charla se puso confesional y apareció en ella una gata de Antognazzi. El habló de sus gustos, los de la gata y hasta mencionó cierto oído que la gata tenía respecto a los alumnos que iban a tomar clase en su casa estudio. Cuando entendió que la sonrisa de su amigo era desmedida; el Maestro pianista dijo:

-¡Es que aún no tengo nietos!

Ahora es abuelo, no sé de su gata, pero ¿cómo dudar del Maestro pianista!?

*

Los poemas de David Álvarez Morgade

El gato es un filósofo. Dormido. (1965)

Que ninguno esté triste. (Descartado).

Sonríe. (Deja ya esa mascarilla)

¿No es cierto que te quieren? (¿Que has amado?)

(La dulzura es un gato que roza las rodillas)

Si una mujer sonríe, ya se explica.
Una mujer con lágrimas, destroza.
Toca en lo tierno un niño que solloza
Y su risa es la vida que repica.

(El humor es un gato que retoza)

Desconfiado es un gato que se arquea
Y el misterio es un gato sobre el muro.
Sus ojos son enigmas por lo oscuro
Y la furia es un gato que pelea.

(La astucia es cuando el gato ronronea)

Mujer enamorada es la tersura,
pétalo que en la atmósfera volar .
Una mujer amiga es cosa rara.
Mujer que olvida es de memoria dura.

(Cuando es pequeño un gato es la ternura)

Que ninguno está triste. Está prohibido.
Tire esa cara triste hacia el pasado.
Hoy es día feliz. Recién nacido.
Como quien dice, un gato bien plantado

 Y qué más? No hace falta. Está explicado.

(El gato es un filósofo...
Dormido)

Preguntas (1967)

En el instante en que el gato
-blanco-
duerme sobre la mesa

y la perrita
-negra-
ladra bajo la mesa

y el ronroneo
del calentador pone el agua

a punto para el mate,
comienzan a venir las preguntas.
El qué y porqué de amanecer,
la lluvia, la guerra,
este terreno asunto,
el después,
la cuota telefónica,
el desalojo,
la crueldad,
la censura en el cine,
el esnobismo,
el guiso, el horario,
y por qué no nos vimos más.

Si el editor quiere hacer buen negocio
y el autor quiere dar un buen libro,

sea libre el autor.

Si el padre piensa bien
el hijo no piensa mal.

Si la mujer dice:
-“Vamos por la derecha”-

el hombre puede decir:
-“Vamos por la izquierda”-

Y si el experimentado dice:
-“No se puede”-

el novicio puede argumentar:
-“Probaremos”-

y si usted dice que tiene razón,
le digo que yo también la tengo,

y si usted se queja
le digo que es de vicio,

y si usted no simpatiza con los gatos
es cosa suya,

y si le molestan los ladridos
es un cascarrabias,

y si tomar mate es para usted perder el tiempo,

váyase!

Necesito meditar,
Porque la música de ciertas preguntas,
(créame)
 tienen respuestas
que surgen como pájaros dorados
que ascienden al infinito cielo.

Si hubiera estado en la platea de Poesía Abierta (allá por 1982), me hubiera puesto de pie, como me contaron que sucedió, cuando lo escucharon a David decir sus poemas. Por años nos visitaba en casa de La Piedad, traía consigo: la calle, sus anécdotas, su mate. Un día nos pidió que le tuviéramos en guarda sus poesías, ilas originales! Por cuestiones de lluvia y de techo corrían riesgo en su casa. Antes de la mudanza para radicarnos en Neuquén, se las devolvimos. No recuerdo cómo supimos que había muerto. Ya sus libros han perdido la exactitud del olor. Lo busqué hundiendo la nariz entre sus páginas. Pero su poesía sigue sonando como eco de la memoria y se enciende cuando acudo a sus textos misteriosamente renovados.

Tantos días intentando estar así, sacando de la oscuridad gotas de rocío flotando como fantasmas, encontré textos que me animaron a contar desde dónde se regresa cuando la abstinencia, la adaptación, el acomodar un cuerpo después de la morfina y los tantos otros remedios cócteles, que me permitieron tragarme el grito, las ganas de abrir la puerta con el auto en marcha, el no llegar a la súplica, al que tengan piedad.

Alguien que no era yo, lo miserable que se siente temer no controlar ni siquiera tu orín, temer más aun, no saber si podrán llevarte al baño antes de enmierdarte toda, perder tu intimidad y alejarte sabiendo que el otro no entiende que el pozo llegó y es tarde.

En súplica pedirle a *el amor* sosteneme la cabeza, el paladar de metal, el brazo estalla, me lo ¿queman?, me atan las manos, se duerme todo un lado de mi cuerpo de tan “lastimado” estaqueada, tiembla mandíbula, el frío frigorífico sabe a reses, cuelgan de ganchos contra las paredes del paladar, me salen ampollas en el brazo derecho que pica enrojeciendo la piel que se escama, es sólo la evidencia, de costado, tengo sed, reina la confusión, no quiero que me vean así, pero pido por Francisco, necesito que me roce, lloro alrecordarlo.

Mis hijos son como un acolchado a tanto fantasma, aprovechando la oportunidad para hundirme y termino agradeciendo, todo el dolor trae respuestas, el tiempo parece no pasar.

Francisco siempre me dice:

- Esto también pasará.

Lo sano es que se olvidan las grietas,
los dolores extremos dejan de tener
medida, se regresa tomando lo bueno de
lo malo, más lo bueno de lo bueno,
haciendo un paréntesis para confirmar:
si lo malo es bueno
y lo bueno es bueno,
podemos decir que todo es bueno.

He anotado en el libro “Fragmento de un Tenue Rastro Evolutivo” de Marcelo Amar:

“Respeto a los poetas que nos despiertan, cuando las palabras ocupan lugar y tiempo en uno, pensamiento de encuentro.”

Con el sexo reconstituido, el tumor deja dormida por siempre a “la mujer” de risas nocturnas. No cabe la explicación del dolor amputado, mirarse siendo otra, en esa soledad de cuerpo. Apoyo todos los puntos, todas las costuras. Las nueve, diez veces entrando a quirófano sin abandonar el optimismo, porque ellos me esperan, son la cuna de mi alma.

Poemas de Marcelo Amar

Cuna de mis sueños

Comidillas de mis venas
Espacios sobre los pasatiempos
Efímeros sonidos y luces y saxo
Trozos del magnífico
Contorno extorsivo
Cuna de mis sueños como rosas

Las manos como garras
Las piernas como péndulos
Y el cielo y las estrellas

Y sus bodas y sus mitos
Épicos como dioses de leyendas
El cielo y sus galaxias
El cielo como abismos.

Poema Catártico

Te micronizo, te aplasto, te destruyo, te niego
No quiero que me mires con tus ojos de charco
Con tus dedos sin sangre que titilan
De estertor fosforescente.

Ya sé por dónde aborrezco tu dominio
Puedo decir cuáles de tus palabras
Me producen la náusea;

No sé si tengo completo el panorama,
Si alguna objetividad me orienta,
Si debería o no hacerlo,
Pero vomitaré sobre tu piel flotante y obvia
Todo el asco de la luz manoseada.

Acabo con tu órbita, tu garganta, tu gangrena

Tu falso misticismo, tu torturada prosa,
Tu tecnicismo exacto, tu éxtasis frecuente,
Tus eructos con sabor a nardos y narcisos,
Tu obviedad, tu absoluta obviedad,
La flacidez altiva y complaciente
Vehículo investido en germen
De tu inocuo arte.

Digo.....

Las veredas se aclaran cuando el dolor llega y se lo encara.
Las veredas se aclaran.

Uno sabe quién está enfrente
Quien respeta y acompaña.
Quien nos fortalece.
Se sabe los que entran solos al destierro.
Los que regresan con el aire más puro
Los que están en uno para quedarse

Los que acompañan hasta tus miserias
Los que te han eyectado para salvarte.

Quiero solo hechos,
Ni culpas,
Ni lamentos,
Ni miedos,
Ni castigos,

Coherencia,
Alegre de hacedores,

Está viva en el cuerpo de la ética,
Firme y clara en el deseo.

Marcelo Amar

Fragmentos de un tenue rastro evolutivo. Edición de autor.
Octubre 1991. Segunda edición, Pag.28

*

Cómo no pensarla, cómo no sentirla encarnada. Podría comenzar por los ojos clarísimos que hacen a sus gestos. Seguramente entro en contradicciones de tiempo porque la siento transitar en un presente continuo. Me pregunté muchas veces (cuando en silencio me pongo por esa necesidad de pensar sintiendo), en este desorden en que me habito, ya conocen las razones, ¿por qué se ancla en mí?

Regresa en esos pocos encuentros que hemos tenido, la escucho llamando a su amor sin ponerle otro nombre: "Amor".

Cómplices. Ella no esconde los dientes. El actúa. Hablan estereofónicos. Todo capitalizan. Es tan claro para ellos que la vida corre en ese justo momento. Llegaron como fiesta cargando sus cervezas "*Surgente*". Impecable el logo, el nombre. Aun no siendo cervecera, no me despegué de ellos deseando que el éxito los colme. Es que ellos se esfuerzan y luchan. Sólo deseo que encuentren recompensa.

Pero hay un Neuquén que es hipócrita y mezquino, reinado por la impunidad, la corrupción, los amiguismos. Se devoran calles y calles de asfalto sobrefacturado, los planes escolares que llegan aprobados por Nación se lo comen quién sabe para qué uso, y dejan sin clases a cientos de alumnos. Mientras tanto crecen los viñedos que se saben mal habidos,

exgobernadores manchan con sangre la memoria colectiva. Desde que estoy en Neuquén dos docentes murieron y el gobierno podría haberlo evitado.

Fogón mediante, su silla de ruedas pisa el pasto como yo aprendí a pisarlo con la mía. Y tanta afinidad interpretan mis piernas. Irma es el cuerpo de la ética, sus acciones concretas, expeditivas, entusiastas, desafían. Se planta desde sus capacidades múltiples. No hay límites, siempre se puede. Eligió ser madre conociendo sus riesgos. No existen las orillas frente a tanta coherencia.

Se es lo que se dice, lo que se piensa, lo que se actúa: más sus consecuencias.

Y eligió descubrirse en el amor supremo de toda mujer (ella lo era). Nadie entiende lo que significa poner el acento en la vida cuando la muerte ronda.

Las cataratas del Iguazú

Nada más desconsolador que la cochera de un hipermercado.

Nada más triste que la tarea de ese policía que debe cumplir con órdenes contra su voluntad y su sentido común.

Nada más insuficiente que la figura de un simple espectador, esperando un remis que lleva quince minutos de atraso.

Era difícil no observarla, le costaba un gran esfuerzo caminar, treparse a aquel inmenso canasto lleno de diarios, ubicado en la cochera del hipermercado. Los periódicos parecían ser el gran tesoro para la mujer de ropas desgastadas y sucias. Los buscaba como quien busca el pan nuestro de cada día. Los sostenía fuertemente con la mano derecha, mientras con la izquierda intentaba rescatar las hojas desgajadas del tumulto de noticias, fotos, propaganda que ella intentaba capturar incansablemente.

Impaciente por la constante súplica del policía que la relojeaba desanimado y que varias veces intentó recordarle que no podía quedarse en el lugar, revolvía las hojas del canasto y atrapaba las que caían en su mano.

Él no hizo ningún esfuerzo por retenerla en su tarea, tampoco para colaborar en la captura de aquellas viejas láminas corroídas de artificiales notas con la que los diarios presentan la realidad.

Una vez concluida su labor, ella se acercó a paso muy lento hacia

donde estaba el guardia y le afirmó con una voz segura y firme, con el placer de la tarea concluida:

-Las Cataratas del Iguazú se las dejo al gobernador para que pueda pasear.

Y se fue, sabe Dios a qué destino y lugar, con su manajo de diarios en la mano, con noticias pintadas de escenarios locales, con mentiras de grandes adelantos en la provincia.

Irma Ferreyra

La otra calle. PubliFadecs. Departamento de Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, pág. 23.

*

Tengo la idea, de ya haber contado esto. Mi tío *Ciro Ramón, Cacho*, el hermano menor de mamá, llegaba al departamento del piso 17 anunciándose desde el ascensor. Cerraba enérgico la puerta de puro alegre nomás y comenzaba a silbar hasta llegar a la puerta del departamento. Tocaba el timbre cortito y muchas veces. Aunque todos ya sabíamos que era él, y solo él, corríamos a abrirle.

Tenía un don: me hacía sentir segura, resguardada. Vivía sonriendo, como todo sabio (ese tipo de sabiduría que aún hoy elijo) y estaba siempre dispuesto solidariamente por alguna razón. Su señora, mi tía *Juanita*, me causaba el mismo efecto: ella no sonreía pero tenía en cuenta mi presencia. Fue quien me acompañó junto a mamá a mi primera operación (de amígdalas) y rigurosamente me trajo todos los días helado para que cicatrice. ¡Así sí valía la pena operarse!

Hace pocos días recibí una carta de mi tía *Juana Repetto, Juanita*, que me llevó a pensar en esos símbolos de presencias en la infancia. Ella me hablaba del amor que aún hoy se tienen. Mi tío a un año de los ochenta, mi tía a tres años. Sin ser jubilados se asociaron con otros Abogados jóvenes con menos experiencia y ellos no trabajan tanto. Salen a conciertos como siempre lo han hecho. Luego la carta se pierde en sus rutinas, que son tan alejadas a las mías.

Pero el recuerdo de ellos fermentó mi recuerdo y esta delicadeza de acompañarme en mi trance inevitable, pasa a confirmar que esa niña que fui está aún engendrándose. Y la gratitud que tengo a todos los tíos tan presentes, los amigos que llaman, los que cruzan cibernéticos el aire, los mares, los que vienen, los afectos más próximos sanguíneos con los cuales

hablo por horas, son mi lucha diaria y me brotan nuevas ganas para caminar hasta los brazos de la danza.

Cuando tenía tres años fuimos con la familia grande, la Eyras, a comer a un restaurante, de esos llamados *Carrito* solamente porque alguna vez lo habían sido, en la Costanera de Buenos Aires. Tíos, primos, mis padres, mis abuelos (los padres de mamá), mi hermano y yo. Me sentaron en una silla alta de paja casi al final de la larga mesa. Los techos también eran de paja, con vigas redondas de madera rústica. Los abuelos se sentaron del otro lado de la mesa larga.

Marcos se encontró con Mario, un amigo del edificio donde vivíamos. El menú fue parrillada, menú de *los carritos*. Cuando terminamos de comer nos dejaron deambular entre las mesas. Recuerdo haberme colgado del cuello de la abuela Petra. Tenía pechos grandes y ese mullido natural tan perfumado a colonia inglesa y su collar de perlas. El día siguiente estuvo teñido de esa última cena. Poco después la madre de mí madre trascendió. En un mundo de ateos es devastador.

Puedo recuperar de mi memoria el armado de una valija de cuero color tostado, dura como un cajón, con mis ropas de verano: bombachudos, malla de tela como panal de abejas, uno amado que tenía unas mariposas bordadas y pegadas que era para grandes ocasiones y vestiditos extremadamente cortos. No recuerdo si elegí algún juguete.

El hermano menor de mamá, el tío Cacho, nos llevó en su auto. Mamá, mi hermano y yo. Luego de mucho tiempo por la Ruta 2 llegamos a Guido. Luego hubo que entrar en el campo: tranquera, otra tranquera, más tranqueras y más. Mi impaciencia se transformó en preguntas:

-¿Cuánto falta?

-¿Falta mucho?

-¿A dónde vamos?

Me contestaron con naturalidad solapada:

-A la casa de Dora y Juan

-¿Quiénes son?

-¿Cómo quiénes son? Dora es la señora que cuidó a mamá desde chiquita

-Ahaaaaaaaaaaaaaa.

Por suerte para los adultos llegamos.

Después de tocar mucha bocina, como correspondía a mi tío Cacho, se abrió la última tranquera. Bajamos estirando las piernas, todo nuevo para mí.

Dora atacada de una sonrisa constante de donde provenía su risa aguda casi escandalosa. Muchos dientes como biombos. Y generosa, todo su rostro acompañaba los ojos chispeantes, los cachetes colorados y un pelo duro grueso y renegrido. Amable. Éramos las visitas “honorables”.

Una pequeña puerta daba a un jardín, al pasar a su lado creo haberle escuchado decir:

– Son calas, como le gustaban a Doña Petra.

Rodeaban la casa. Y otras plantas con flores que no recuerdo su nombre trepaban por el alambrado (me gusta cuando presentan su casa a través de las plantas, es lo más próximo al alma que tiene cada cual). Había un pasillo de baldosas que también rodeaba toda la casa. Ahora lo veo amarillo, pero es frágil el recuerdo cincuenta años atrás. Se entraba por una puerta de metal, la mitad inferior de chapa y la superior con vidrios esmerilados con rejas de diseño redondo.

Las paredes estaban blanqueadas a la cal, por fuera y por dentro. El color lo aportaban los pisos que brillaban gracias al querosén, tentadores de rojos en la cocina. Más ásperos negro-blanco igual que el baño. En el recibidor ¿una mesa de madera algo curva, las sillas con cuero en respaldo y asiento? El mueble que se destacaba era un adorable aparador pintado de color verde pastel. Ahí guardaba los víveres. Tenía un frasco repleto de caramelos de colores. Me sugirió que tomara unos que se llamaban media hora y dijo:

-Todos los días tomaremos uno mientras esperamos a Juan.

Mostró el resto de la casa a las visitas. Su dormitorio de cama de madera enchapada, con respaldar para los pies y el cabezal más alto. Una colcha con floripondios, dos mesitas redondetas del mismo juego y un ropero, completaban los muebles. No recuerdo más. En la pieza contigua había camita de hierro de una plaza. Creo que en lugar de mesa de luz había un hermoso baúl. Toda la pieza era angosta y larga y tenía casi la ventana sobre la cama. Del lado de enfrente había un baño pequeño pero completo, con una bacha sostenida sobre un pie que terminaba en su base cuadrada con detalles. Todo se notaba noble. Al fondo del pasillo una puerta con vidrio.

La cocina era amplia. La puerta de ingreso era desde el comedor. Apenas se entraba se veía contra la pared una gran cocina de hierro negra que se prendía a leña, con grandes hornallas también de hierro. Al costado, una mesada de granito y la pileta para lavar. En el medio, una mesa larga pintada de blanco, siempre con mantel de hule. Y en la pared que marcaba la cabecera, una ventana bien cuadrada sin rejas y en la otra un aparador más sencillo. Creo que las sillas eran de paja. Había algunos adornos con motivos gauchescos, un almanaque de Molina Campo y un tocadiscos donde se escuchaba Larralde, los Fronterizos, chamamé y tantos otros discos de *larga duración* acomodados en una rejilla de metal. La bienvenida fue con puchero.

Todo lo que hacía Dora era lo mejor. Juan se sentó en la cabecera y era un Dios con chambergo y nariz regordeta y colorada. Al segundo vaso, Dora ledecía:

-Basta viejito.

No sentí confesión de amor más tierna. ¿Era el tono de voz? ¿La forma en que se le aproximaba por detrás? Tenía la medida del vino tomada en el pingüinito veteadado marrón y blanco.

Los mayores charlaron hasta que mi tío dijo:

-Deberíamos ir yendo.

Todos nos levantamos. Fui a buscar mis cosas y mi mamá me dijo:

-Vos te vas a quedar, Viole.

-¿Con Marcos?

- No, con Dora y Juan.

Fui obediente, pero intenté una vez más. Juan meneó la cabeza. Mamá me prometió que pronto me buscaría.

Y me quedé.

Se despidieron y saqué de mí toda la fortaleza. Dora me sostuvo de la mano y del alma. Juro que lo sentí. Me dieron otro caramelo.

Escuché a Juan decirle a Dora:

-¿Y si esta nena llora a la noche, nosotros qué hacemos?

Pero Dora dijo

- No va a llorar.

Y así fue, nunca lloré. Pasé el mejor mes de toda mi vida hasta ahora. Conocí ¡La Felicidad! La que hoy pregono. Me sentí amada, cuidada, mimada. Todos los días había un plan pensado para mí.

Para Juan fui desde entonces:

- ¡Esa Viole!

Juntábamos diminutas margaritas que colocábamos en frascos *Royal* en la mesa de luz de Juan. Y él me devolvía la atención con un huevo de avestruz que una vez vaciado y lavado yo lo guardaba en la valija hasta que tenía tantos que debí sacar mis ropas para poder seguir guardando huevos.

Por las tardes lo esperábamos llegar del campo. Dora lo identificaba cuando era solo un punto en el horizonte y yo, a duras penas, en la última tranquera. Corría a recibirlo como quien espera a una divinidad. Luego entraban abrazados conmigo al medio y apenas pasábamos por la puerta de ingreso a la casa. De ahí a la cocina para escuchar los cuentos. “Viejita. Viejito ¡Esa Viole!”. Todos nos trezábamos en un amor de tierra. La naturaleza hablaba por nosotros y nosotros sólo le prestábamos el alma y el corazón. Ella marcaba sus huellas para toda nuestra vida. Nos contábamos sobre lo que habíamos hecho, y sobre lo que habían hecho, las gallinas o los pavos, hablábamos de los broches que yo le alcanzaba a Dora para que no tenga que agacharse “la viejita”.

Un día Dora se tiñó el pelo, pero para mí fue contarle a Juan:

-¿Sabés que Dora se destiñe de nedroolor?

Risas de Juan, y otra vez era:

-¡Esa Viole!

Dormí con ellos la primera noche. Sentir sus olores me daba seguridad, pero tenía miedo de que me aplastaran porque siempre fui muy menudita. Al otro día me animé a confesarles que estaba acostumbrada a dormir sola. Ningún problema. Me destinaron la pieza de al lado y Juan, todas las noches, pasaba para decirme:

- Hasta la nariz las sábanas y cobija

- Si no identificás algún sonido, me decía, soy yo.

Fascinada entre el crujir de las ramas, el croar de los sapos, las luciérnagas, los seguía saludando hasta caer rendida. Rápido sentía los gallos cantar temprano. Desayunaba en la cama si hacía mucho frío. Pero Juan salía temprano a trabajar. Lo único que yo lamentaba era que pasaban los días y nunca salíamos a pasear. Me animé a preguntarles:

-¿Alguna vez vamos a salir? Yo traje un vestidito de paseo.

- Claro - me respondió rápido Dora - el domingo vamos a la casa de los patrones.

Un chalet que quedaba a unos cien metros, siguiendo un caminito que atravesaba un pequeño monte de acacias. Así fue. Llegó el domingo y Dora me vistió. Salimos de la mano al chalet *de la señorita*. Mi corazón latía suspendido. Abrió la puerta de ingreso. Y poco a poco todas las ventanas para que se renueve el aire. Me mostró las comodidades que tenían sus dormitorios, finos, impecables. Los juegos de copas labradas traslucían desde vidrios esmerilados y cóncavos. Al rato cerró las ventanas, cerró la puerta de ingreso y regresamos, comentando sobre las flores y yo, derrochando felicidad.

Por la tarde, como todos los días, salíamos a la misma hora a la veredita que contorneaba la casa, nos ubicábamos las dos en nuestros respectivos asientos. Dora con una sillita de paja color roja y yo, a su lado, con un banquito de patas torneadas y asiento redondo. Ella lo usaba para alcanzar los estantes más altos. Era práctico y seguro.

Ahí se abría el gran telón. Daba todos sus pasos para mirar la tarde y esperar la llegada, al galope corto de su caballo, de la persona que amaba. Los pájaros cruzaban el cielo cuando se ponía ruidoso el atardecer por sus trinos y casi al unísono se acallaban. Y era el silencio de los colores para sujetar la mirada lo más lejos posible.

Hasta que Dora decía

- Ahí viene el viejito.

Entonces salíamos las dos, ella tomándome de la manito hasta verlo bajar del tordillo como a un príncipe. Se tiraba el chambergo hacia atrás antes de saludarnos. Lo acompañábamos un poco para que desensille, retire la montura, las cinchas, para sacarle el freno, ofrecerle agua, pasarle por el cuello sudado la mano, darle algo de pastura buena al caballo.

Dora lo tomaba de la cintura estrechándolo en un abrazo suave, después se adelantaba a guardar los asientos y entrábamos a la casa así abrazados, casi a la fuerza, mientras ella, riéndose, decía:

-¡Vamos a tener que agrandar la puerta!

Yo contaba todo lo que habíamos hecho, más todo lo que Dora me había mimado: tostadas, tortas, buñuelos, le mostraba los aros que me había regalado, que eran de mi abuela Petra y por eso estaba bien que yo los tuviera.

Y en este momento doy un salto, al decir de Teresa, como por un agujero de gusano que conecta el tiempo, para decir que muchos de esos aros terminaron en las manos de mi suegra Amanda cuando venía a Neuquén y nos divertíamos jugando a producirla mis hijas y yo. Ella se quejaba de sus orejas por lo grandes o por lo feas o porque sí. La convencí de que con aros se arreglabatodo.

Un día me vinieron a buscar. Lo bueno tiene un límite para que sea bueno. Me despedí con lágrimas. Y Juan dijo una vez más:

-¡Esa Viole!

Sus ojos como estrellas, brillaban. Me colgué del cuello, busqué su olor ácido para recordarlo, era como aceite de berenjenas. Espero tenerlo en algunos de mis poros latiéndome. Dos piedras fundacionales del amor, Dora y Juan.

Siguieron tranqueras y muchas más. Mis ojos habían aprendido a mirar lejanías, pero no a soportarlas. Por mucho tiempo me imaginé en mundos paralelos: mis manos desgranando choclos mientras tomaba clases de folclore o de pintura. Almacené amor fresco de secretos horizontes.



Juan Ortiz y Dora Arias

Dora y Juan

-Vamos viejito que se hace tarde.
-Ya va, viejita, ya va.

Antes de que el sol se oculte detrás del monte,
entre silencios hablarán del tiempo, de algún
animal muerto cerca de la aguada, del último
encargo de la señorita o del benteveo que hoy se acercó
a la ventana.

Después de saludar la luna por última vez, cortarán
con sus párpados el horizonte y dejarán que la noche
les cubra las espaldas.

Hasta que sus corazones se pongan de guitarra y
amanezcan una vez más como hace tantas.

Marcos Britos

A contramano. Edición del autor. Buenos Aires, 1979.

Siento que en mi danza hay determinadas conductas a partir de descubrir esta manera de mirar la naturaleza. Esa mirada con Dora era una mirada

sin apuro. Se salía a esperar a Juan mucho tiempo antes de que llegara. Era una forma de recorrer con la mirada el escenario que iba a traer a Juan. Y hablábamos casi en forma de clave, no como un lenguaje gramatical sino integrando el paisaje, un paisaje que iba significando. A mí me fascinaba y me quedaba en silencio, que era el código para esperar una nueva y generosa descripción de Dora como baquiana, de manera muy lugareña, como una conocedora íntima del paisaje.

Ella iba llevando esa situación hasta transformarla en un gran rito, en un diálogo de observadores hacia el paisaje, de maestra que transfundía ese paisaje a la nena de tres años, pero sin hablarme como si tuviera tres años sino llevando su idioma hacia mí como en un acto de generosidad. Ella mostraba que me estaba dando su tiempo. Hasta que me ubiqué en lo que quería decirme: allí estaba subyacente esta espera de su amor y del amor.

Ocurría esperar a Juan como representación física del amor, pero Juan era el amor.

No había posesión, llegaba el amor y Dora sólo ledecía:

-¡Viejito!, ¿cómo te fue?

Y yo era acompañada por ese amor y me sentía envuelta de ese rito amoroso. Y, a su vez, Juan traía los códigos del campo abierto, mientras ella traspasaba sus códigos de la rutina de *las casas*, que sostenía entre las gallinas y chanchos y el perro. Entonces cuando llegaba Juan nos acercábamos uno al otro y era un encuentro como si hiciera mucho tiempo que no nos veíamos. Él llegaba a la tarde, en el filo del atardecer. Y esa forma de querer tan pacífica, tan en un tiempo dedicado, en un tiempo especial por el cual todo merecía un tiempo pleno.

Fue esa relación la que llevé a la danza; cuando se está en situación de rito se está en ese tiempo y yo necesito ubicar a la gente en ese tiempo. Es un tiempo propio, personal, que hay que vivirlo con intensidad. No pensando en la rutina (y sobre todo ahora con los teléfonos celulares que pueden llegar a sonar en el medio de la clase).

Hay que lograr desprenderse de las rutinas, porque si no, no se hace ni una cosa ni la otra. No se hace la rutina al no estar en el lugar de la rutina, y no se hace la danza porque el ser no puede conectarse con las cosas o el momento de la danza, que está alojada en un espacio único y absoluto que no se puede integrar a otra cuestión que no sea bailar.

Por eso no es lo mismo que el entrenamiento del cuerpo, la danza no es solo entrenamiento. El cuerpo que danza es una unidad que no debe romperse ni interrumpirse. Por eso merece de un tiempo lento, que

permita preparar esa situación de rito. Y hay que poner mucho de uno para que ello ocurra.

Maestro es quien logra transmitir esa comprensión. Entonces esa clase es única y efímera. Y ese tiempo es personalísimo. No es solamente la indicación del maestro sino que cada persona que está comprometida en la clase va volcando su tiempo, su pasado. Porque hay una serie de relaciones que cada uno vuelca en la danza, y por eso no acepto que los movimientos sean iguales. Cada uno debe poner sus propios movimientos transferidos desde su ser, es una auto elección. Por eso me gusta hacerme de grupos en donde cada uno tenga su propio aporte. Y de conjunto logran la armonía desde las mil maneras de responder según cada uno.

*

MEMORIA

Quiero ahora dormir bajo las flores
de la memoria
fundar mi hermoso reino
sobre días durables, estaciones
y frutos recobrados
Aire sagrado y puro
humanos bienes
quiero dormir ahora enamorada
dormida
detenida
desvivida
Pero también el sueño me desgasta
me lleva por los países de mi sangre
me navega
y todavía quedan territorios
días que no he vivido
sueños que no he soñado
miedos que no he mordido.

El tiempo
el tiempo chacal
me descifra lentamente

Graciela Maturo

Cantata del agua. Ob cit. pág. 35.



Con amigos y familia. Estreno de "Marcos de mujer", Neuquén, 1996.

Desearía que no fuera así, sin embargo, hay tantas maneras de querer.

¡Es tan variado el lugar donde habita el ser!

Cada uno, en busca de la felicidad, la nombra, la palpa.

En ese devenir transcurren los secretos.

¿Quién tiene la respuesta?

¿Quién interroga?

SOBRE LA AUTORA

Violeta Britos nació el 4 de marzo de 1958.

Fue bailarina, coreógrafa, maestra de danza y danzaterapeuta. Incursionó en las artes plásticas y el arte dramático. Se formó con Sonia Lequerika, Bella Malkenson y especialmente con María Fux, su Maestra.

En Buenos Aires se presentó en el Teatro San Martín, Blanca Podestá, Palais de Glace, El Vitral y otros. Fue parte de Danza Abierta.

Radicada en Neuquén desde 1990, se volcó progresivamente hacia el arte dramático y las artes plásticas trabajando con los más importantes artistas locales y desarrollando una intensa actividad desde el grupo Corazones Subterráneos.

Obtuvo premios para sus puestas de “Bodas de Sangre” (Galpón del Sur. 1989. Buenos Aires), “Circus” (Fiesta Nacional del Teatro. 1996. Neuquén) y “Al pie de la penumbra” (Certamen Latinoamericano de Danza. 2000. Córdoba).

Fue docente en las Escuelas de María Fux (1974/1984) y Alejandra Boero (1985/1989). Dictó cursos y talleres en la Escuela Nacional de Danzas (para posgrado), Universidad Nacional del Comahue y otras instituciones del país, en México (DF), Alemania (Leipzig) e Israel (Tel Aviv).

Participó en congresos, encuentros y diversas jornadas sobre aspectos del trabajo corporal, integración de discapacidad y danzaterapia. La UNESCO declaró "de interés" su trabajo sobre el tema.

Las editoriales EDUCO y Al Margen (La Plata), publicaron "Danza Emotiva - Poesía en movimiento" en 2001.

Llamó "Danza Emotiva" a la técnica elaborada como síntesis de su formación y experiencias.

Nos dejó, este libro y un baúl de recuerdos y emociones, el 4 de octubre de 2010.